

EL SIGLO XIV

AUGE DEL GÓTICO CATALÁN

Algo después del año 1300 interrumpióse en casi toda Europa el período expansivo de la economía medieval y, al mismo tiempo, la creación de grandes y originales templos. Sin la vitalidad del anterior, el siglo XIV conserva más que crea. De 1315 a 1317 una terrible hambre diezmó Europa; de 1347 a 1351 se calcula que pereció una tercera parte de su población víctima de la peste "negra". Italia durante todo el siglo desgarróse en luchas civiles; Alemania vivió durante él en anarquía política permanente; la guerra de los Cien Años arruinó a Francia y agotó a Inglaterra.

En España fué también de guerras civiles, de largas minorías, de frecuentes crisis económicas. De Francia no llegaban nuevas fórmulas arquitectónicas a Castilla y ésta vivía de la repetición de las del siglo anterior, cristalizadas con frecuencia en arcaicos localismos. Por inercia, continuaban labrándose las catedrales y grandes iglesias comenzadas años antes con monumentalidad desproporcionada casi siempre a los recursos disponibles, pero alterando, reduciendo y simplificando los planes primitivos. Los pocos templos de importancia levantados por entonces — cabeceras de las catedrales de Lugo y Palencia, naves de la de Plasencia — son, excepto en Cataluña y las Baleares, réplicas adocenadas y secas de los jugosos del siglo anterior. El XIV es el siglo de los monasterios de las órdenes mendicantes y sus iglesias, modestas casi siempre, prácticas y fáciles de construir, faltas de ambición arquitectónica, repiten tipos sin espíritu de renovación.

Pero de este cuadro, más de impotencia que de declinación, destaca la región catalano-balear, a cuya arquitectura gótica en el siglo XIV no se le ha hecho la justicia debida. En Castilla, dispuesta como siempre a recibir corrientes exóticas y asimilarlas nacionalizándolas, repercutieron pronto, como se ha visto en páginas anteriores, las formas góticas francesas. Cataluña, en cambio, íntimamente unida a las comarcas de la Francia meridional, a las que llegó tardíamente la arquitectura gótica del norte, no recibió ésta por ese camino indirecto hasta el siglo XIV. Ya veremos después cómo, al cesar por algún tiempo de desempeñar Castilla papel preponderante en la historia del arte gótico nacional, lo asumió Cataluña, pero sin el universalismo de aquélla.

Después de la invención y transformaciones de la girola, en las plantas de los templos no hubo modificaciones de importancia. Novedad del siglo XIV fué la agregación de capillas laterales a ambos costados de la nave o naves, entre los salientes de los contrafuertes, consagradas a diferentes santos, sepulcrales muchas, en Cataluña, sobre todo, sede de gremios y cofradías. Desde mediados de ese siglo parecieron pequeñas y se destruyeron bastantes

para sustituirlas por otras mayores y más suntuosas, adosadas al templo, pegadizas, sin relación con su arquitectura.

La moda de estas capillas llegó, como tantas otras, de Francia. Tal vez las más antiguas españolas sean las levantadas en vida del arzobispo don Rodrigo Jiménez de Rada († 1247?) en las naves meridionales de la catedral de Toledo, entonces en construcción; probablemente no formaban parte del proyecto primitivo. Las catedrales de Burgos y León carecieron originariamente de capillas entre los contrafuertes de sus naves extremas, proyectadas ya en la de Barcelona al comenzarse en 1298. Desde mediados del siglo los templos de franciscanos y dominicos de la misma ciudad se levantaron con capillas laterales, según tipo arquitectónico que alcanzó en los siglos siguientes gran expansión. Bajo el gobierno del abad Copóns (1316-1348), a la nave de la epístola del gran templo cisterciense de Poblet se agregaron unas pequeñas capillas, derribando para ello las bóvedas de sus tramos y rehaciéndolas a mayor altura.

Hacia el año 1200, nobles y cortesanos enterrábanse en los lucillos de los claustros; algo más tarde sepultáronse en el interior de los templos, en nichos abiertos en sus muros. Los hay, por ejemplo, en la iglesia del monasterio de Matallana, comenzada en el año 1228, y en la de San Miguel de Foces, que lo fué en 1259. En el siglo XIV ocuparon ya capillas dispuestas en torno del templo, formando parte de su construcción originaria; en la segunda mitad del mismo siglo y en el XV, las capillas sepulcrales se convirtieron en construcciones monumentales adosadas, a veces de gran tamaño y riqueza.

Es inútil buscar entre las iglesias españolas del siglo XIV alguna que siga la disposición de la catedral leonesa en el máximo calado del muro de fondo de su triforio. Únicamente las naves mayores de las de Toledo y Ávila, hoy desfiguradas, representan la fase siguiente a la de León de las catedrales francesas, en la que desaparece el triforio calado para que un único y enorme ventanal ocupe todo el espacio comprendido entre la imposta que corre por encima de los arcos de separación de las naves y los formaletes de las bóvedas.

La mayoría de las iglesias del siglo XIV son de formas robustas y pesadas, con ventanas pequeñas, y ni en construcción ni en aspecto marcan avances sobre las del anterior. En general, hay un adelgazamiento progresivo de las columnas de los pilares hasta convertir a éstos en un haz de molduras en el que alternan las cóncavas y las convexas. Sus perfiles continúan idénticos, con la interposición de un capitel-imposta para formar los arcos, las arquivoltas y los nervios de las bóvedas. Al multiplicar así las líneas verticales de los apoyos, tan acusadas en la arquitectura del siglo anterior, pierde fuerza el edificio y produce impresión de monotonía, pues casi todas las molduras tienen el mismo valor.

Una de las pocas novedades de estas iglesias del siglo XIV es el empleo de bóvedas con múltiples nervios, cuya difusión favoreció la tendencia a complicar y enriquecer las formas con fines decorativos que suele seguir en los procesos artísticos a los momentos de mayor pureza. Frecuentes eran en el siglo XIII, según vimos, las bóvedas de ojivas con nervios en sus espinazos, o sea combados, procedentes del sudoeste de Francia. A los ocho de éstas se agregaron otros, llamados terceletes, que unen los arranques de los arcos ojivos con el punto medio de los combados, interrumpidos generalmente en ellos. Así nacieron las bóvedas estrelladas.

Una de las más viejas existentes cubre la sala capitular de la catedral de Burgos, construída de 1316 a 1354, sala cuadrada, convertida en octogonal por cuatro trompas nerva-

das. Ocho nervios unen su centro a los vértices de la planta y hay otros tantos intermedios, con terceletes. Este tipo de bóveda, muy decorativo, se repitió en la sala capitular de la catedral de Pamplona, construída por el obispo Arnaldo de Barbazán (1317-1355), y más tarde en las de Valencia (1356-1369) y Barcelona (primera mitad del siglo XV). Análoga es la que cubre la capilla de Santa Bárbara, fundada en el claustro de la catedral de Salamanca para su enterramiento por el obispo Lucero († 1359). La capilla de los Rojas, en la catedral de Burgos, mencionada ya en 1336, tiene bóveda más sencilla, formada por ojivas, ligaduras y terceletes, dibujando una estrella de cuatro puntas.

Desde las salas capitulares y capillas, las bóvedas estrelladas pasaron a cubrir el tramo central del crucero, como en la catedral de Ávila, fechada por ostentar el escudo del obispo don Sancho Blázquez Dávila (1312-1355) en su florón central, y en Santa María la Real de Nájera. Bóvedas estrelladas hay, entre otros templos, en las naves mayores de la catedral de Plasencia, San Salvador de Oña, iglesias del monasterio de Guadalupe, de la colegiata de Talavera y de Santa Clara de Palencia.

PROSECUCIÓN DE LAS CATEDRALES INICIADAS EN EL SIGLO ANTERIOR. — De los grandes templos iniciados en el siglo anterior, alguno, como el de Burgos, estaba casi terminado interiormente al comenzar el XIV; la construcción de los restantes prosiguió con lentitud durante él.

A fines del siglo XIII, como se dijo, apenas si se habían comenzado las naves de la catedral de Toledo; probablemente tan sólo estaban construídas las bóvedas de los dos tramos más cercanos al crucero de la nave de la epístola, la molduración de cuyas ojivas es semejante a la de las de la girola. Durante el siglo XIV fué elevándose lentamente. La moda del triforio había caído ya en desuso por entonces, y al levantar los muros que cierran a occidente las partes altas de la nave de crucero y la mayor, prescindióse de esa galería, colocando un enorme ventanal que comprende, desde la imposta situada encima de la clave de los arcos de separación de la nave central y las inmediatas, hasta el formalete correspondiente al tramo de bóveda. Sobre el grueso del muro se dispuso un estrecho paso, perforando los pilares, y a uno y otro lado colocáronse tracerías idénticas, abiertas las que daban a la nave, con vidrieras las exteriores; en reformas posteriores desaparecieron las tracerías de estas últimas y se colocaron las vidrieras en las internas. Es el desarrollo de la disposición de la galería de la catedral de Cuenca, con la diferencia de que en ésta tan sólo perfora el muro de fondo un hueco circular en su parte alta. Ya se aludió a su procedencia borgoñona, aunque también se encuentra en iglesias de Champaña y Normandía (fig. 122).

Comenzada bastantes años antes que la de Toledo, la catedral de Ávila, a pesar de sus reducidas dimensiones, no estaba más adelantada que la metropolitana a comienzos del siglo XIV. Además, su cabecera amenazaba ruina. El obispo don Sancho Blázquez Dávila (1312-1353) allegaba recursos en 1319 para remediarla: "la iglesia de Sant Salvador de Avila... estaba en grant peligro, así que si non fuese acorrida mucho ayna estava en riesgo de se perescer". Sancho IV hizo libre de todo tributo al maestro de la obra en 1305, según privilegio confirmado por Alfonso XI en 1349 y por don Pedro I en 1351; no figura en él su nombre. Al mismo tiempo que el citado obispo realizaba grandes obras de consolidación y reforma en la cabecera, levantó los muros de la nave central y el que cierra a occidente el crucero, y terminó de cubrirla (fig. 123).



Fig. 122. — NAVES DE LA CATEDRAL DE TOLEDO.

INSTITUTO AMATEUR
DE ARTE HISPÁNICO



Fig. 123. — ARBOTANTES DE LA CAPILLA MAYOR DE LA CATEDRAL DE ÁVILA.

Siguiendo la misma disposición que en Toledo, la parte alta de los muros de la nave mayor se caló con grandes ventanales, hoy casi totalmente macizados, de no muy elegante tracería. Como en Toledo, también ocupan todo el espacio comprendido entre la imposta que corre por encima de los arcos de separación de las naves y los formales de las bóvedas de la nave mayor. Obra de tosca traza y no mejor ejecución, parece inspirada en la de análogo lugar de la catedral metropolitana. Pertenecen esas naves de Toledo y Ávila a la última fase de la evolución del alzado de las góticas: los presbiterios de las catedrales de Santo Domingo de la Calzada y de Ávila, con tribunas comprendiendo todo el ancho de las colaterales, representan la primera; la catedral de Burgos, con su triforio ciego, es buen ejemplo de la siguiente. Tras la fase más avanzada, en la que el muro de fondo del triforio está totalmente calado y cubierto por vidrieras, como en la catedral de León, se llega a la final de las de Toledo y Ávila, con su máxima apertura de huecos.

En el siglo XIV proseguía pobremente la obra de la catedral de Tarazona en su último cuarto, después de las destrucciones sufridas en la guerra entre Castilla y Aragón.

TEMPLOS DE ESCUELA BURGALESA O INFLUÍDOS POR LA CATEDRAL DE LEÓN. —

En el siglo XIV no se extinguió el influjo fecundo de los monumentos burgaleses. Inspirados en ellos, levantáronse iglesias de formas simplificadas y algo rudas, en las que el gótico francés aparece nacionalizado. La construcción de algunas de las antes citadas como del siglo XIII, alcanzó los primeros años del siguiente, entre ellas San Gil de Burgos; Grijalba; San Antón, cerca de Castrojeriz; Villalcázar de Sirga; Villamuriel y Villamorón.

La cabecera de la catedral de Lugo. — En el siglo XII levantóse en Lugo una catedral románica, siguiendo, como de costumbre en templos gallegos, las formas de la de Santiago. El edificio no debía de estar concluído en la segunda mitad del siglo XIII, pues en un concilio celebrado en Lugo en 1273, se ofrecían indulgencias a los fieles que contribuyesen a las obras. A comienzos del siglo XIV parecería el edificio viejo, sombrío e inadecuado para el culto. En 1308 el cabildo compró unas casas para levantar una nueva cabecera. Hay noticia de un pedrero, Juan Fernández, que trabajaba en 1329 en la obra de la iglesia.

La integran una capilla mayor de un gótico muy fino y una girola con cinco capillas hexagonales y poco profundas abiertas a ella (destruída la central). Esta parte es más tosca que el presbiterio y tiene molduras arcaicas que revelan la intervención de canteros locales. Los pilares son de núcleo cilíndrico, con columnas adosadas. En los hastiales de la nave de crucero hay sendas rosas. A la misma campaña de obras pertenecen los pilares de los pies, con dobles columnas en sus frentes, sobre los que se pensó cargar las torres.

El proyectado emplazamiento de éstas y la disposición de las capillas de la girola revelan ser la catedral de Burgos la que sirvió de modelo para la renovación de la gallega.

La cabecera de la catedral de Palencia. — Su primera piedra se puso en 1321. La capilla de la girola a la izquierda de la central estaba terminada en 1331, al morir el arcediano don Alonso Rodríguez de Girón, que la costeó y en ella fué enterrado. Las obras proseguirían con extraordinaria lentitud, pues al terminar el siglo XIV tan sólo se había construído la capilla mayor y el tramo rectangular que la precede (salvo su bóveda), y la girola que rodea a ambos, con las capillas radiales. Tal vez se edificaron también en esa etapa los tramos inmediatos de las naves, cubierto el central más tarde; los laterales lo están con bóvedas de ojivas y ligaduras tan sólo, iguales a las de los restantes tramos de la cabecera.

Esta parte de la catedral palentina, levantada en el siglo XIV, corresponde a una iglesia de tres naves, con girola de cinco tramos trapeciales, en cada uno de los cuales se abre una capilla hexagonal, excepto la del eje que tiene ocho lados. Cierra el presbiterio circundado por la girola una línea heptagonal; a los dos lados de su ingreso hay dos estrechos tramos, en los que se abren sendas capillas, profundas y también muy angostas.

Tras de la cabecera descrita se extienden cinco tramos, vestíbulos los dos extremos, de la misma altura que los inmediatos de las naves laterales. Al finalizar el siglo XIV llegaría la construcción poco más allá hacia occidente.

Los pilares son de núcleo cilíndrico con columnas adosadas; las bóvedas, de crucería, con combados longitudinales. Tiene el templo triforio, ciego al exterior, abovedado de hueco a hueco; ventanales grandes en las capillas de la girola, con tracería, y pequeñas en el presbiterio; dobles arbotantes en la cabecera, terminados en contrafuertes con vierteaguas en los costados (figs. 125 y 126).

Esta parte es réplica, retrasada y algo tosca, de la cabecera de la catedral burgalesa, pero con algunos elementos vistos en la de León. A la primera pertenecen las grandes capillas de la girola y las bóvedas de cinco nervios de sus tramos; la perforación por círculos de lóbulos de los plementos de la bóveda del presbiterio; la profundidad de éste, que tiene tres tramos rectangulares antes del ábside; los dobles arbotantes y el amplio triforio. De la catedral de León procederá la disposición de los nervios de la bóveda sobre el presbiterio y el acuerdo por medio de capillas rectangulares de las de la girola y tramos radiales de ésta con el resto del templo.

Es la cabecera palentina obra de un tracista que se mostró poco hábil al unir las capillas radiales con las de las naves por medio de otras estrechísimas, con pérdida de la armonía arquitectónica, tanto en planta como en alzado. Aumenta ese defecto en todo el templo el ancho próximamente igual de las tres naves. Los tramos de la mayor son casi cuadrados, detalle que, unido a los anteriores, revela a un maestro español. Sin embargo, exteriormente la cabecera, a falta de pureza, tiene gran aire monumental.

La catedral y San Pedro de Vitoria y las iglesias vascongadas. — En 1366 pasó Vitoria del dominio de don Pedro I de Castilla al de don Carlos el Noble de Navarra; en 1373 volvió a aquella Corona definitivamente.

La iglesia mayor de Santa María de Vitoria fué creada colegiata por los Reyes Católicos en 1498; hasta 1862 no alcanzó rango de sede episcopal.

Pocos templos hay de tan ignorada historia como éste. Para algunos de los que rápidamente lo han estudiado, es obra del obispo de su diócesis — Calahorra y Santo Domingo de la Calzada — don Juan del Pino (1340-1351), hipótesis a desechar, pues según el epitafio de éste en la catedral de la Calzada mandó hacer de nuevo los palacios episcopales de Calahorra y de Vitoria y el claustro de Santo Domingo; de levantar en su tiempo templo tan importante como el alavés, no hubiera dejado de figurar en el letrero. Hay algunos datos capaces de orientarnos: consta la fundación de varias capellanías en 1401 en la iglesia de Santiago, hoy capilla parroquial adosada al brazo norte del del crucero de Santa María, levantada después de ésta y cuyas formas arquitectónicas son algo más avanzadas que las de la hoy catedral. En 1418 y 1419 se pagaba al maestro que acababa de cerrar y cubrir dicha iglesia de Santiago. Tal vez la mayor de Vitoria se comenzase durante el dominio navarro de la ciudad — 1366-1373; don Carlos el Noble fué gran constructor —, y al volver

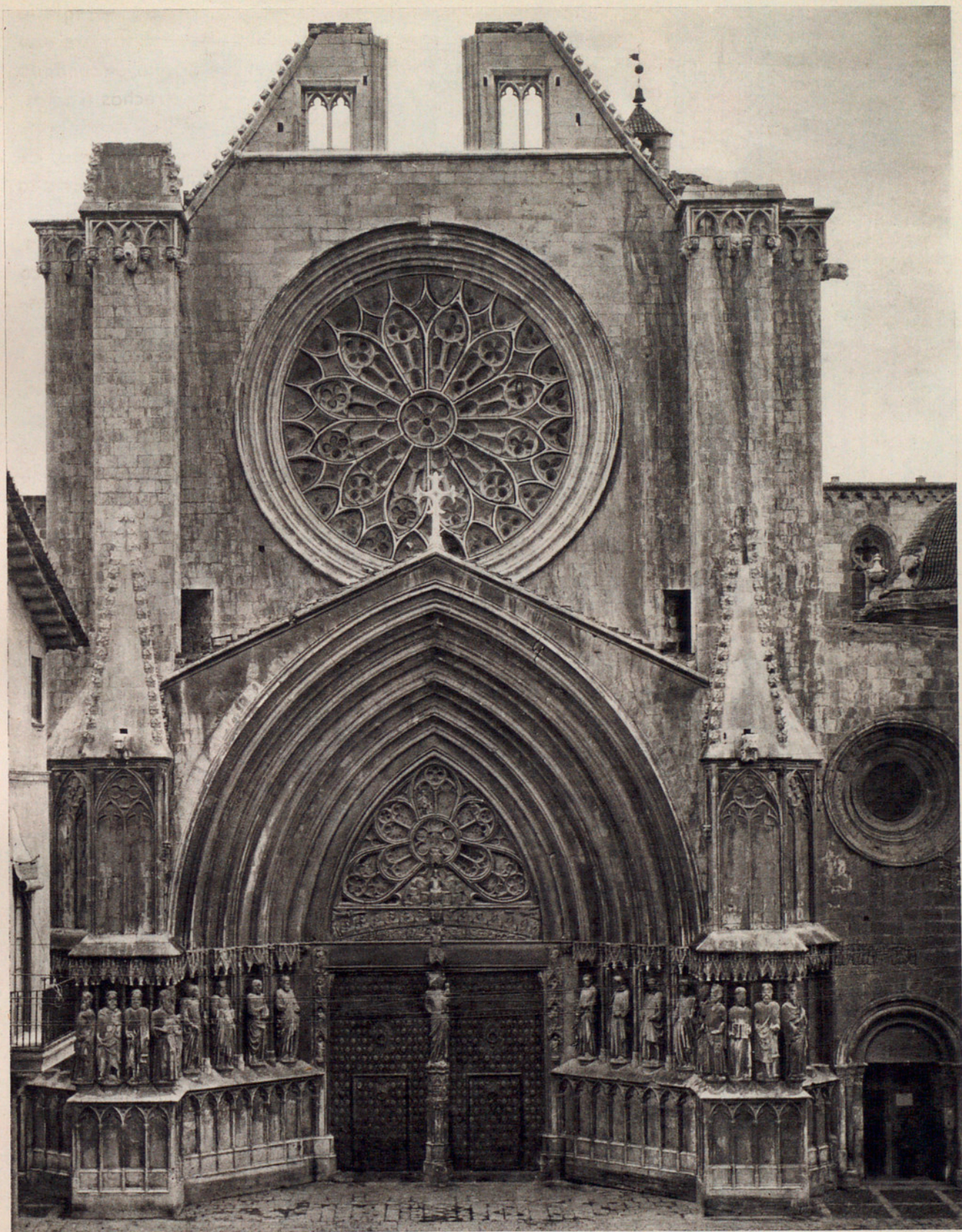
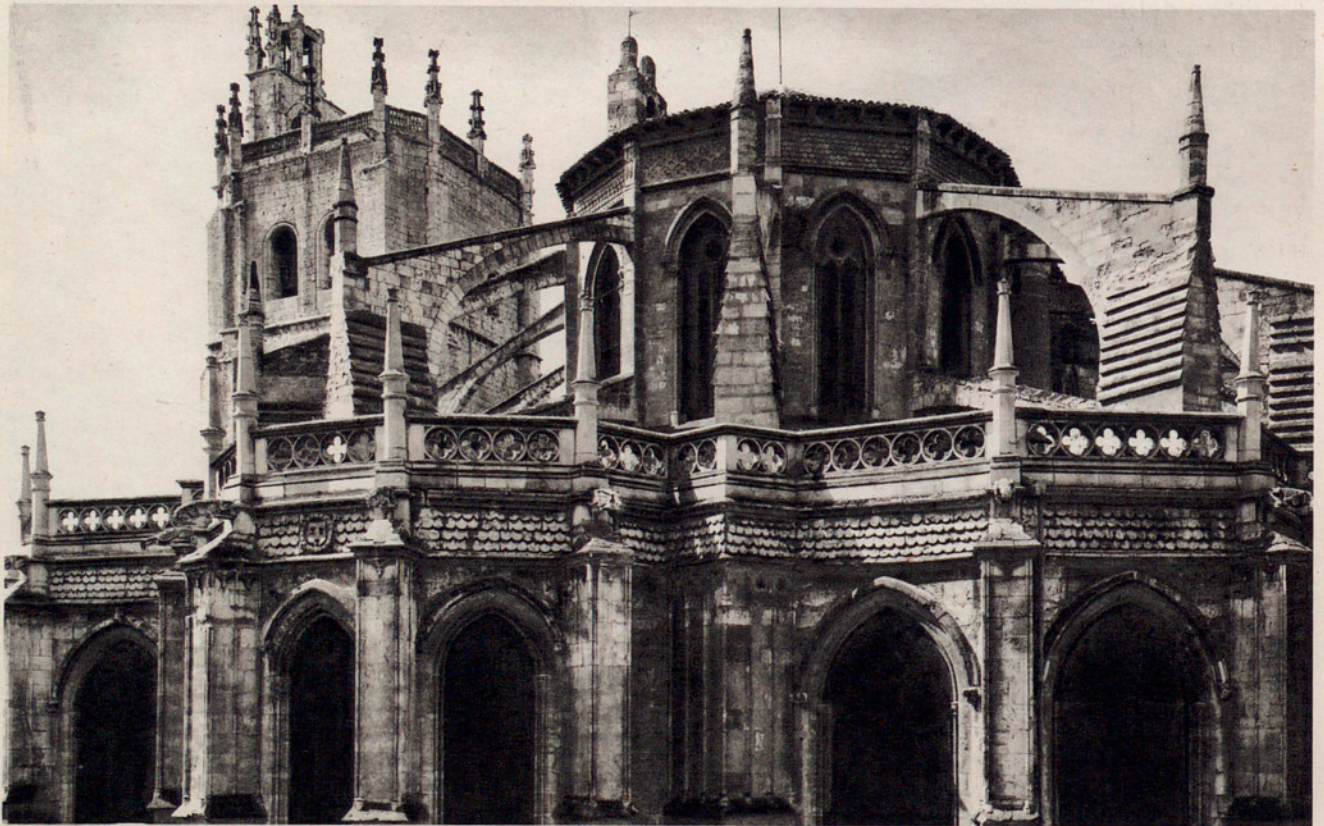


Fig. 124. — FACHADA OCCIDENTAL DE LA CATEDRAL DE TARRAGONA.

INSTITUTO AMATILLOP
DE ARTE HISPANICO



Figs. 125 y 126.—DETALLE DEL TRIFORIO DE LA CATEDRAL DE BURGOS. ÁBSIDE DE LA CATEDRAL DE PALENCIA.

a unirse a Castilla estuviese levantada parte de la cabecera; en los años siguientes continuaría lentamente la construcción, proseguida hasta bien entrado el siglo XV, pero con mucha mayor modestia y marcado carácter militar.

Los muros del templo son lisos, desnudos e inexpresivos al exterior, sin que en los de las naves ni en los del crucero se abra hueco alguno que los anime; faltan cornisas y remates; únicamente los arbotantes más bajos llegaron a construirse. Tan sólo hacia oriente, el exterior de las tres capillas de la cabecera rompe con su arquitectura más jugosa la impresión de fábrica o prisión del resto, permitiendo imaginar lo que hubiera sido exteriormente el templo proseguido con arreglo al mismo plan.

En los paños que cierran esas tres capillas, y en los inmediatos de los muros rectos que limitan a oriente el templo, hay grandes ventanales ocupando todo el espacio entre los contrafuertes; es la única parte exterior de sillería. Carecen de cornisa y coronación las capillas y por encima de ellas se levantan los muros exteriores del presbiterio, construídos con mampostería del mismo cerro en el que se emplazó el templo. En los cinco paños que cierran la capilla mayor y en los más próximos del crucero, hay ventanas no muy grandes, de arco agudo y de tracería radial. Estos detalles, en unión de la falta de arbotantes, indica un cambio de plan y de dirección: terminóse el edificio con máxima economía al exterior, probablemente por el constructor de los templos de frailes de las órdenes menores levantados por entonces en Vitoria.

La planta es de cruz latina, con tres naves en el brazo mayor, largo crucero de siete tramos y cabecera de gran originalidad. El presbiterio, abierto directamente al crucero —era innecesaria su prolongación al no existir cabildo catedral—, es un semidecágono regular, en torno del cual se desarrolla una girola de cinco tramos trapeciales; en los tres del centro se abren otras tantas capillas hexagonales; los dos restantes comunican con sendas naves transversas, prolongación hacia oriente de los tramos extremos del crucero. A pesar del difícil acuerdo de éste y la girola, la cabecera es obra muy bella y de gran diafanidad.

La nave mayor, muy oscura, se eleva a 23,50 metros y a 12,80 las laterales. Las bóvedas son de ojivas y los apoyos, pilares cilíndricos con cuatro columnas adosadas. Tiene triforio, ciego su muro de fuera y abierto el interior por sutil tracería finamente labrada, con arquillos trilobulados y antepecho también calado (fig. 127).

La disposición de las capillas de la girola sobre un alto cubo poligonal resaltado de la muralla de la ciudad y la perforación de los contrafuertes, prolongación de los muros de separación de las capillas, por huecos adintelados para la circulación por el adarve, recuerda la cabecera de la catedral de León. La penetración de molduras, y algunas otras formas no frecuentes a fines del siglo XIV en la arquitectura española, permiten suponer influencias de monumentos franceses meridionales en el templo alavés.

La iglesia de San Pedro en Vitoria es un hermoso edificio, cuya arquitectura está íntimamente relacionada con la de la catedral y la iglesia de Santiago. Tiene tres naves muy cortas, otra de crucero, capilla mayor poligonal, dos menores en el lado del evangelio y una sola en el de la epístola. El triforio existente en algunos de sus tramos deriva del de Santa María (figs. 128 y 129).

De fecha avanzada dentro del siglo XIV, y casi todas ellas alcanzando su construcción el siguiente, son la mayoría de las iglesias góticas vascongadas de alguna importancia, entre las que descuella Santiago de Bilbao, templo reedificado en 1404. Es una buena iglesia de

tres naves y girola de tramos alternos trapeciales y triangulares; cúbrese estos últimos con bóvedas de tres nervios. Los pilares tienen núcleo cilíndrico y columnillas adosadas. La nave transversal de crucero se acusa tan sólo en alzado. Bordea la mayor, el presbiterio y los brazos del crucero un triforio, ciego su muro de fondo y aparente al interior de la iglesia por tracería de múltiples arquillos, de dibujo casi idéntico al de la catedral de Vitoria; sobre él hay amplias ventanas, con complicadas tracerías. Las bóvedas son de simples nervios diagonales, excepto las del tramo central del crucero y presbiterio, provistas de terceletes y ligaduras. Arbotantes dan estabilidad a los pilares que sostienen las bóvedas más elevadas. La decoración es muy pobre (figs. 131 y 132).

La traza de esta iglesia es exótica, pero la mano de obra parece indígena. En relación comercial Bilbao con el norte de Francia, Flandes e Inglaterra, no es extraño que un maestro extranjero trazara los planos de la iglesia de Santiago, cuyas semejanzas con la normanda de Caudebec, construída en el siglo XV, son grandes, igual en ambas la distribución de la girola en tramos trapeciales y triangulares, que en la iglesia bilbaína no procede de la catedral de Toledo, y las capillas pentagonales con un nervio de la bóveda en su eje y el estribo correspondiente.

San Antón de Bilbao inauguróse en 1433. Santa María de Lequeitio, con triforio y dobles arbotantes, como la anterior, simplifica el modelo de Santiago de Bilbao al sustituir la cabecera con girola de ésta por la tradicional de tres capillas poligonales de frente.

También la iglesia bilbaína sirvió de modelo a San Salvador de Guetaria, en la que en 1397 se aprobaron las bases de la antigua legislación foral. Se dice terminada en 1420; tiene triple nave, separadas por pilares cilíndricos con columnas adosadas; bóvedas con terceletes y ligaduras en la nave mayor; ventanas grandes con buenas tracerías y triforio semejante al de las otras iglesias de la serie.

Sancho de Emparán empezó a construir en 1418 la iglesia parroquial de Santa María de Guernica. A esta época pertenecen la cabecera, formada por tres ábsides poligonales, el central con triforio del tipo vascongado, y la puerta norte, hermana de la de Santiago de Bilbao.

Las naves de la catedral vieja de Plasencia.— La catedral de Plasencia se compone de dos partes: tres naves a los pies, de cuatro tramos, separadas por pilares esquinados con gruesas columnas adosadas, y cabecera, crucero y un tramo de nave, espléndida obra ésta de la última fase del estilo gótico.

A poniente sirve de ingreso a las naves una puerta de arcos de medio punto, acodillada, con múltiples arquivoltas, sin tímpano; encima hay un gran ojo de buey desprovisto de tracería. La diferencia de altura de las naves es escasa; las laterales se cubren con sencillas crucerías y las de la mayor son estrelladas, con terceletes y combados. Decoran su plementería escudos y figuras. Las ventanas de las naves laterales, grandes, de arco agudo, tienen tracería con calados dibujando tréboles y cuadrilóbulos en los tímpanos (figs. 133 y 134).

Esta obra provincial, arcaizante y tosca, en la que se reúnen elementos aun de tradición románica con otros góticos del siglo XIV, pertenece a una escuela regional, cuyo origen está en la comarca salmantina. Su fecha, dentro del siglo citado, puede deducirse de la semejanza de los relieves de la plementería de sus bóvedas con los de las del claustro de la catedral de Ciudad-Rodrigo, levantadas en los años siguientes al de 1319. En 1389 dirigía las obras de Plasencia un maestro llamado Juan Francés.

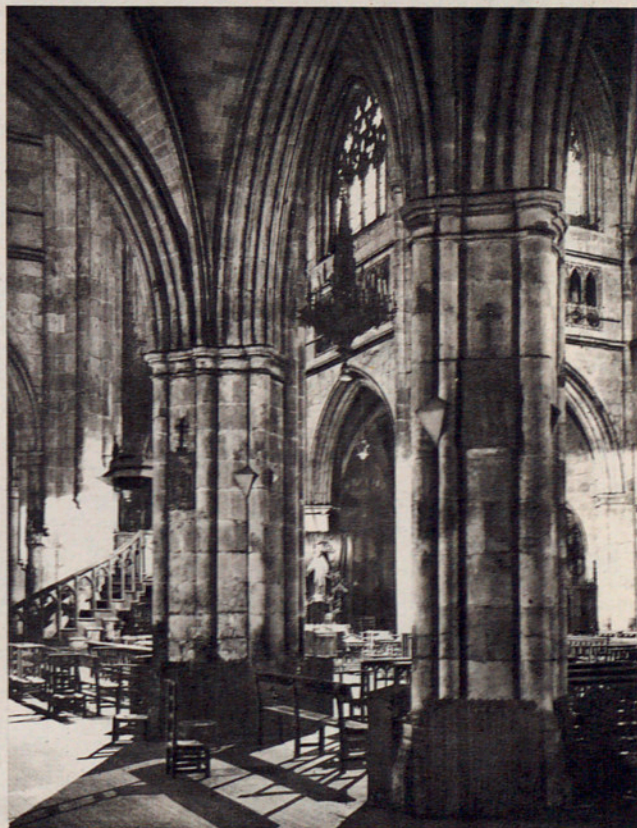
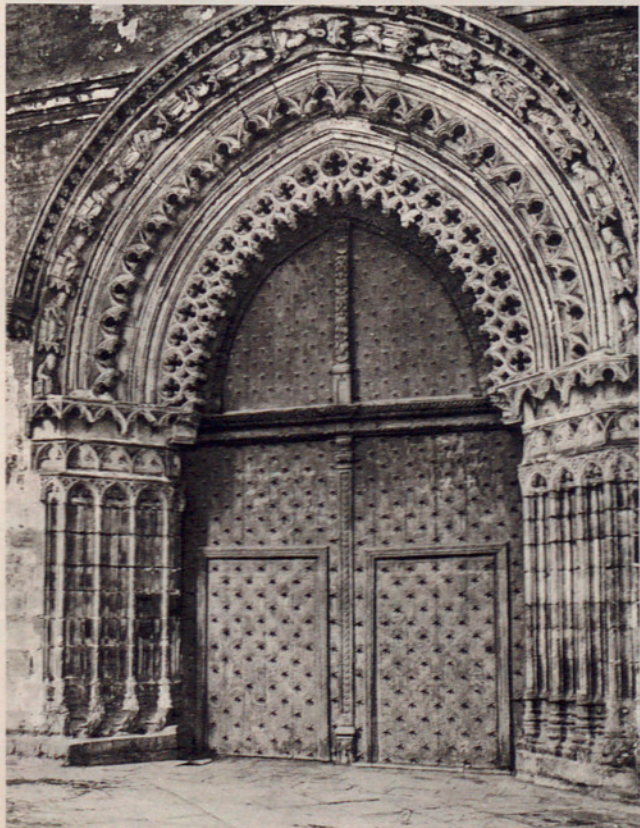
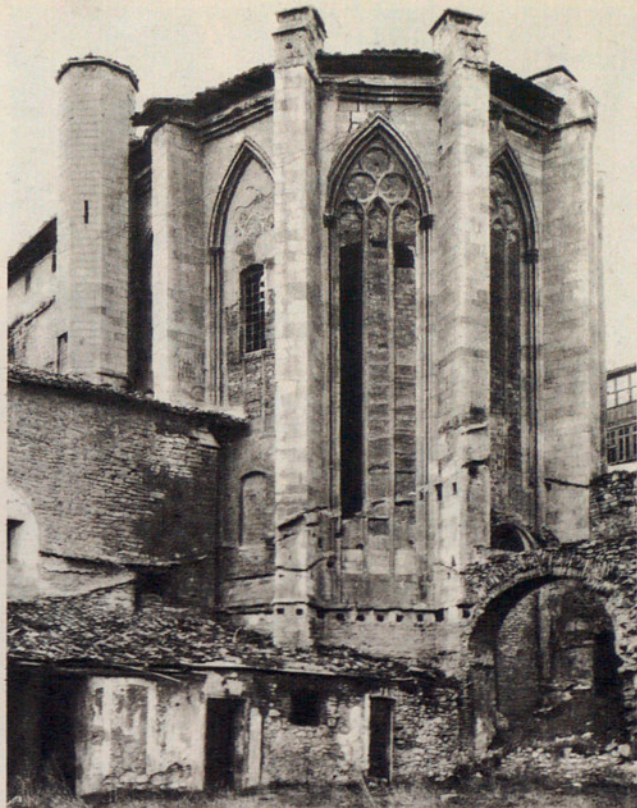


Fig. 127. — INTERIOR DE LA CATEDRAL VIEJA DE VITORIA.

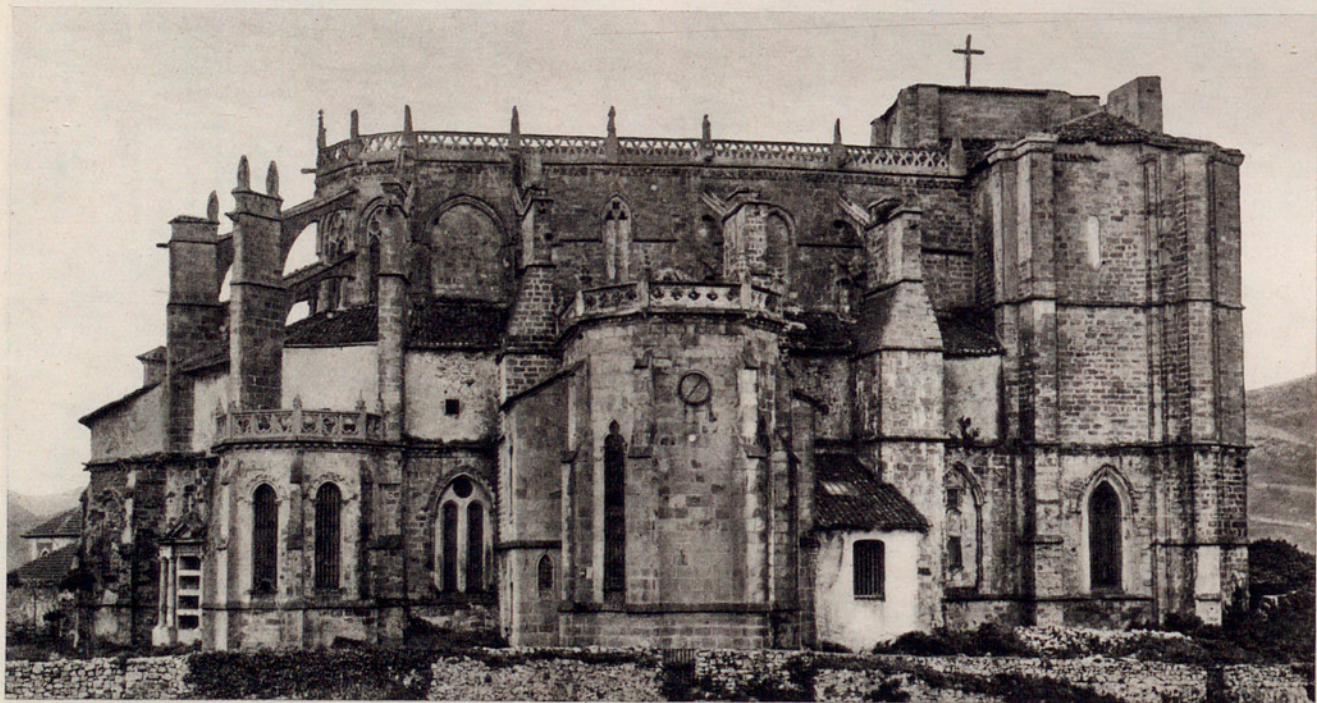
INSTITUTO AMATEUR
DE ARTE HISPANICO



Fig. 128. — INTERIOR DE SAN PEDRO DE VITORIA.



Figs. 129, 130, 131 y 132.— EXTERIOR DE LAS CABECERAS DE SAN PEDRO Y SAN FRANCISCO DE VITORIA. PORTADA E INTERIOR DE SANTIAGO DE BILBAO.



Figs. 133, 134 y 135. — INTERIOR Y BÓVEDAS DE LA CATEDRAL VIEJA DE PLASENCIA. EXTERIOR DE SANTA MARÍA DE CASTRO URDIALES.

LAS IGLESIAS DE SANTA MARÍA DE CASTRO-URDIALES, SANTA MARÍA LA ANTIGUA DE VALLADOLID, SAN MIGUEL DE AGUILAR DE CAMPÓO, SAN HIPÓLITO DE TÁMARA, SAN ESTEBAN DE BURGOS, SANTA CLARA DE PALENCIA Y NUESTRA SEÑORA DE GAMONAL. — Admirablemente situada en un peñasco avanzado sobre el mar, la iglesia de Santa María de Castro-Urdiales es hija arquitectónica tardía de la catedral de Burgos. La villa cantábrica estaba en relación continua y estrecha con esa ciudad, y, lo mismo que Bilbao, con los puertos franceses y flamencos. El comercio marítimo fué origen de su riqueza y explica la construcción de la iglesia, grande y con pretensiones monumentales (fig. 135).

Su planta es rectangular, con crucero tan sólo acusado en ella por su mayor ancho que el de los restantes tramos de las naves. Forman la cabecera una capilla mayor poligonal y girola en torno de tramos trapeziales, en los que se abren tres capillas de planta hexagonal, no seguidas, sino alternando con tramos sin ellas. El plano de esta cabecera es frecuente en iglesias góticas francesas de comienzos del siglo XIII. Marca avance sobre la catedral de Burgos la bóveda del presbiterio, que en Castro-Urdiales, como en León, cubre, además de la parte limitada por los lados oblicuos, la comprendida entre los inmediatos paralelos al eje longitudinal del templo (fig. 136).

Separan las tres naves pilares de núcleo cilíndrico con cuatro columnas adosadas. A los pies de las laterales proyectóse levantar dos torres, por lo que los últimos apoyos son de núcleo prismático, columnas acodilladas y mayor sección que los restantes.

Consta esta iglesia de dos partes, levantadas sin solución de continuidad o mediando entre ellas un intervalo breve: la cabecera, obra de un buen maestro de escuela burgalesa, en la que se abren grandes ventanales ocupando todo el paño entre los apoyos, con tracería semejante a la que tienen los situados sobre las puertas del crucero y en el claustro de la catedral de Burgos, y el resto del templo, en el que las ventanas son reducidas, obra de otro maestro, tímido y de inferior categoría artística.

Las dos campañas se acusan también en el triforio. El del presbiterio, fino y bien trazado, es copia del de la catedral burgalesa. Los ventanales del de la nave mayor constan de dos arcos agudos, cobijados bajo la bóveda de medio cañón que lo cubre. Cala las entjutas comunes un hueco trebolado y en su muro de fondo hay otros dos pequeños, recortados según variados dibujos. Sobre el triforio se abren reducidas ventanas, con tracerías sencillas. Las bóvedas de la nave mayor tienen ligaduras longitudinales; ayudan a su estabilidad dobles arbotantes terminados en largos estribos, más semejantes a los de León que a los burgaleses. La cornisa de la nave mayor es de *crochets*. Sobre los pedestales de los antepechos hay estatuas. La inspiración en la catedral de Burgos aparece, pues, en este templo, reiterada y claramente.

El tipo de iglesia con cabecera formada por tres capillas paralelas de planta poligonal, aplicado probablemente por primera vez en España en la catedral de Cuenca, difundido por la región burgalesa en el siglo XIII, siguió gozando de gran predicamento en los dos siguientes; contribuyó también a vulgarizarlo su empleo por las órdenes mendicantes. Las iglesias que rápidamente se describen a continuación tienen cabecera con ese plano.

Santa María la Antigua de Valladolid es hoy templo difícil de estudiar por haber sufrido restauraciones radicales. A un edificio anterior de hacia mediados del siglo XIII pertenecen su pórtico norte, emparentado con el de las Huelgas de Burgos del mismo emplazamiento,

y la torre situada a los pies, de ejes oblicuos ambas construcciones respecto a los de la iglesia actual. Tiene ésta tres naves, la central bastante más ancha que las laterales, terminadas a oriente en ábsides poligonales. Separan a aquéllas gruesos pilares cilíndricos con cuatro columnas adosadas, para arranque de los arcos, y otras tantas intermedias, de menor sección, apeando las ojivas. Las bóvedas de la nave mayor tienen ligaduras longitudinales y los plementos de la del presbiterio están calados por aberturas circulares lobuladas. Este presbiterio, con dos órdenes de ventanas, sigue al de las Huelgas de Burgos, mientras el resto del templo se inspiró en la catedral de esa ciudad. El antepecho calado de la cabecera es igual al de idéntico lugar de la catedral de León. El crucero se acusa solamente en alzado. Los arbotantes, renovados y modificados recientemente, añadiéronse en el siglo XVI. Según Antolínez, en su "Historia manuscrita de Valladolid", esta iglesia fué reedificada por Alfonso XI, afirmación que concuerda con sus caracteres artísticos (fig. 137).

La colegiata de San Miguel de Aguilar de Campóo se reconstruía en 1346, año en el que el obispo de Sigüenza don Alonso de Aguilar concedió indulgencias a los que la visitasen una vez terminada. Tiene tres capillas poligonales de frente, la mayor con dos cuerpos de ventanas estrechas y alargadas entre recios contrafuertes. Sus apoyos son pilares cilíndricos, con ocho columnas en torno.

San Hipólito de Támara edificábase en 1334 con la protección de Alfonso XI, gran devoto de ese santo en cuyo día nació. Es un buen templo del tipo de San Antón de Castrojeriz y del de Aguilar, pero más grande y monumental que este último. Las bóvedas de su nave mayor tienen ligaduras longitudinales y las contrarrestan arbotantes únicos.

En el claustro de San Esteban de Burgos fué enterrado en 1385 el cantero Pablo García, maestro de ella. Uno de sus clérigos dejó al morir tres años más tarde una manda para la obra. La única novedad de esta iglesia, menguada hija arquitectónica de la catedral, es la existencia en ella de un paso de circulación bajo las ventanas, detrás de los pilares (fig. 138).

El privilegio de fundación del monasterio de Santa Clara de Palencia por Enrique II es de 1378. Se edificaría a partir de esa fecha por el monarca y su mujer doña Juana Manuel, aunque luego lo engrandecieron los almirantes de Castilla, al primero de los cuales don Alonso Enríquez († 1429) y a su mujer doña Juana de Mendoza suele atribuirse la fundación. Sirvió de panteón a esta noble familia; doña Juana dispuso en 1431 ser enterrada en su capilla mayor (fig. 139).

La iglesia tiene planta de cruz griega, dibujada dentro de un perímetro cuadrado por una nave alta y la de crucero; los compartimientos laterales son de menor altura. Sobresalen a oriente tres ábsides poligonales, muy semejantes a los de todas estas iglesias, con la única diferencia de cubrir al mayor una bóveda estrellada; otra del mismo tipo se levanta sobre el tramo que le precede, ocupando parte de la capilla mayor, sin duda para conseguir un espacio cuadrado, pues es rectangular el que limitan muros y pilares. Éstos son enormes, de mayor sección que los de la catedral de la misma ciudad. La decoración, aunque sin el vigor de las selectas del siglo anterior, es excelente y, al parecer, de mano nacional.

Rompe la pequeña iglesia de Nuestra Señora de Gamonal con las reseñadas anteriormente por su planta y buena traza y labra, difíciles de explicar si no se tiene en cuenta su proximidad a Burgos y su relación con cofradías y nobles de esta ciudad. Su planta es de cruz latina, de una sola nave de unos 10 metros de ancho y 10,30 de elevación en la cabecera. Al presbiterio, cuadrado, precede una nave transversal de tres tramos; la de los pies



Fig. 136. — INTERIOR DE LA CABECERA DE LA IGLESIA DE SANTA MARÍA DE CASTRO URDIALES.

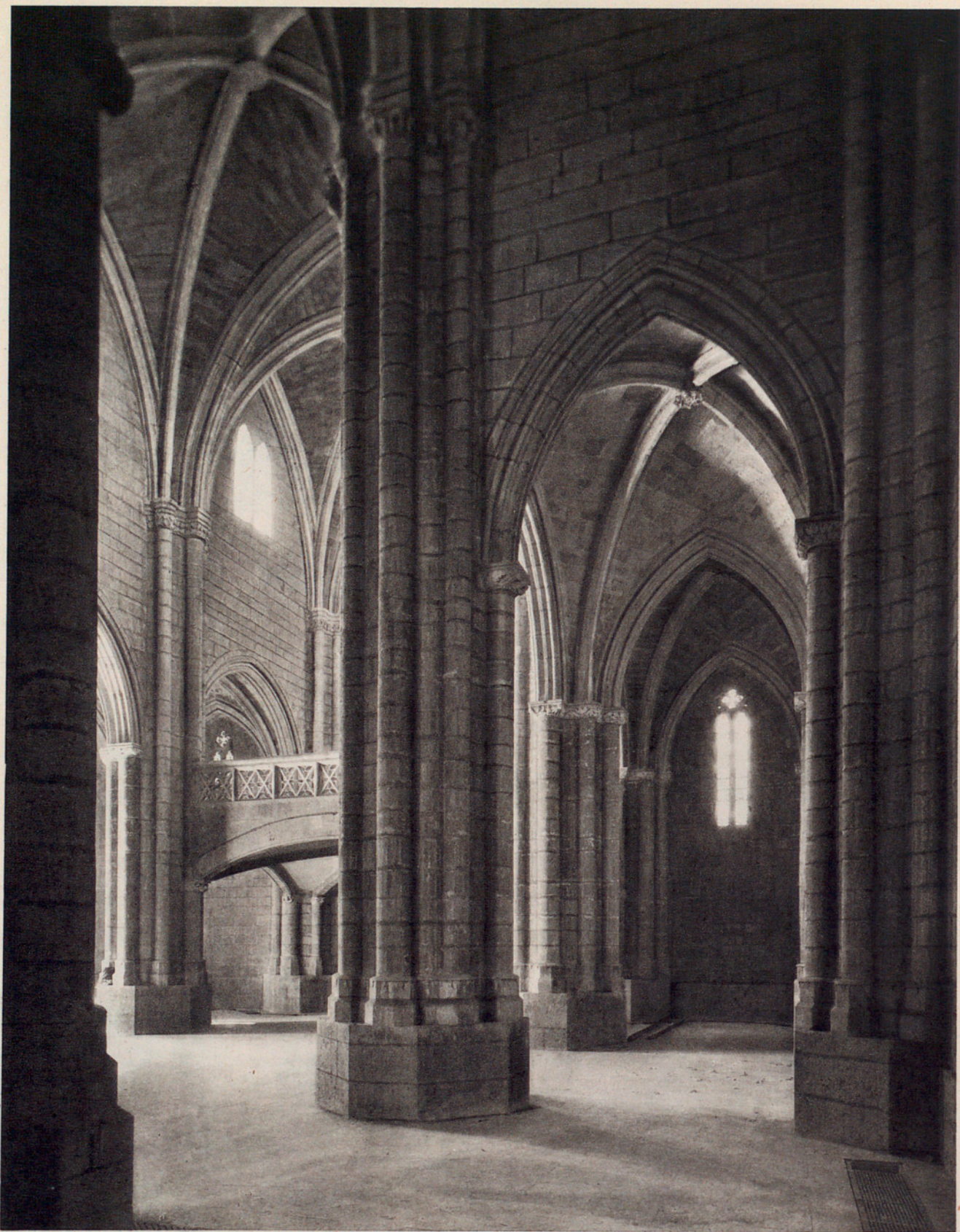


Fig. 137. — INTERIOR DE LA IGLESIA DE LA ANTIGUA EN VALLADOLID.

ene dos y un pórtico, añadido con posterioridad. Cubre la capilla mayor una bóveda sexartita, sin duda por recuerdo de la de las Huelgas, con ligadura longitudinal, como las tres restantes que la preceden, de ojivas sencillas éstas; las de los brazos de la nave transversal de crucero tienen menor altura. Los arcos ojivos arrancan de columnas cortas, por la escasa elevación del templo. En ménsulas, claves y capiteles hay representaciones de seres vivos e incluso "historias", pero predomina la fina flora naturalista gótica; trébol, hojas como de castaño, vid, cardo y hiedra. Esta iglesia sencillísima, de muy buena traza y excelente arte, cuya molduración revela fecha avanzada del siglo XIV, es obra de los artistas que trabajaban en los talleres de la catedral de Burgos por entonces.

LAS IGLESIAS ANDALUZAS DEL SIGLO XIV. — En el siglo XIV, la arquitectura religiosa no mejoró en Andalucía ni en importancia ni en originalidad respecto a la del anterior. El gran desarrollo en toda esa región de la carpintería mudéjar permitió cubrir casi todos los templos, olvidando el ejemplo de Santa Ana de Sevilla, con armaduras de madera, reduciendo así el espesor de muros y con simplificación de los apoyos; únicamente empleóse la bóveda nervada en la capilla o capillas de la cabecera.

Es una excepción San Hipólito de Córdoba, modesta iglesia fundada por Alfonso XI en 1348 en conmemoración de la victoria del Salado. Su capilla mayor consta de un tramo rectangular, cuya bóveda de ojivas tiene ligadura longitudinal, y un presbiterio cerrado por una línea poligonal de cinco lados; los nervios de su bóveda se apean en columnas.

Buen ejemplar de iglesia andaluza del siglo XIV, no escasa en arcaísmos, es San Pablo de Úbeda. Tiene pilares de planta cuadrada, con una columna en cada frente, injustificadas las correspondientes a los perpiaños por carecer de ellos el templo, cuyas tres naves se cubrieron con armaduras de madera. La capilla mayor, poligonal, está precedida de un tramo rectangular; otros tres, cubiertos como éste con ojivas, forman una nave transversal de crucero. Alfices encuadran a los arcos agudos de separación de las naves en el frente de la mayor. Casi todos los capiteles son de *crochets*.

Las numerosas parroquias sevillanas levantadas en el siglo XIV, lo mismo que las iglesias de su región inspiradas en ellas, carecen de importancia para la evolución de la arquitectura gótica española. Repiten las formas arcaicas de las de la segunda mitad del siglo anterior, inspiradas más o menos directamente en templos burgaleses, bernardos y de las órdenes militares. Son la mayoría construcciones modestas, de presbiterio poligonal, precedido de un tramo rectangular a cuyos arcos ojivos suele acompañar una ligadura, y tres naves cubiertas con armaduras de madera, terminadas las laterales en muros planos. Esta arquitectura góticomudéjar, cristalizada en formas pretéritas, continuó repitiendo el tipo de fachada del hastial de los pies descrito al tratar de las iglesias andaluzas del siglo anterior: portada abocinada en cuerpo saliente, con numerosos baquetones, protegida por un guardapolvo sobre modillones de motivos y labra tan arcaizantes como los que decoran las arquivoltas y los capiteles; encima, un ojo de buey y a cada lado otro más reducido o una ventana de arco agudo.

Modestas obras arquitectónicas son los dos templos yuxtapuestos del monasterio cisterciense de San Isidoro del Campo, a 8 kilómetros de Sevilla, junto al pueblecito de Santiponce. Lo fundaron don Alonso Pérez de Guzmán († 1309), el héroe de Tarifa, y su mujer doña María Alonso Coronel en 1301, con monjes del de San Pedro de Gumiel, en tierra de Burgos. Pro-

hibido por aquél su utilización para sepultura de otras gentes, su hijo don Juan Alonso de Guzmán, fallecido en 1351, levantó uno nuevo al lado para su enterramiento. Ambos son de una nave, con ábsides poligonales, fuertes estribos reunidos por arcos en su parte superior, formando matacán, y coronación de almenas.

TEMPLOS DE ESCUELA TOLEDANA. — La actividad arquitectónica desarrollada en torno a la construcción del gran templo toledano, ininterrumpida desde antes de la colocación de su primera piedra en 1226, apenas ejerció influencia alguna en la ciudad y en la diócesis, prueba del arraigo del mudejarismo en ambas. Tan sólo a fines del siglo XIV y comienzos del XV se levantaron algunos templos en la región, en los que el influjo de las obras en curso en el metropolitano — claustro, capilla de San Gil, decoraciones interiores — es patente, aunque no se haya reconocido.

Por carta de 1389, el monarca encargaba al arzobispo de Toledo Tenorio que levantase la iglesia del monasterio de Jerónimos de Guadalupe. Con el patronato real y bajo la dirección del prelado dió comienzo ese mismo año la construcción del templo por un maestro mayor Alfonso, enterrado en la capilla de Santa Ana, en la que tiene su ingreso. Será el Ferrand Alfonso que en 1383 era maestro mayor de la catedral de Toledo, o el Rodrigo Alfonso, "maestro de la obra de la iglesia Cathedral de Santa María de Toledo", que figura en un documento de 1411, en caso de no ser los dos una misma persona.

Tal vez se aprovecharan cimientos levantados algunos años antes. Tardó en perfeccionarse la fábrica del monasterio veintitrés años, lo que nos lleva al de 1412 para su terminación; es de suponer que entre aquéllas el padre Sigüenza, autor de la noticia, incluyese la iglesia.

Tiene ésta planta de cruz latina, tres naves, más alta y bastante más ancha la mayor que las laterales, con tres tramos cada una de ellas. A su oriente las corta una nave transversal de crucero, no acusada en planta. Cierra el presbiterio una línea poligonal de siete lados. No existe en la cabecera más capilla que la mayor.

Las bóvedas son de crucería sencilla en las naves laterales, y con combados y terceletes, dibujando estrellas, en la mayor y brazos del crucero. Cubre al presbiterio una bóveda también estrellada y el tramo central del crucero una cúpula esquifada de planta octogonal, con ocho nervios convergentes en el centro, sobre una linterna también ochavada. Daban luz a la nave mayor grandes ventanales, comprendiendo todo el tramo de pilar a pilar, ahora cegados, pero no abiertos directamente al exterior, sino a un pasadizo situado en el grueso del muro, a cuyo otro lado había un nuevo ventanal, probablemente con tracería semejante. Continúa el pasadizo por los brazos del crucero, en cuyos hastiales de norte y sur hay grandes rosetones a un lado y otro, correspondiendo uno al interior y otro al exterior del templo. Arbotantes dobles, ocultos hoy por construcciones parásitas, contrarrestan los empujes de las bóvedas de la nave mayor. Excepto los muros, de mampostería, y los pilares de separación de las naves, labrados en piedra sillería, el resto del edificio es de ladrillo, aplanillado en molduras y recuadros (figs. 140 y 141).

La cabecera de esta iglesia de Guadalupe, con capilla única, es análoga a la de muchas toledanas de ladrillo. Linterna y cúpula sobre el tramo central del crucero reproducen las de las capillas de San Ildefonso, construída por el cardenal Gil de Albornoz († 1364), y de San Gil, que lo fué por el arzobispo Tenorio († 1399), ambas en la ca-



Fig. 138. — NAVE MAYOR DE SAN ESTEBAN DE BURGOS.

INSTITUTO NACIONAL
DE ARTE HISTÓRICO



Figs. 139, 140 y 141.—INTERIOR DE SANTA CLARA DE PALENCIA. INTERIOR Y FACHADA DE LA IGLESIA DEL MONASTERIO DE GUADALUPE.

tedral de Toledo. El paso en el interior de los muros de la nave mayor, con ventanales a ambos lados, se registró también en la iglesia metropolitana, y, finalmente, molduras y decoración de capiteles y ménsulas de la de Guadalupe son semejantes a las de las obras contemporáneas de la catedral de Toledo.

El maestro Alfonso levantaría al mismo tiempo que el templo jerónimo la colegiata de Tavera de la Reina, fundación del arzobispo Tenorio, conforme a un programa más modesto. Tiene tres capillas poligonales de igual saliente, limitadas al exterior por el mismo muro.

En los dos templos, las formas góticas de fines del siglo XIV y primeros años del XV de la catedral de Toledo están teñidas de fuerte mudejarismo, patente, no sólo en el ladrillo aplantillado de gran parte de sus fábricas, sino en remates y en los alfiles que recuadran todos los arcos.

LA ARQUITECTURA CATALANA DEL SIGLO XIV

En contraste con Castilla, abierta a toda clase de influjos exteriores, en Cataluña y Aragón apenas si penetró el arte gótico francés en el siglo XIII. Fué, en cambio, el XIV y parte del XV la época de auge de la arquitectura medieval catalana, en la que transformó con gran originalidad las formas artísticas recibidas a través del Languedoc y la Provenza, mientras la arquitectura castellana, como se dijo en páginas anteriores, sufría de profunda impotencia.

A fines del siglo XIII se inicia el período más glorioso de la historia catalana, reforzada su potencia política con la conquista de Valencia y Baleares y la ocupación de Sicilia. En el XIV, Cataluña era el mayor estado mediterráneo; Barcelona podía parangonarse con Venecia; centro de un activo comercio que le proporcionaba cuantiosas riquezas, tenía fondques o alhóndigas en Chipre, en Candía, en Morea, en Egipto y Siria. Valencia y Palma de Mallorca también se convirtieron en emporios comerciales de extraordinaria actividad, sedes de una industria floreciente.

Jaime II incorporó Córcega y Cerdeña a la Corona de Aragón a cambio de Sicilia. Con el desarrollo extraordinario del comercio, de la industria y de la riqueza pública, desde los últimos años del siglo XIII la población acrecentóse considerablemente. En las ciudades catalanas surgió un espíritu municipal muy activo, merced al cual consiguieron sus habitantes extensas libertades. Gremios y asociaciones se desarrollaron en ellas como en ningún otro lugar de la Península. Los soberanos, apasionados por la cultura, impulsaron todas sus manifestaciones, y muy señaladamente las artísticas. A Pedro el Ceremonioso, III de Cataluña y IV de Aragón, por ejemplo, le vemos, a través de su correspondencia y de buen número de documentos, interesado continuamente en levantar y alhajar construcciones, en cuyos menores detalles intervenía.

La prosperidad material se tradujo, como suele ocurrir, en extraordinaria actividad constructiva. Las villas recién fundadas y las acrecidas necesitaron iglesias parroquiales y el espíritu religioso unido al orgullo y emulación local, impulsaron la erección de vastos templos. Las nuevas órdenes religiosas fructificaron en Cataluña como en pocas comarcas, protegidas por todas las gentes, desde las humildes hasta las de condición más elevada; como consecuencia, se levantaron muchos y grandes monasterios de franciscanos, dominicos y car-

melitas. Las ciudades de mayor importancia, sedes episcopales, quisieron tener magníficas catedrales, semejantes a las que a fines del siglo XIII habían empezado a construirse en la Francia meridional. En esas urbes y en los monasterios, a los que solían retirarse temporalmente los monarcas, elevaron éstos lujosos palacios. A imitación de las ciudades italianas, los consejeros municipales edificaron casas para el gobierno de la ciudad y los comerciantes vastas lonjas de comercio destinadas a sus contrataciones, edificios en los que manifestábase el orgullo urbano y la ostentación de sus riquezas.

Todas estas construcciones, sin relación alguna con la anterior arquitectura regional románica, levantáronse con arreglo a las formas góticas filtradas a través de la Francia meridional, con la que, parentescos familiares de sus príncipes, situación geográfica y semejanza de lenguas, tendían a relacionarla estrechamente. Pero yerra el que juzgue el gótico catalán como un sencillo capítulo, una versión empobrecida de la de esas comarcas transpirenaicas. Modificó sus formas, traduciéndolas a una estética original, muy lejana en el fondo de la gótica, aunque aparentemente mantenga su aspecto por la conservación de los elementos formales arquitectónicos, empleados con espíritu distinto. Manifestóse éste en todas las construcciones, lo mismo en las iglesias parroquiales y de las órdenes mendicantes que en las grandes catedrales, más conformes estas últimas a patrones exóticos. Logró, pues, Cataluña, crear una verdadera y fecunda escuela de arquitectura medieval con personalidad propia, cosa no conseguida por Castilla, en la que tan sólo hemos encontrado interpretaciones del arte francés, a veces geniales y de gran originalidad, pero aisladas, sin nexo que las una.

Las catedrales de Barcelona, Palma y Gerona podrán parecer más o menos bellas que las de Toledo, Burgos y León, pero es indudable que poseen características comunes no existentes en las castellanas y que es mayor su individualidad e independencia respecto a las francesas. Fortaleza y sintética sencillez, con un sentido práctico de economía, son notas destacadas de la arquitectura catalana medieval.

Volúmenes prismáticos elementales y poco numerosos se yuxtaponen para formar sus templos, sin preocupación por conseguir efectos pintorescos. El interior de la iglesia tan sólo importa; cubierta total o parcialmente por terrazas, falta casi siempre de cornisas y pinnáculos, su exterior queda desnudo. Húyese de quebrar los muros; se reduce al mínimo el juego de entrantes y salientes, envolviendo las capillas de la girola en amplias líneas poligonales para crear masas compactas, reconcentradas; grandes superficies planas y desnudas en las que se abren escasos y reducidos huecos, con guarnición pobre en molduras, forman su exterior. Cuando se trata del tipo tan frecuente de iglesias de una nave con capillas entre los contrafuertes, éstos arrancan sobre ellas sin que en la parte baja se acusen por el más pequeño retallo. Tampoco se escalonan los estribos: suben seguidos hasta la parte superior de los muros de la nave. Así estos edificios, en vez de la silueta piramidal de los góticos, tienden a la forma cúbica o prismática rectangular de los clásicos.

Tan acusada o aún más es la diferencia entre el interior de un templo gótico francés y el de uno catalán contemporáneo. En el primero, si es de varias naves, los tramos de la mayor son estrechos y, al estar próximos los apoyos que las dividen, cada nave forma como un espacio limitado independiente, relativamente aislado de los de las otras, a lo que contribuye la diferencia de su altura.

El maestro catalán de la Edad Media, intérprete de un sentimiento colectivo, tiene un

concepto muy distinto del espacio. En lugar de dividirlo, procura unificarlo; fiel a la tradición romana y mediterránea, el templo ideal para él es el de nave única grande y libre. Es un aspecto más del deseo de simplificación, al que antes se aludió, patente asimismo en la repugnancia a las naves transversales de crucero y en el empleo casi exclusivo de bóvedas sencillas de ojivas, sin más arcos que los diagonales; ni aun en los últimos tiempos del gótico se generalizaron en Cataluña las estrelladas, abundantes en el resto de España.

Conforme con la tendencia indicada, el tipo de templo más difundido en los estados de la Corona de Aragón fué el de nave única con capillas laterales entre sus contrafuertes; en Castilla, en cambio, abundan los medievales de triple nave, usado incluso hasta en ermitas.

Pero las grandes iglesias catalanas, singularmente las catedrales, hubieran parecido harto humildes con esa disposición al lado de las que a fines del siglo XIII se levantaban en las ciudades populosas, rivales de Barcelona, de la Francia meridional, como Narbona y Tolosa. El sentimiento religioso y el orgullo ciudadano impulsaban a los vecinos de Barcelona, de Gerona, de Palma, de Manresa, a levantar vastos templos de tres naves, siguiendo la moda de los franceses. En la junta de 1416, en la que se discutió si la de Gerona se terminaría con tres naves, conforme su principio, o con una sola, revelóse claramente el sentimiento catalán al sostener los partidarios de la única que no sólo era aconsejable esa solución por su mayor economía, sino también por quedar así la catedral más grandiosa — *solemnior* —, criterio al fin triunfante.

Veamos sintéticamente cómo tradujeron los maestros — a veces de ultrapuertos — en Cataluña la catedral francesa; en los edificios importados se percibe más claramente el íntimo sentir artístico de un pueblo que en los desarrollados en él. A los tramos estrechos de la nave mayor sustituyeron otros casi cuadrados, con los apoyos por tanto más distantes y reducida su sección — eran magníficos constructores — a límites extremos, a pesar de que al separarlos aumentaba considerablemente la superficie cubierta por la bóveda y, por consiguiente, sus empujes.

Las naves las elevaron hasta la misma altura, disposición sin parentesco alguno con las iglesias alemanas de este tipo, o dejaron las laterales poco más bajas que la mayor, para abrir en lo alto de ésta pequeños huecos y, a veces, bajo ellos, una atrofiada galería de triforio. Los arcos de las naves, y los que las separan y los perpiaños, arrancan sobre el mismo capitel, a igual altura, simplificando así el alzado de los apoyos, lo que no ocurre en las grandes iglesias góticas francesas.

En resumen, unificaron hasta el límite el espacio interior, borrando lo más posible la triple división. Diáfano y abarcable en su casi totalidad, no produce el templo catalán la impresión de ilimitado y misterioso de los góticos septentrionales, con sus arquerías apretadas, tras las que se perciben espacios cuyos confines no alcanzan a verse. En las iglesias góticas transpirenaicas separan a las naves muros en los que se abren huecos; en las catalanas, delgados pies derechos interrumpen apenas la unidad espacial de las tres.

Otra característica de las iglesias de los estados de la Corona de Aragón que las distingue de las puramente góticas es el frecuente empleo en ellas de pilares octogonales, al mismo tiempo que su carencia de columnas y boceles que disimulen las aristas vivas de encuentro de las superficies; en lugar del tránsito gradual difuminado de las partes iluminadas a las sombrías, en los templos catalanes los contrastes son violentos y la impresión producida, de sequedad.

El estilo de estas iglesias de la España oriental es, sin duda, el gótico, cuyas formas estructurales y decorativas presentan, pero el juego y combinación de masas, tanto dentro como fuera del edificio, tienen en ellas un sentido totalmente distinto al de las de ese arte. Si de los templos levantinos se suprime la decoración y los nervios de las bóvedas, se ha dicho certeramente, parecerían grandes salas romanas. Góticas son las catedrales de Barcelona, Tortosa, Manresa y Palma, y las cabeceras de las de Tolosa y Narbona, pero entre unas y otras las diferencias son profundas.

La escasa diferencia de altura entre las naves produjo la supresión o mengua de los arbotantes. Mal aplicados cuando existen, son más bien reflejo de una moda que elementos concurrentes a estabilizar el edificio.

Iglesias semejantes a las catalanas descritas a continuación, singularmente de las de una nave, se encuentran al otro lado de los Pirineos, pero en el mediodía de Francia no alcanzaron el desarrollo ni la difusión que en los Estados de la Corona de Aragón.

Los templos catalanes del siglo XIV pueden reducirse a dos tipos: de nave única, casi siempre con capillas laterales entre los contrafuertes, y presbiterio de planta poligonal del ancho de aquélla, y el más monumental de tres naves, empleado en iglesias catedrales o de excepcional importancia.

En las de nave única, ésta se cubre con armadura de madera a dos aguas sobre arcos transversales, o con ojivas. Entre las últimas, unas tienen capillas tan sólo entre los contrafuertes de la nave; en otras, se extienden también en torno de la cabecera.

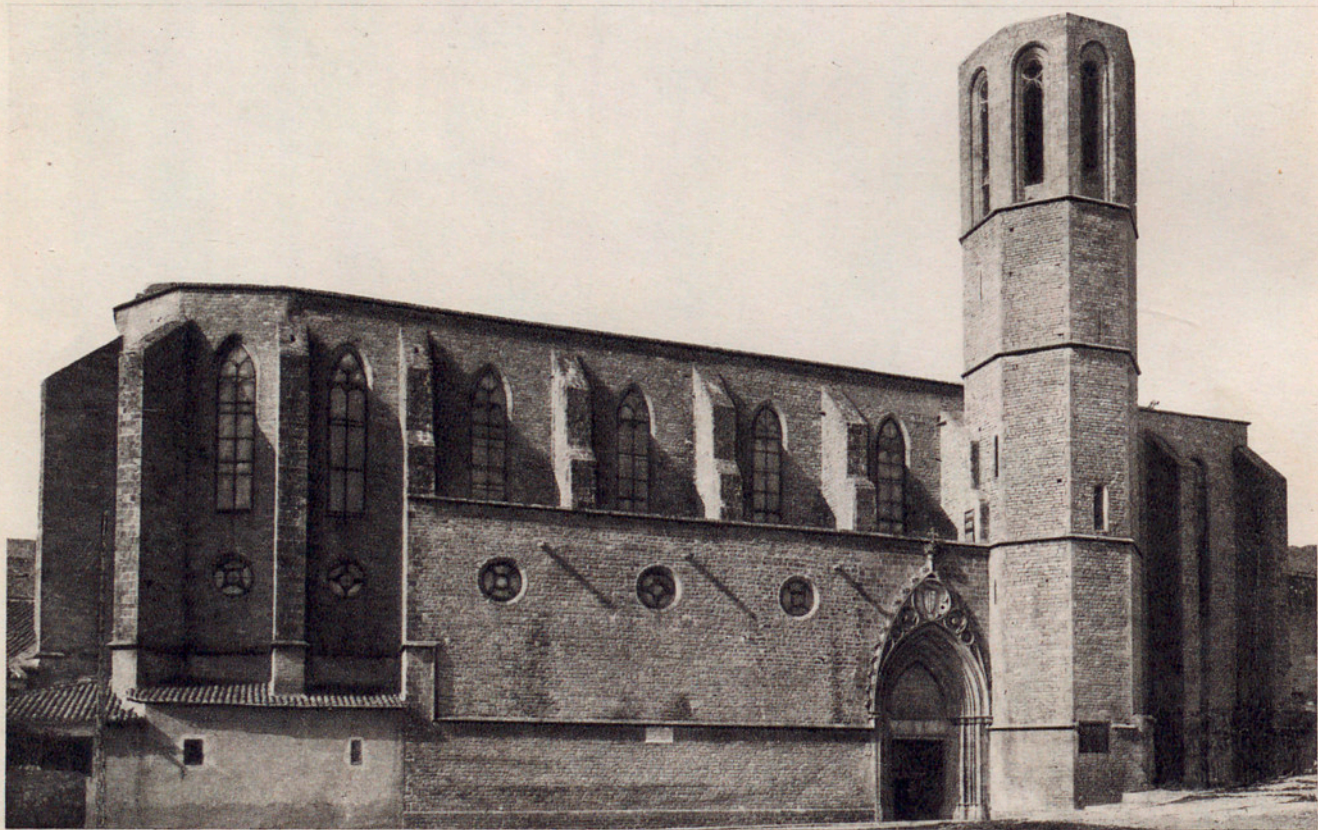
IGLESIAS DE NAVE ÚNICA CUBIERTA CON ARMADURA DE MADERA SOBRE ARCOS TRANSVERSALES. — Esta estructura, sencilla y económica, empleada en los dormitorios de Poblet y Santas Creus, fué muy frecuente en el levante español y sudeste francés durante los siglos XII al XV. Adoptóse para las grandes salas que no llevaban piso encima, lo mismo en templos y dependencias monásticas que en salas de palacios, hospitales, atarazanas, etc.

Es curioso que dicha estructura pase por ser de origen musulmán, cuando no existe ni un solo ejemplo que autorice semejante filiación. Puestos a investigar su genealogía, habría que remontar hasta la arquitectura del Imperio romano en busca de antecedentes. Si por su fragilidad no ha quedado ningún ejemplar de esa época, acreditan su existencia los algo posteriores conservados en la región siria del Hauran, donde la falta de madera obligó a sustituirla por losas de piedra, apoyadas sobre arcos transversales. No es raro que Cataluña y Provenza, regiones intensamente romanizadas, conservaran la tradición. Entre las iglesias de este tipo predominan las de la orden carmelita y las rurales, lo mismo en Cataluña que en Valencia y Baleares: templos carmelitas de Peralada; de Valencia (hoy Museo) y de Manresa (Santo Domingo), comenzado en 1321; de franciscanos de San Juan, de Villafranca del Panadés; San Miguel, de Montblanch; San Félix, de Játiva; la Sangre, en Liria; San Pedro, de Segorbe; Santa Margarita, de Palma de Mallorca, etc. Algunos tienen capillas laterales cubiertas con ojivas.

Buen ejemplar de esta estructura es la capilla de Santa Águeda, del Palacio real de Barcelona, bello y esbelto templo restaurado modernamente, con nave única cortada por tres arcos transversales agudos que sostienen la cubierta de madera a dos vertientes. Cierra su presbiterio un muro de cinco paños y lo cubre una bóveda con seis nervios. Los muros, de sillería, muy gruesos, se retranquean a media altura y en la parte superior ábrense venta-



Fig. 142. — CAPILLA REAL DE SANTA ÁGUEDA, EN BARCELONA.



Figs. 143 y 144.—FACHADA LATERAL DE LA CAPILLA DE SANTA ÁGUEDA, EN BARCELONA. EXTERIOR DE LA IGLESIA DEL MONASTERIO DE PEDRALBES.

nas entre los estribos, con sencillas tracerías. Carácter catalán da principalmente a este templo el muro seguido de la parte baja, sobre el cual arrancan los contrafuertes, disposición repetida exteriormente en las iglesias con capillas laterales (fig. 143).

En 1302 comenzaba su construcción, encargada explícitamente a Bertrán Riquer; en el año 1306, terminados los muros, empezaban a cimbrar arcos y bóvedas y se trataba de construir la torre. En el ábside alternan los escudos de Jaime II († 1327) y de Blanca de Anjou († 1310). De la documentación conservada dedúcese que el culto empezaría alrededor de 1311, aunque hasta 1317 no haya noticias concretas del altar mayor, consagrado a Santa María.

Sobre el trasdós de los arcos avanzan canecillos de madera apeando gruesas carreras con baquetones angulares y encima de éstos van los parecillos y la tabla. Restaurada en el siglo pasado, luce hoy brillante policromía (fig. 142).

IGLESIAS DE NAVE ÚNICA ABOVEDADA, CON CAPILLAS LATERALES ENTRE SUS CONTRAFUERTES. — Este tipo de templo, que vimos iniciarse en Barcelona con las desaparecidas iglesias de los órdenes menores en la segunda mitad del siglo XIII, difundióse en los siguientes por todos los estados de la Corona de Aragón y llegó a ser el más característico de esas extensas comarcas, singularmente de las catalanas. Innumerables son las iglesias que lo repiten, pero con variantes que demuestran el genio creador de los maestros medievales.

Acostumbra a cerrar la capilla mayor una línea poligonal de cinco o siete lados. Algunas veces, sobre todo en época avanzada, adopta la forma cuadrangular. Su arco de ingreso es del mismo ancho que la nave. Divídese ésta en tramos, cubiertos con bóvedas de ojivas, sin formales. Las capillas laterales tienen poco fondo y, salvo en casos excepcionales, como en las iglesias de Cardona, Balaguer, San Agustín de Valencia, Santa María de Sagunto, y en algunas otras de esta comarca, influídas por la catedral de Barcelona, hay una a cada lado por tramo. Cúbrenlas bóvedas sencillas de ojivas, apeadas casi siempre en ménsulas; también es frecuente que los arcos perpiaños arranquen en la misma forma. Como esas capillas tienen bastante menor altura que la nave, sobre sus arcos de ingreso se abren ventanas no muy anchas, entre extensos paños de muros lisos. De estas iglesias, de vasta nave y no muy gran altura, ha dicho Mâle, que reducen el arte gótico a su más simple expresión.

La misma suerte que Santa Catalina y San Nicolás de Barcelona corrió la iglesia del Carmen, incendiada en 1835, cuyos restos fueron derribados en 1875. La Orden se estableció en esa ciudad en 1291 y al año siguiente obtuvo autorización para edificar las dependencias. La iglesia se cree construída hacia 1293; en 1294 consta una dotación para las lámparas de la Virgen en su interior. Las obras prosiguieron en el siglo XIV. Tenía nave única de cinco tramos, con capillas cuadradas entre los contrafuertes y ábside cerrado por una línea poligonal.

Desaparecidas Santa Catalina, San Nicolás y el Carmen de Barcelona, aun quedan en esta ciudad varias del mismo tipo, templos admirablemente dispuestos para el culto, bellísimos algunos.

La iglesia parroquial de Santa María de los Reyes o del Pino, una de las mayores de Barcelona, debió de comenzarse poco antes de 1322. En 1329 Alfonso el Benigno hizo un

donativo para sus obras. Consta un legado en 1332 para las de la capilla de San Esteban, en construcción, situada en el cuarto tramo de la nave. Villanueva cita una inscripción según la cual se consagró en 1453; Street ha propuesto la fecha rectificada de 1353. En 1380, al emprender el campanario, era su maestro Bartolomé Mas; en 1415, Guillermo Abiell.

La nave única, de 16,50 metros de ancho, consta de siete tramos; cierra la capilla mayor una línea poligonal de otros tantos lados. Las laterales son cuadradas. Este templo, desnudo y seco exteriormente, es en su interior uno de los de proporciones más armónicas y equilibradas de la serie (figuras 145 y 146).

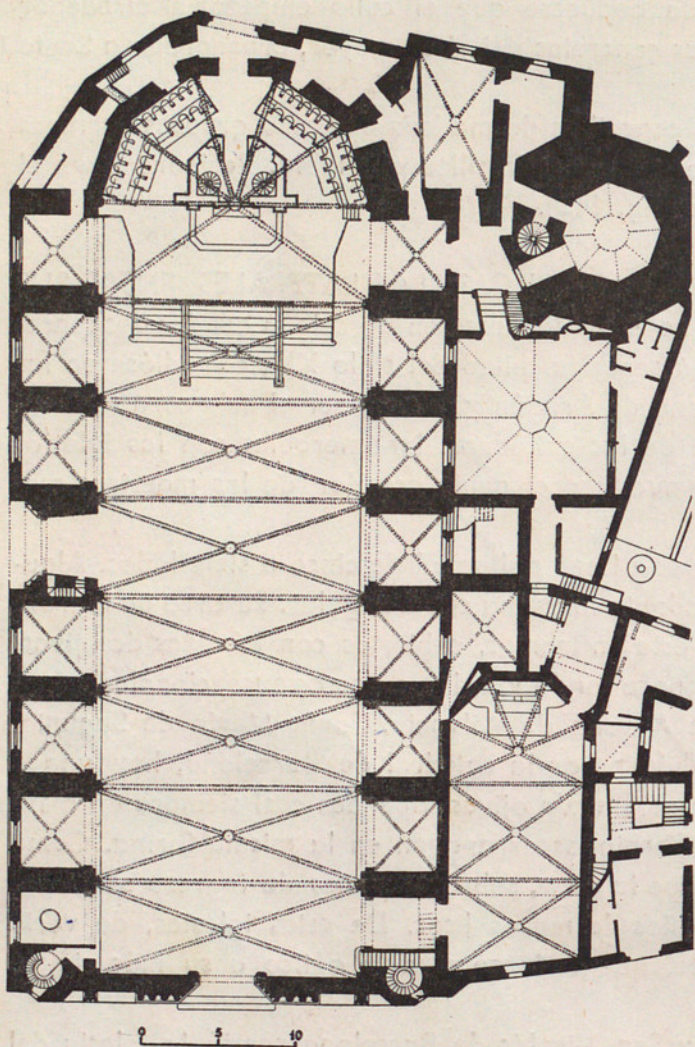


Fig. 145. — PLANTA DE LA IGLESIA DE SANTA MARÍA DEL PINO.

De la cronología de San Justo y Pastor en la misma ciudad poseemos datos más concretos. Su primera piedra se sentó en 1342. En 1345 estaban ya construídas las cuarta y quinta capillas del lado del evangelio y en 1346 la tercera del de la epístola; dos años más tarde, las tres primeras del del evangelio; en 1354 y 1360, respectivamente, se dió fin a las cuarta y quinta del opuesto lado. Hacia esa última fecha tendría lugar la primera consagración. En los tramos finales de las bóvedas y en el campanario se trabajó durante los siglos XV y XVI (fig. 147).

San Justo es una réplica reducida de la iglesia del Pino, pero no tan lograda como el modelo. Las capillas entre los contrafuertes son rectangulares y cierra el presbiterio una línea poligonal de cinco lados.

La iglesia barcelonesa de Santa María de Junqueras, de un convento femenino, fué trasladada en la segunda mitad del siglo pasado a su emplazamiento actual. Las monjas debieron de iniciar en 1293 la edificación del monasterio y de su iglesia, pero ésta no fué consagrada hasta 1448; la semejanza de su estructura con la de San Antonio Abad, edificada hacia 1433-1437, inclina a suponer la de Junqueras obra de la primera mitad del siglo XV, aunque con detalles arcaizantes. Tiene cuatro tramos y son rectangulares sus capillas.

Excelente ejemplar de este tipo de templos, de estructura tan sencilla y clara en su elegante severidad, es la iglesia del gran monasterio de Santa María de Pedralbes, de monjas clarisas, construído en los alrededores de Barcelona, lejos del bullicio de la ciudad, en las laderas del Tibidabo. Su fundación por Jaime II y su cuarta esposa Elisenda de Montcada,

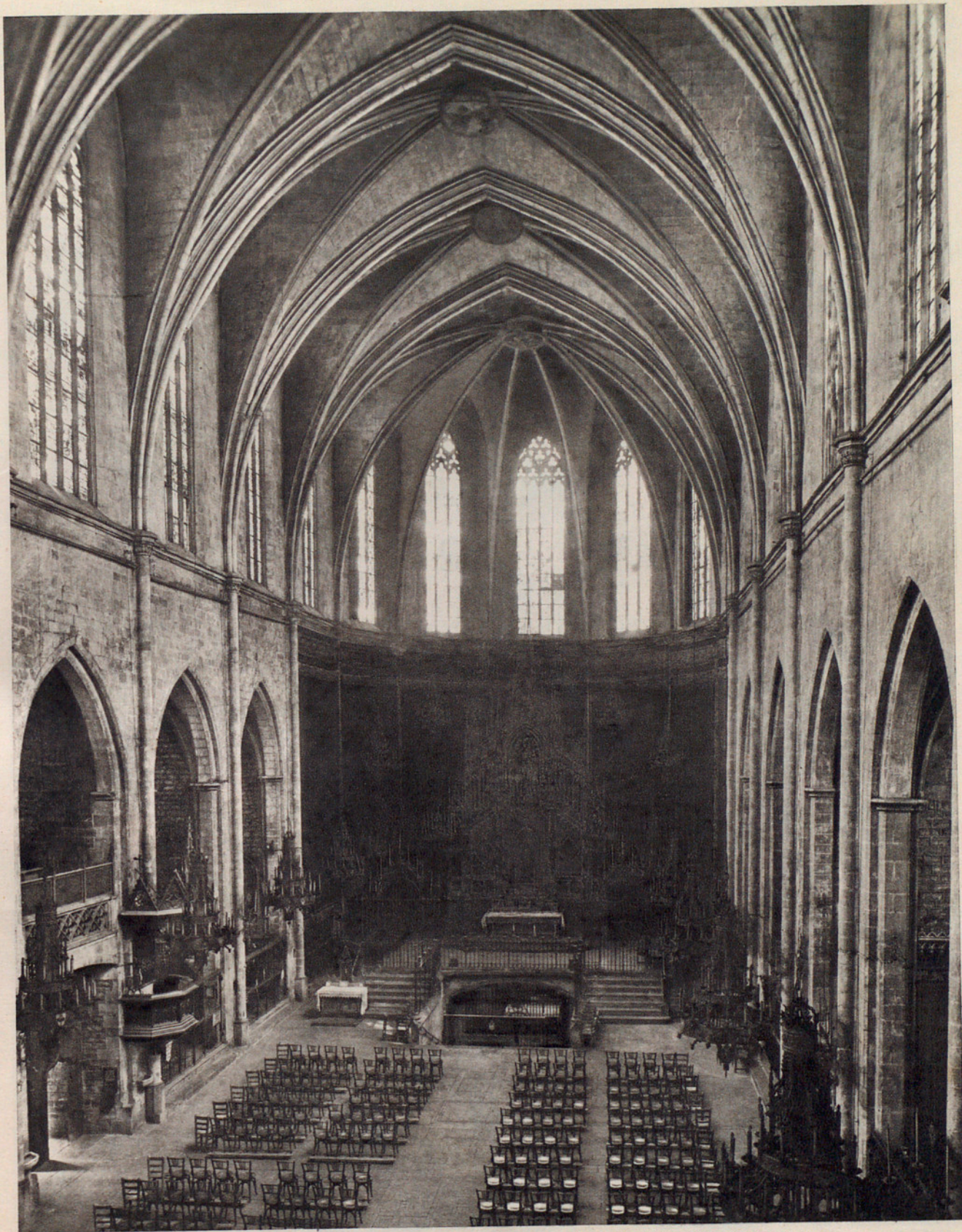


Fig. 146. — INTERIOR DE LA IGLESIA DE SANTA MARÍA DEL PINO, EN BARCELONA.

INSTITUTO AMATEUR
DE ARTE HISPANICO



Fig. 147. — INTERIOR DE LA IGLESIA DE SAN JUSTO Y PASTOR, DE BARCELONA.

tuvo lugar en 1326. En el mismo año se colocó la primera piedra en el ábside de la iglesia y al siguiente era consagrado solemnemente el templo y entregado el monasterio a la comunidad. Naturalmente que esa consagración ha de referirse tan sólo a la capilla mayor, en la que está el monumento funerario de la reina Elisenda († 1364), labrado en vida. En una de las capillas del lado de la epístola hay un sepulcro de la dama Eulalia Pinós-Montcada († 1326). Según mosén Gudiol, los arquitectos de Pedralbes fueron Domingo Granyena y Ferrer Peyrón, con la intervención, tal vez, de Bertrán Riquer, el arquitecto palatino constructor de Santa Águeda.

El presbiterio de la iglesia es de siete lados; la nave, de cuatro tramos con capillas laterales rectangulares, y otros cuatro a los pies, sin ellas, ocupados por el coro de la comunidad. Novedad respecto a los templos anteriores es una serie de ventanas circulares entre dos impostas, abiertas bajo los ventanales del presbiterio, jugando con los huecos idénticos de las capillas. Animán el interior, pero le hacen perder unidad. Exteriormente el conjunto es magnífico en su severa desnudez, aunque están mal trabadas capillas y nave (figura 144).

La misma estructura que la nave de los templos anteriores repiten los cuatro tramos de los pies de la iglesia de la Trinidad en Barcelona, fundada en 1394 por una cofradía de conversos. En 1398 se labraba por Raimundo de la Porta y Bartolomé Gual o Guau.

La difusión de este tipo de iglesias por todos los Estados de la Corona de Aragón fué extraordinaria. Entre otras muchas, lo reproducen: los carmelitas de Manresa, construída a partir de 1322, en lo alto de una de las colinas en las que se asienta la ciudad, por Berenguer de Montaigut, lapiscida de Barcelona, que emprendió hacia la misma época la obra de la catedral manresana; San Miguel de Manresa, que una lápida dice reconstruída en 1382; la nave de Santa María de Balaguer; la iglesia de Granollers; la de la Sangre, en Palma de Mallorca, levantada en el siglo XV; Santo Domingo de Balaguer, fundada en 1323 y construída en el siglo XIV, muy reformada posteriormente, etc.

Buen ejemplo del mismo tipo es San Agustín de Valencia. Como casi todos los templos medievales de esa ciudad y su comarca, disfrazóse con opulenta vestidura barroca primero, y después neoclásica. Limpio recientemente de ellas, hoy puede gozarse de la severa arquitectura de su amplia nave de 14 metros (fig. 151).

En Aragón, las iglesias de igual estructura, construídas de ladrillo y con decoraciones mudéjares, forman un tipo regional. A él pertenecen las zaragozanas de San Pablo, desfigurada hoy por importantes adiciones y la Magdalena y San Miguel de los Navarros; en su comarca, San Miguel y Santas Justa y Rufina de Maluenda, Santa Tecla de Cervera de la Cañada y San Miguel de Magallón. Las capillas laterales se cubren, unas veces con bóvedas de crucería y otras con medios cañones agudos. Su presbiterio, poligonal, carece de estribos (tomo IV. págs. 273-278), (figs. 148 y 149).

IGLESIAS DE NAVE ÚNICA ABOVEDADA, CON CAPILLAS ENTRE SUS CONTRAFUERTES Y LOS DEL PRESBITERIO. — El deseo de aumentar el número de capillas y la importancia del templo, agrandando para ello su cabecera y asimilándola a la de una iglesia con girola, pero conservando la nave única, dió origen a este tipo, difundido también en el siglo XIV por los Estados de la Corona de Aragón.

En algunos ejemplares, las capillas abiertas al presbiterio son de planta rectangular y

quedan englobadas exteriormente en un muro común; otros mantienen la forma poligonal de cada una aparente al exterior.

Ambas disposiciones pasaron a la arquitectura catalana desde la francesa. La primera se empleó en la casa matriz cisterciense de Claraval, comenzada en 1154, hoy desaparecida y, posteriormente, en las iglesias de la misma orden de Pontigny y Cherville, lo que explica su difusión. Cabeceras semejantes tienen la catedral de Albi, que se inició en 1282, y la de Saint-Bertrand de Comminges, cuya primera piedra se puso en 1304. A fines del siglo XIII fué construída la iglesia de Lamourguier, en Narbona, las capillas hexagonales de cuya cabecera quedan exteriormente comprendidas dentro de un solo muro. Los tres templos pertenecen a la Francia meridional, comarca en estrechas relaciones con Cataluña y las Baleares. La supresión de la girola estaba de acuerdo con el deseo de sencillez y la afición a los interiores amplios, indivisos, de la arquitectura catalana.

Cuatro iglesias hay en las Baleares con capillas abiertas a sus respectivos presbiterios y englobadas dentro de muros exteriores seguidos. La de los franciscanos de Palma de Mallorca es un magnífico y monumental edificio, cuya primera piedra puso Jaime II en 1281; en 1317 ya se celebraban en ella los oficios divinos, sin estar concluída. Dato más congruente con la arquitectura del templo, avanzada respecto a esas fechas, es el de su abovedamiento en tiempos del obispo Pere Cima (1377-1390). Toda la obra es de una gran unidad (fig. 150).

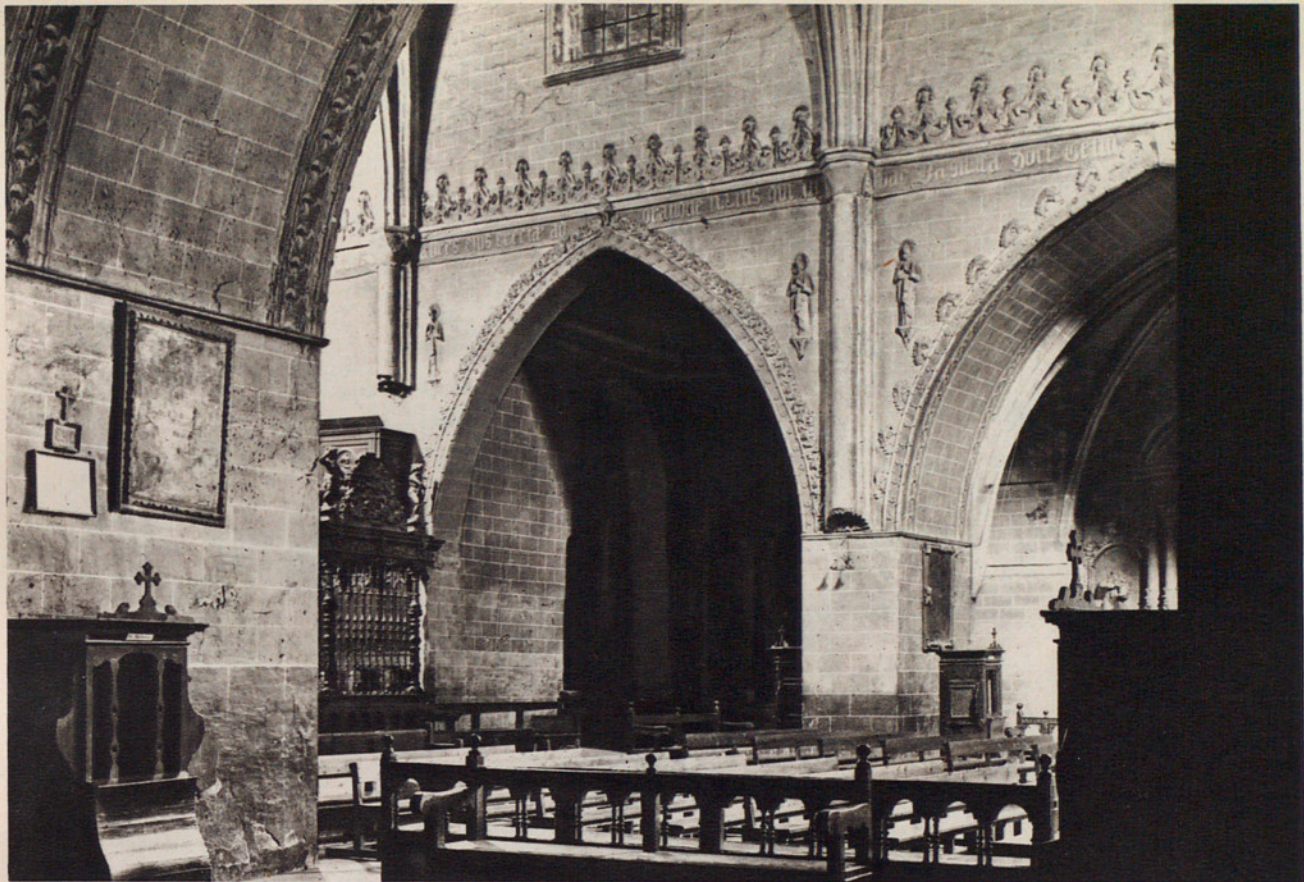
La nave alcanza 15 metros de ancho; tiene capillas laterales en la disposición corriente. Cierran su presbiterio siete paños y en los dos primeros, prolongación de los muros laterales de las naves, hay otras tantas capillas como las de éstas. Siguen después otras dos, una a cada lado, trapeciales; las tres del centro son de planta hexagonal, acusándose cada una de ellas independientemente al exterior.

Del mismo tipo es la iglesia de San Jaime en Palma. Prescindiendo de los datos documentales de obras en ella en el siglo XIII, consta que en 1327 se entregaron 200 sueldos barceloneses a Jorge de Podiolo (Jorge Pujol), lapicida, maestro de obras de la iglesia. El año 1370 contratábase la ejecución de tres retablos para el templo, indicio de que estaría concluído o muy adelantada su construcción. Su nave, de 11 metros de ancho, divídese en seis tramos, terminados a oriente en un presbiterio pentagonal, provisto de capillas. Grandes ventanas se abren sobre sus arcos de ingreso.

También hay testimonio de obras en la iglesia de Santa Cruz de Palma de Mallorca en el siglo XIII, pero sin duda se refieren a un edificio anterior, desaparecido. Jaime III concedió a los maestros José Izern y Dionís Bosca autorización para extraer piedra destinada al templo; en documentos de 1371 se alude a su campanario. Hay referencias a obras en ella en los siglos XV y XVI.

La nave única consta de tres tramos, bordeados de capillas, lo mismo que el presbiterio, éste de siete paños. Dichas capillas son poco elevadas, lo que permitió abrir ventanas sobre sus arcos de ingreso. La planta de las del presbiterio se transforma en la parte alta en semihexagonal por pequeñas trompas de tres nervios, volteadas en los ángulos del testero, según disposición vista en la catedral de Palma. Exteriormente, la cabecera es de extrema fortaleza y desnudez; se inspiró también en la de la Seo. Los muros, lisos, predominan sobre los huecos, también sin decoración; contrafuertes robustos y muy salientes se elevan sobre las capillas; impostas y cornisas están reducidas al mínimo.

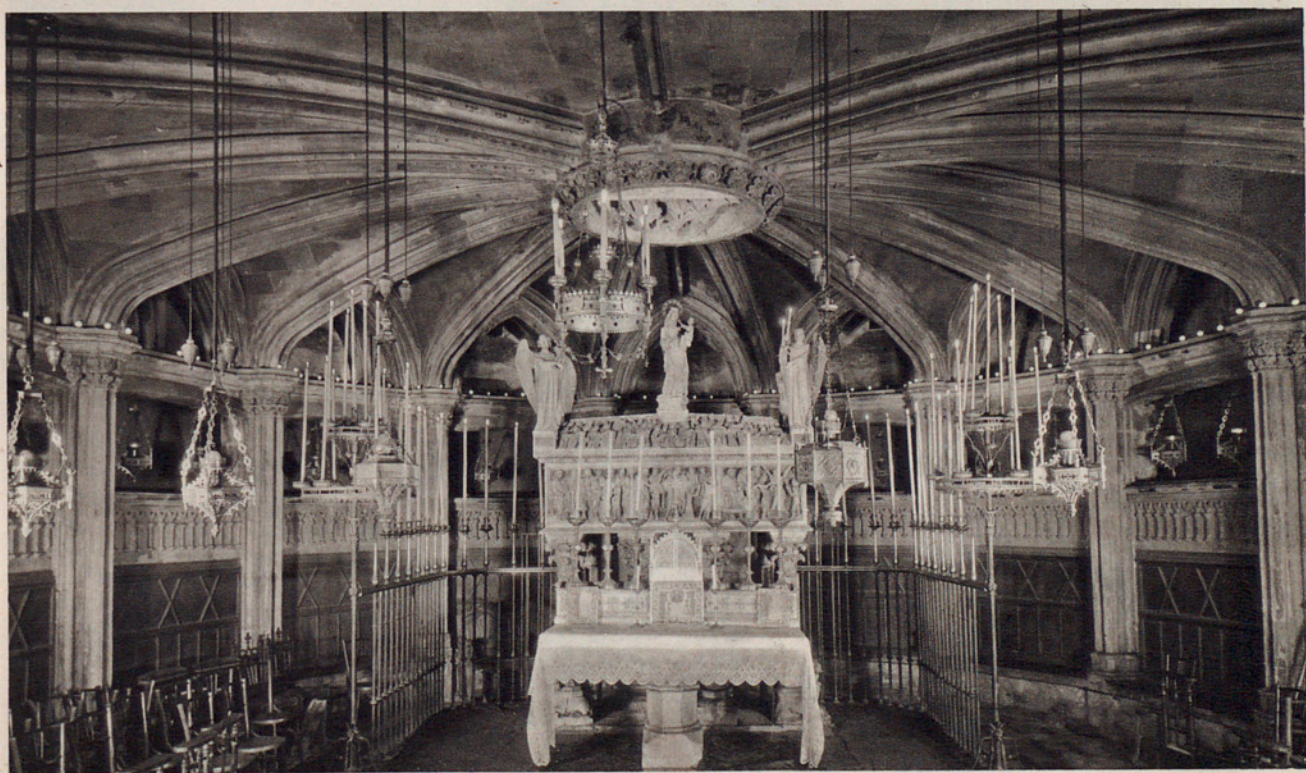
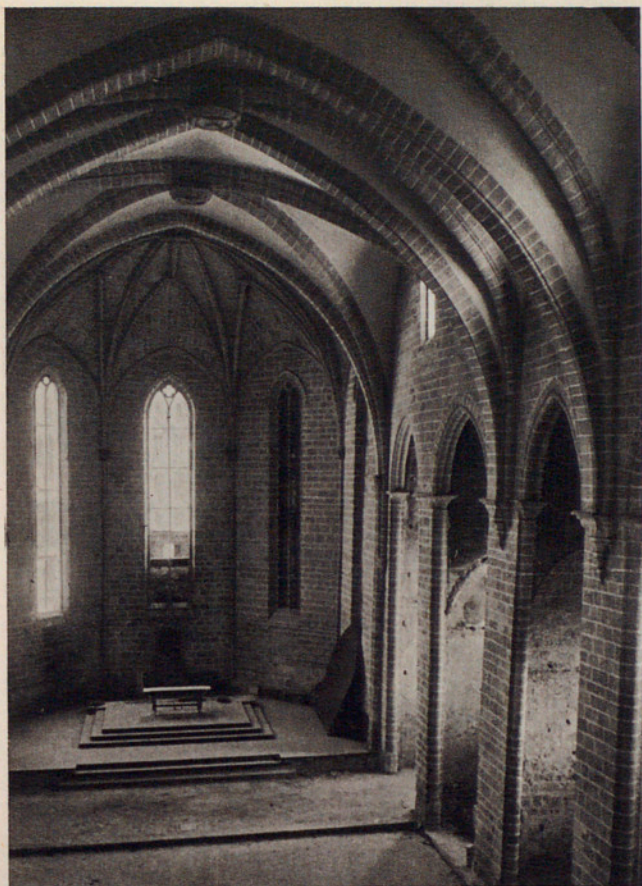
En Menorca, la catedral de Ciudadela, parroquia hasta la creación del obispado en



Figs. 148 y 149.—INTERIORES DE LA IGLESIA DE SAN PABLO, EN ZARAGOZA, Y DE LA PARROQUIAL DE MALUENDA.



Fig. 150.— CABECERA DE LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO, EN PALMA DE MALLORCA.



Figs. 151, 152 y 153. — INTERIOR DE LA IGLESIA DE SAN AGUSTÍN, EN VALENCIA. INTERIOR DE LA IGLESIA DE SANTA MARÍA, EN VILAFRANCA DEL PANADÉS. INTERIOR DE LA CRIPTA DE LA CATEDRAL DE BARCELONA.



Fig. 154. — PORTADA DE SAN IVO, EN LA CATEDRAL DE BARCELONA.

el año 1798, repite el tipo de las iglesias anteriores. En 1558 sufrió un gran incendio y posteriormente varios hundimientos. Se levantaría hacia 1362, fecha de una lápida funeraria existente en su puerta de mediodía. Tiene nave única de seis tramos, y presbiterio poligonal de siete lados, cuyas capillas desaparecieron en 1805.

Capillas cuadradas entre los contrafuertes rodean también las naves y el presbiterio de Santa María de Montblanch, templo que se dice comenzó en 1352 Ricardo Fonoyll, el maestro inglés que labró en estilo flamígero parte del claustro de Santas Creus. Las capillas, suben hasta media altura de la nave y por encima de ellas surgen los contrafuertes, perforados por huecos en arco de círculo, a modo de arbotantes. Entre ellos se abren ventanas.

Quince metros de ancho tiene la nave de la iglesia de Villafranca de Panadés, construída en los siglos XIV y XV y consagrada en 1484. Cubren las capillas que la flanquean y las del presbiterio, entre contrafuertes de 5 metros de saliente, bóvedas de medio cañón. Su gran altura tan sólo permitió la colocación de reducidos ojos de buey sobre los arcos de ingreso de las capillas de la nave; en cambio, la mayor recibe luz por amplios ventanales situados en el muro de fondo de las abiertas en sus lados (fig. 152).

Otras dos grandes iglesias hay en Cataluña con cabeceras semejantes: la catedral de Manresa y Santa María de Castellón de Ampurias, de planta poligonal las capillas de esta última y cuadradas las de la primera; por ser templos de tres naves se describen más adelante entre los de esa disposición.

En Aragón existen dos de nave única, construídas en el siglo XIV, con capillas cuadradas en torno de toda la iglesia, excepto en el hastial de los pies: San Pedro de Teruel y la de Montalbán. Ambas son obras de ladrillo, de mano de obra y decoración mudéjares.

IGLESIAS DE TRES NAVES. — La catedral de Barcelona. — La importancia y riqueza de Barcelona en los últimos años del siglo XIII obligó a la sustitución de su catedral románica por otra semejante a las monumentales, de un arte nuevo, empezadas por entonces a levantar en las grandes ciudades de la Francia meridional, con las que la capital catalana estaba estrechamente relacionada. En 1269 comenzó la construcción de San Nazario de Carcasona, templo calado por enormes ventanales; en 1272 iniciáronse las cabeceras de las catedrales de Toulouse y de Narbona, esta última con bóvedas que alcanzan la altura de 40 metros; al año siguiente dió principio la catedral de Limoges; en 1277, la de Rodez, y en 1282, la de Albi, cuya nave única de 19 metros de ancho se eleva a 30 de altura. En 1248 había comenzado la de Clermont-Ferrand.

Dos lápidas colocadas a cada lado de la puerta de San Ivo — la del brazo norte del crucero — conmemoran el comienzo en 1298 de la catedral de Barcelona. En 1317 el Capítulo firmó, con el ciudadano de Mallorca Jaume Fabre, que entonces construía el convento de Santo Domingo de Palma, un contrato por el que le nombraba maestro mayor de la obra de la catedral, asignándole 18 sueldos diarios durante el resto de su vida, y le autoriza para ir a Mallorca, abonándole gastos de estancia y viaje, cuando el prior del citado convento lo creyese necesario.

La capilla de San Antonio, primera de la girola del lado de la epístola, se terminó antes de 1319; la siguiente, coetánea, contiene el sepulcro del obispo Pons de Gualba (1302-1334). En 1319 debía estar muy adelantado el presbiterio, puesto que en él se celebró en dicho año una reunión de caballeros del Temple. Diez más tarde se derribaba la catedral románica

y, según lápida existente, el monarca autorizaba la reanudación de las obras, suspendidas por el Bayle de la ciudad a causa de la angostura de la calle que separaba el nuevo templo del palacio real. En 1338 trasladaron a la cripta, bajo el altar mayor, las reliquias de Santa Eulalia; entre los firmantes del acta figura el maestro Fabre.

La construcción proseguía hacia los pies. En la nave de la epístola, la capilla de San Cristóbal construíase entre 1318 y 1323; en la del evangelio, la de San Marcos consagróse en 1346. Durante la segunda mitad del siglo XIV llevaron la dirección de la obra un *Bertrandus, magister operis*, que figura ya en 1344; Bernat Rocha, cuyos conocimientos técnicos tenía en gran estimación Pedro el Ceremonioso, y el picapedrero Pedro Viader. Rocha, Roca o Roquer, fué el constructor de los primeros tramos de la bóveda central de la galería alta sobre las capillas y comenzó en 1382 el claustro y en 1385 los campanarios, terminados en 1389. Diez años antes de esta última fecha consta haberse colocado la clave del primer tramo de la nave de la epístola; al episcopado de don Ramón d'Escales (1386 a 1398) pertenece la capilla de los Santos Inocentes, en el comienzo de la girola por el lado norte.

En 1397 dirigía las obras Arnau Bargués, autor del proyecto de sala capitular, de otro no realizado para la fachada y maestro de la Casa de Caridad y de las murallas. Le ayudaba Jaime Solá, que trabajó como maestro mayor de 1407 a 1412. Sucedióle interinamente un tal Rigolf, hasta ocupar el cargo Bartolomé Gual (1413-1441), asistente a la célebre junta de Gerona en 1416, y constructor del basamento del cimborio entre 1418 y 1422. Una de las claves de la nave mayor del templo ostenta el escudo del obispo Sopera (1410-1415); la anterior al cimborio se colocó en 1417 y otra de la nave del evangelio, en 1413. La capilla del Baptisterio, la última de ese mismo lado, junto a la fachada, fué concluída hacia 1420. El maestro interino Bartomeu Alçamora precedió a Andrés Escuder (1442-1453), que cerró en 1448 la última bóveda del claustro.

A pesar del largo plazo invertido en su construcción y del gran número de maestros que la dirigieron, la catedral de Barcelona es un edificio bastante homogéneo, cuya unidad rompen tan sólo las obras añadidas en el siglo XIX en estilo seudogótico: la fachada occidental y el cimborio.

Tiene este templo amplia cabecera, nave transversal tan sólo acusada en planta, sobre cuyos tramos salientes se levantan las torres, y otras tres longitudinales, con cuatro tramos rectangulares cada una. Integran la cabecera un presbiterio, limitado por una línea poligonal de nueve lados, al que precede un tramo igual a los de la nave mayor, y una girola en torno de otros tantos tramos y el mismo número de capillas hexagonales, dispuestas entre los contrafuertes y acusadas cada una al exterior por tres paños con estribos en las aristas. Las cubren bóvedas de seis nervios.

Cinco parejas de pilares dividen las tres naves, sosteniendo elevadísimos arcos que arrancan todos a la misma altura; la correspondencia es perfecta entre las columnillas que rodean a los pilares y la molduración de arcos y nervios. La nave central, cuyo ancho es de 11 metros, se eleva a 25,50; a 21 las laterales. El muro de la mayor sobre las bóvedas de éstas, lo ocupa una reducida galería de triforio, ciego exteriormente, y sobre él, entre los arranques de las bóvedas, hay una pequeña ventana circular por tramo.

En cada uno de los de las naves laterales, se abren dos capillas divididas en otros tantos, uno rectangular de ingreso, y el de fondo, poligonal, cubierto con bóveda de cinco ner-



Fig. 155. — CABECERA DE LA CATEDRAL DE BARCELONA.

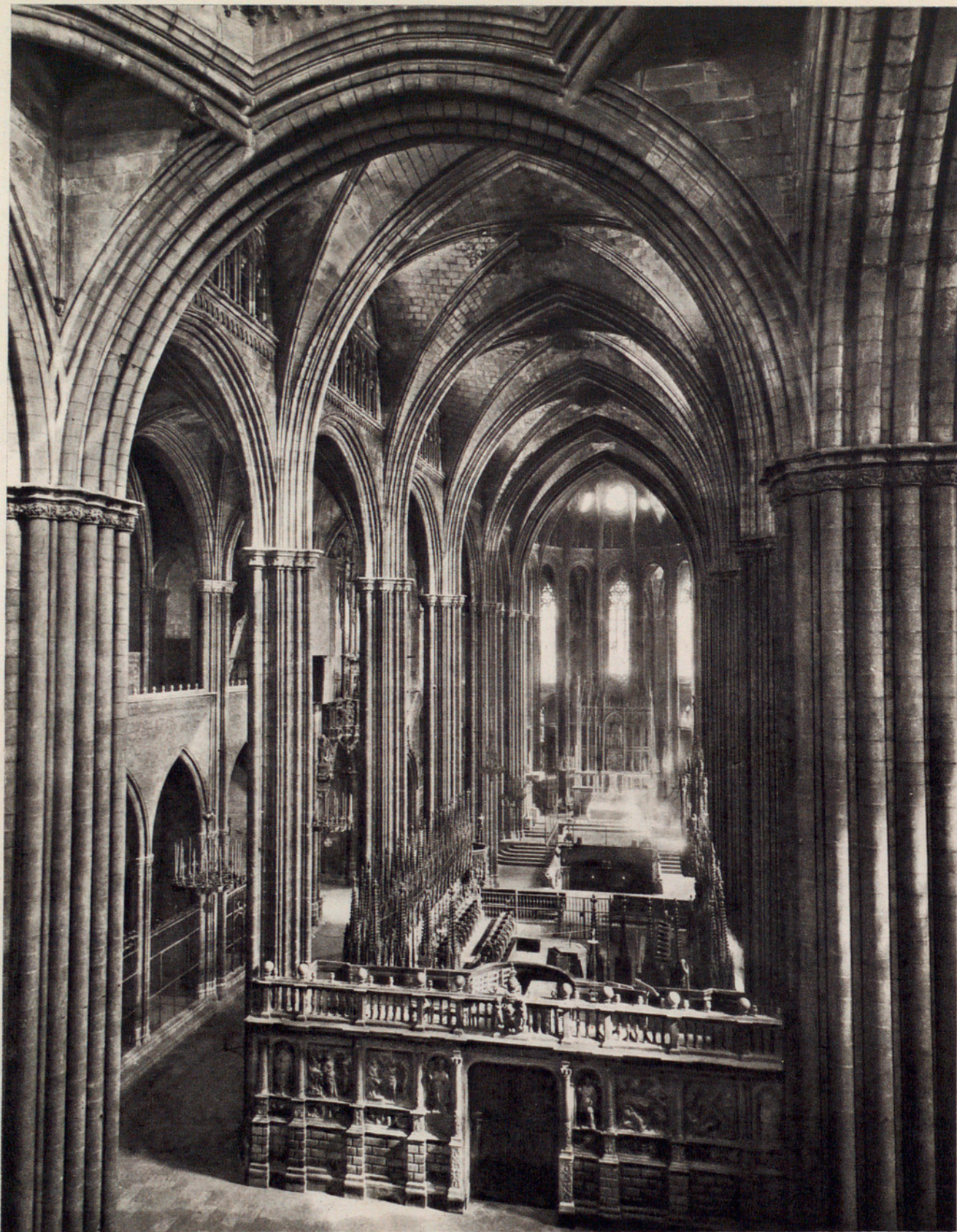
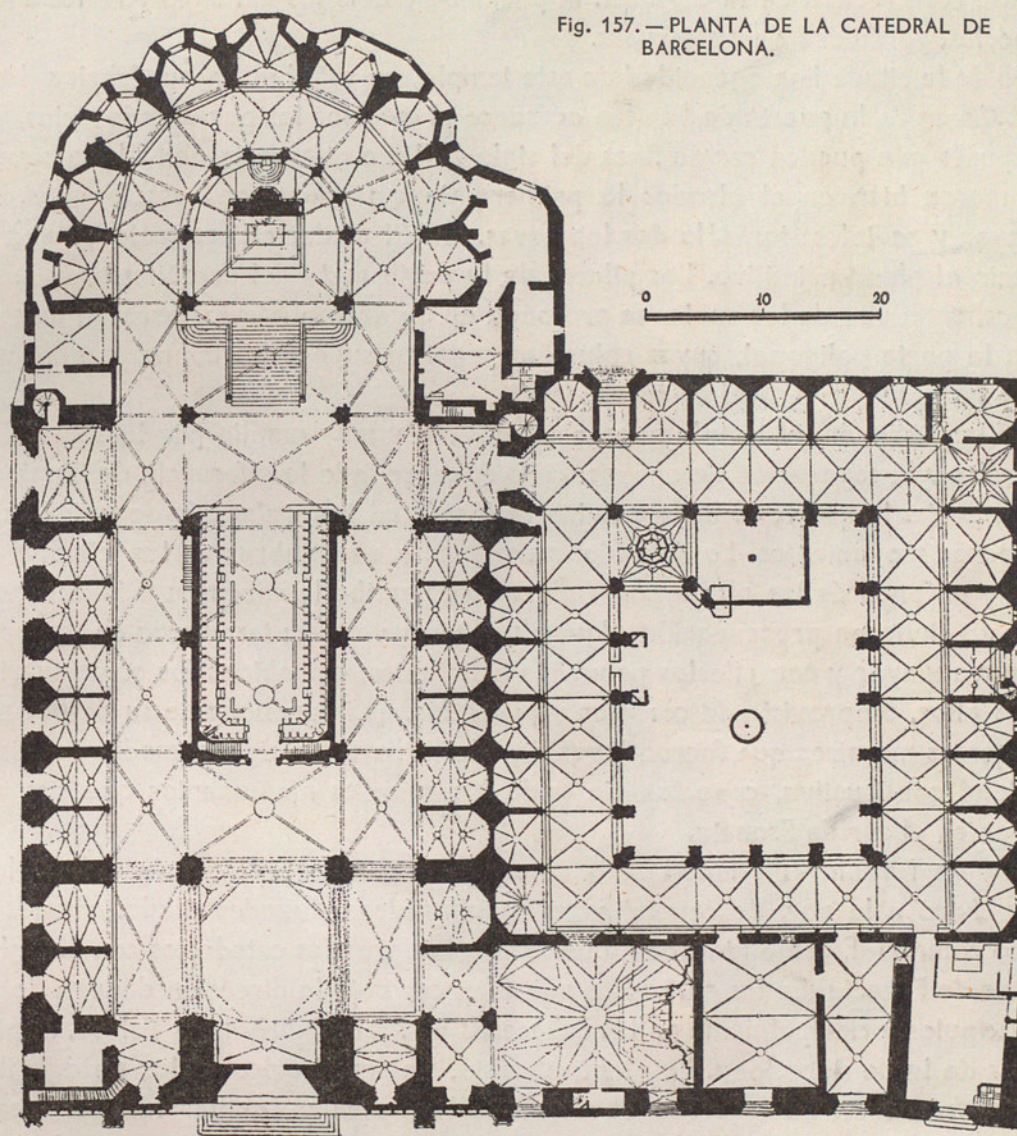


Fig. 156. — INTERIOR DE LA CATEDRAL DE BARCELONA.

vios. Estas capillas tienen nueve metros de elevación y sobre ellas se levantan unas amplias tribunas, totalmente abiertas a las naves laterales, y de su misma altura; hay huellas de que se pensó cerrarlas con tracería. No existen tribunas sobre las capillas de la cabecera, lo

Fig. 157.— PLANTA DE LA CATEDRAL DE BARCELONA.



que permitió abrir sobre sus arcos de ingreso rasgadas ventanas. Esta parte de la catedral es más clara que las sombrías naves; la única luz que estas reciben es la muy alta y escasa de los ojos de buey y la indirecta que les llega desde las ventanas de la tribuna (fig. 156).

La galería de triforio contornea los pilares en lugar de atravesarlos, dando lugar a pasadizos poligonales en chaflán. Los arbotantes, de escasísimo desarrollo, quedan invisibles desde las calles que rodean el templo (fig. 155).

Tan sólo se conservan las dos puertas del seudocrucero. La septentrional, llamada de San Ivo, es sencilla, de jambas con múltiples molduras, prolongadas en arcos agudos; dintel y tímpano con una sola estatua en el centro; albanegas trilobuladas y arquería ciega, de esbeltos gabletes (fig. 154).

La puerta del hastial del sur se abre al claustro. Tiene jambas acodilladas con tres

columnas, capiteles de espléndida flora y de finas figuritas, y arquivoltas decoradas con zigzag y puntas de diamante. De mármol blanco, finísima y arcaica, se ha supuesto fundamentalmente obra de los escultores italianos que ejecutarían la mayor parte de la decoración en la primera fase constructiva de la catedral. A partir de mediados del siglo XIV les sucedieron artistas locales, formados en su escuela.

Dentro de la citada homogeneidad de este templo, se señalan en su fábrica las varias campañas. Cerca de la puerta de San Ivo acúsanse al exterior las partes más viejas, ventanas de medio punto que pueden ser de fines del siglo XIII. La diferencia entre la cabecera y las naves se marca bien en el alzado: la primera tiene tres cuerpos escalonados, girola y capilla mayor y radiales; tan sólo dos las naves. Difícil es decir si se trata de una innovación respecto al plano primitivo. Los pilares de la parte recta del presbiterio, rodeados por 26 columnas, cada una de las cuales se prolonga en un arco o nervio, parecen más arcaicos que los de la parte poligonal, cuyas columnas separan superficies cóncavas profundas con una estrecha faja plana vertical en su eje.

Sin ser muy grande, el templo parece esbeltísimo y muy amplio por la elevación de las naves laterales y la separación de apoyos. Pero es sobre todo la diferencia de iluminación de sus distintas partes la que contribuye a la impresión de misteriosa poesía de su interior, superada por pocos monumentos. Las bóvedas permanecen en sombra; en las tribunas reina la penumbra, y al fondo de las naves casi oscuras, se percibe la cabecera más iluminada. Por el exterior no sintieron preocupación alguna sus constructores: terminada en terrazas, poco visible la nave mayor y con ella los pequeños arbotantes, embebidos los contrafuertes entre las tribunas altas, desprovisto de cornisas y pináculos, es impresionante su desnudez.

Los diversos maestros que fueron levantándolo a través de siglo y medio de ininterrumpida actividad constructiva, conocían sin duda los grandes monumentos que por entonces se edificaban en el sur de Francia.

La idea de levantar un templo monumental de tres naves nacería del noble deseo, religioso y cívico a la par, de competir con aquellas otras ciudades citadas, rivales algunas en el tráfico comercial, como Narbona, que construían grandes catedrales con arreglo al estilo del norte de Francia. En las edificadas por entonces bajo la dirección de Juan de Champs y de sus discípulos, principalmente en las cabeceras de las de Narbona y Tolosa, inspiráronse los maestros de la de Barcelona. La planta de ésta, sin ser el calco de las de aquéllas, procede de esas francesas. La igualdad de altura de las naves y capillas laterales se encuentra en Narbona, Tolosa, Clermont-Ferrand y Rodez; la cubierta en terraza de las naves bajas, que en Barcelona se extiende a la mayor, en las mismas; la galería de triforio contorneando los pilares en lugar de perforarlos, detalle elocuente para acreditar la filiación, en Narbona, Clermont-Ferrand y Limoges; las capillas laterales de las naves cerradas interiormente por una línea pentagonal, en las partes rectas de las cabeceras de Narbona, Tolosa y Saint-Bertrand de Comminges; la división de las capillas laterales en dos tramos, rectangular el de ingreso y poligonal el de fondo, en las radiales de las cabeceras de Clermont-Ferrand y de Limoges.

La división de altura de las capillas laterales repítese, al mismo tiempo que en Barcelona, en las de la cabecera de la iglesia de los franciscanos de Tolosa y en la de Moissac, y, en el siglo XV, aplicóse a las de la catedral de Albi.

Son, en cambio, características singulares de la Seo de Barcelona: la colocación del



Fig. 158. — INTERIOR DE LA CATEDRAL DE GERONA.

INSTITUTO AMATEUR
DE ARTE HISPÁNICO



Fig. 159.— EXTERIOR DE LA CABECERA DE LA CATEDRAL DE GERONA.

cimborio en el último tramo de la nave, concesión tal vez a disposiciones tradicionales no tenidas en cuenta por los maestros que levantaron los tramos inmediatos a la cabecera, así como el seudocrucero y las torres; la fría desnudez y lisura del exterior; la angostura de los huecos, si se los compara con los de las iglesias francesas citadas; el atrofiamiento de los arbotantes, reducidos a su más mínima expresión; el arranque de todos los arcos sustentados por los pilares a la misma altura, lo que obligó a emplear los semicirculares y peraltados a la par que los agudos y, sobre todo, la gran separación de los apoyos de división de las naves, conseguida lev antando tramos casi cuadrados en la mayor (la distancia entre ejes en la catedral de Reims es de 8 metros y de 14 en la de Barcelona). Esta última disposición, unida a la extraordinaria altura de las naves laterales y de las capillas adyacentes, totalmente extraña a esos grandes templos franceses, de silueta triangular, junto con la desnudez exterior, son las que crearon la inconfundible personalidad del templo barcelonés, edificio originalísimo en el que las formas de la arquitectura gótica del norte de Francia, trasplantadas a sus regiones meridionales, sufrieron profundas transformaciones al ser traducidas al lenguaje arquitectónico catalán.

Cualquiera que visite las admirables catedrales de Narbona, Tolosa, Clermont-Ferrand y Rodez, si después contempla exterior e interiormente la de Barcelona, se sentirá en un mundo formal distinto, en diferente "clima" arquitectónico.

La cabecera de la catedral de Gerona. — En los últimos años del siglo XII se pensó en reconstruir con mayor grandiosidad y conforme al nuevo estilo la cabecera de la catedral románica de Gerona, conservando las naves. Guillem Gaufred, tesorero del Cabildo, dejó en su testamento, otorgado en 1292, 10.000 sueldos barceloneses para las obras de la nueva cabecera o para el cimborio de plata destinado a cubrir el altar mayor. Las obras tardaron unos años en comenzar. En un acta capitular de 1312, se fija en nueve el número de capillas radiales que debía tener a su alrededor — sugestión de la de Barcelona, por entonces en construcción — y otras tantas arcadas. El primer maestro fué un Enrique, fallecido en 1320, año en el que alguna capilla estaba próxima a terminarse. El Cabildo nombró al año siguiente para sustituirle al maestro de la obra de la catedral de Narbona Jacobus di Favarii o Faveran; el acta de nombramiento prevé sus desplazamientos. Nueve años más tarde fué reemplazado por Guillem de Cors. Hacia esa misma fecha de 1330, estaba terminada la capilla de los santos mártires Germán, Justo, Paulino y Scicio, contigua a la puerta de la sacristía. El año siguiente comenzó la capilla última, en línea con el campanario del siglo XI.

En 1345 el obispo cedió nuevamente las rentas de los beneficios eclesiásticos vacantes, para con su producto terminar las obras; según el documento que contiene esta donación deberían ultimarse dentro del próximo decenio, puesto que en dicho año ya se construían las bóvedas del presbiterio. Terminado totalmente éste y las capillas que lo rodean, en 1347 verificóse solemnemente por el obispo Arnaldo de Montrodó la traslación del altar mayor desde la iglesia vieja al nuevo ábside. Consagrado, procedióse a derribar la cabecera románica para levantar los pilares a occidente y la bóveda que cargaba sobre ellos y los inmediatos del presbiterio; bajo la última iba a emplazarse el coro, cuya sillería se contrató en 1351 con el escultor barcelonés maestro Aloy.

Las obras proseguían en los años siguientes. En 1362 se acordó la erección de la capilla de San Esteban, bajo la torre románica, que forma parte de la gran nave. Francesc çà Plana

era maestro en 1367; fué sustituido en 1368, en virtud de acuerdo capitular, por Pedro çà Coma, que en esa fecha comenzó a construir el *Pont nou* y el campanario de la colegiata de San Félix de la misma ciudad; sus memorias documentales se pierden en 1376. Probable sucesor suyo fué el maestro Guillermo Morey, llamado por el cabildo de la Seo de Mallorca en 1394 para reemplazar a su recién fallecido hermano, que en ella trabajaba. En 1397 el cabildo gerundense procedió a nuevo nombramiento, recaído en Pedro de San Juan, natural de Picardía, operario de la catedral de Palma. Pero para reconocer las obras, o resolver problemas complicados, se llamaba a maestros de Narbona o Barcelona. En las cuentas de 1370 consta el viaje a Gerona del arquitecto de la primera Veran de Cadinhac, ido a Banyoles a reconocer si la piedra de ese lugar era mejor para levantar las bóvedas que la hasta entonces usada.

La cabecera de la catedral de Gerona se edificó con el pie forzado del ancho de la románica y, tal vez, con el de guardar sus naves el mismo que las del viejo templo, que proyectaban conservar. Al presbiterio poligonal, cerrado por siete lados, le preceden un tramo rectangular y otro cuadrado, rodeados por una nave de girola, con dos tramos rectangulares de ingreso, otros dos cuadrados a continuación y siete trapeziales en los que se

abren otras tantas capillas de planta hexagonal, cubiertas con bóvedas de seis nervios. La planta reproduce, pues, con dimensiones más reducidas, la de la cabecera de la Seo de Barcelona, cuyo escalonamiento de tres cuerpos copia: capillas en torno, nave de girola y presbiterio. La diferencia de altura entre éste y la segunda es proporcionalmente mayor que en Barcelona, lo que permitió abrir ventanas en la capilla mayor, y disponer bajo ellas una pequeña galería de triforio, acusada por sencillos huecos agudos al interior y ciego su muro de fondo, de estructura diferente al de la catedral barcelonesa, puesto que es adintelado y pasa perforando los pilares. Los arbo-

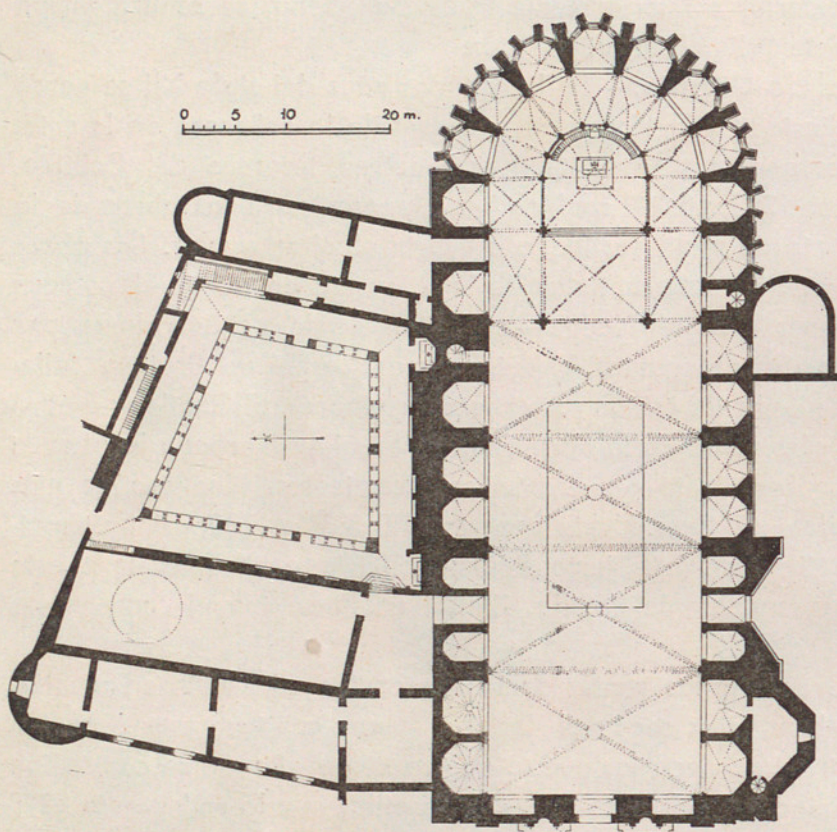


Fig. 160. — PLANTA DE LA CATEDRAL DE GERONA.

tantes se reducen a la rosca de un arco de cuerda casi horizontal y se aplican a tan escasa altura que no contrarrestan los empujes de las bóvedas. Los pilares exentos son de núcleo cilíndrico, con columnas en torno (figs. 158 y 160).

Las mismas características de falta de interés por el exterior de la catedral de Barcelona, aun acentuadas, repítense en la cabecera de la de Gerona, de absoluta desnudez deco-

ver la bibliografía, pag. 389

rativa. La tracería de las ventanas no logra animar la seca geometría de las líneas verticales de los estribos y las horizontales de terminación de los muros (fig. 159).

La iglesia de Santa María del Mar, de Barcelona. — Barcelona ha vivido siempre de cara al mar, al que en gran parte debe su prosperidad; la advocación de la Virgen marina sería extraordinariamente grata para muchos de sus ciudadanos.

El barrio marítimo en el que se levantó Santa María del Mar, uno de los templos más bellos y característicos, a la par que seco y severo, del gótico catalán, alcanzó en los siglos

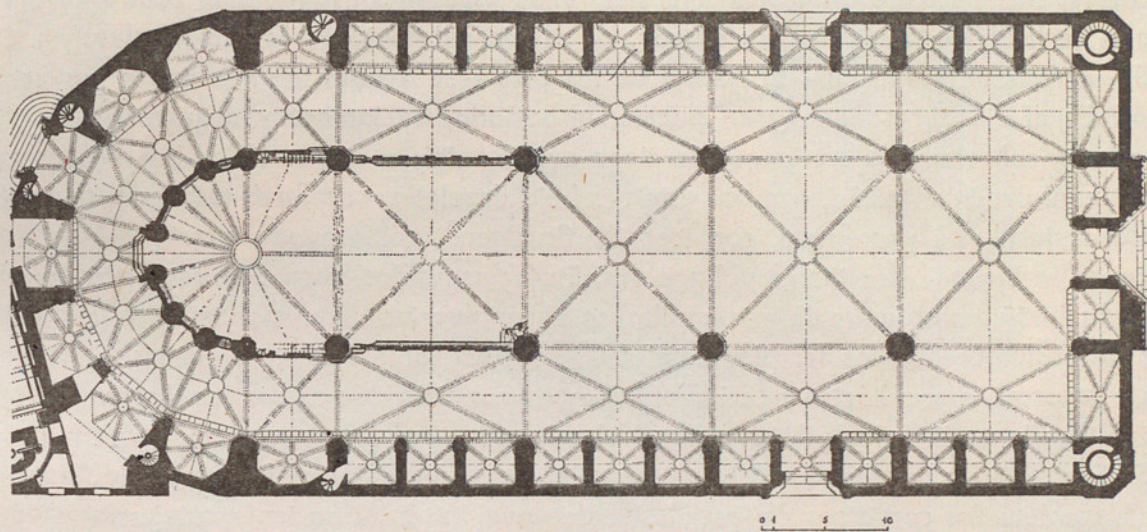


Fig. 161. — PLANTA DE LA IGLESIA DE SANTA MARÍA DEL MAR.

XIII y XIV singular riqueza y desarrollo. Familias de nobles, de armadores y de mercaderes, y a su lado poderosos gremios y cofradías, contribuyeron a elevar en pocos años una de las iglesias más importantes de Barcelona, orgullo de la ciudad. Pedro el Ceremonioso dijo haberse levantado por la piedad y devoción de sus parroquianos.

Una inscripción lapidaria en latín y catalán, en la fachada, da la fecha de 1329 para su comienzo. Hacia 1340 estaban terminadas la mayor parte de las capillas de la fachada principal, y, si no todas, la mayoría de las de la lateral de la epístola y las cinco de los pies de la del evangelio. Las restantes se comenzaron algo más tarde para concluirse hacia 1363-1366. Poco después dió principio la construcción de las bóvedas por las de la cabecera. En 1378 estaba cubierta, pero un violento incendio destruyó el altar mayor y los andamios dispuestos para continuar las obras. Reanudadas éstas, en 1383 se colocó solemnemente la clave de la última bóveda y en 1384 tuvo lugar la primera misa en el nuevo altar mayor. Guillermo Metge, fallecido ya en 1381, es el único maestro mayor de los que intervinieron en la construcción cuyo nombre conocemos.

El templo tiene planta rectangular, de naves, sin crucero, con cuatro tramos cada una, poco más elevada la mayor que las laterales. Los tramos de aquélla son cuadrados, de 14 metros de lado, de doble ancho que los de las que las flanquean; sepáranlas pilares de sección octogonal. La nave mayor termina a oriente en un presbiterio limitado por una línea poligonal de nueve lados. En ellos se abren otras tantas capillas de seis lados, con bóvedas de igual número de nervios, cerradas exteriormente por un muro poligonal común. Entre cada dos contrafuertes de los tramos de las naves laterales se dispusieron tres peque-

ñas capillas, cubiertas con bóvedas de ojivas, lo mismo que los tramos restantes y los de la girola. El número total de capillas es de 33 (fig. 161).

Sobre los pilares octogonales, de 18 metros de altura, arrancan del mismo capitel, como en la Catedral, las bóvedas de las tres naves y los arcos que las dividen. La elevación de la mayor sobre las laterales permitió, al no haber triforio, abrir ojos de buey en la parte alta de sus muros. Las últimas se iluminan por ventanas, pues sus bóvedas suben por encima de las de las capillas. En el fondo de éstas hay también huecos rasgados. Cubren todo el edificio terrazas y, sobre las de las naves laterales, unos espolones triangulares contrarrestan los empujes de las bóvedas de la nave mayor. La silueta del conjunto es rectangular (fig. 162).

En la fachada principal — el hastial de los pies — se acusan las tres naves por contrafuertes. En el eje ábrese una gran puerta, abocinada, de jambas y arquivoltas con finos baquetones, sobre zócalo con arquería ciega ornamental; a ambos lados hay sendos cuerpos de igual ornamentación, con dos estatuas bajo doseletes, coronado todo por un gablete. Encima destaca una gran rosa, con trazado flamígero, del segundo cuarto del siglo XV. Flanquean la fachada dos torres poligonales. En los segundos tramos de las naves, a partir de esta fachada, en el lugar de una capilla, se abren puertas de menor importancia. Faltan, como de costumbre en los templos catalanes, cornisas, antepechos, arquerías y pináculos.

La decoración escultórica interior era muy escasa, reducida a grandes claves, destruidas en repetidos incendios; los pilares octogonales terminan en impostas molduradas (fig. 163).

En Santa María del Mar hay disposiciones y elementos vistos en la catedral de la misma ciudad, combinados con otros de las iglesias de nave única. Al no tener categoría catedralicia, prescindiose de concesiones a la arquitectura importada, como son el triforio y los pilares formados por múltiples columnillas o molduras, acentuando el sentido terrícola, suprimiendo todo lo accesorio y llevando al límite la tendencia a la unificación del espacio interior.

Las bóvedas de la nave mayor de Santa María del Mar se elevan a la misma altura que las de la catedral y sus tramos son de igual longitud, pero cuadrados. Esta iglesia, la nave de la catedral de Gerona y la de Palma, son construcciones excepcionales que, por su audacia, deberían ocupar un lugar destacado en la historia de la arquitectura gótica.

Pocos interiores como el de este templo, consagrado a la Virgen del Mar, producen una impresión tan intensa de grandeza arquitectónica con tan escasos medios. Comparada con su seca arquitectura, la catedral de la misma ciudad parece un edificio jugoso y rico.

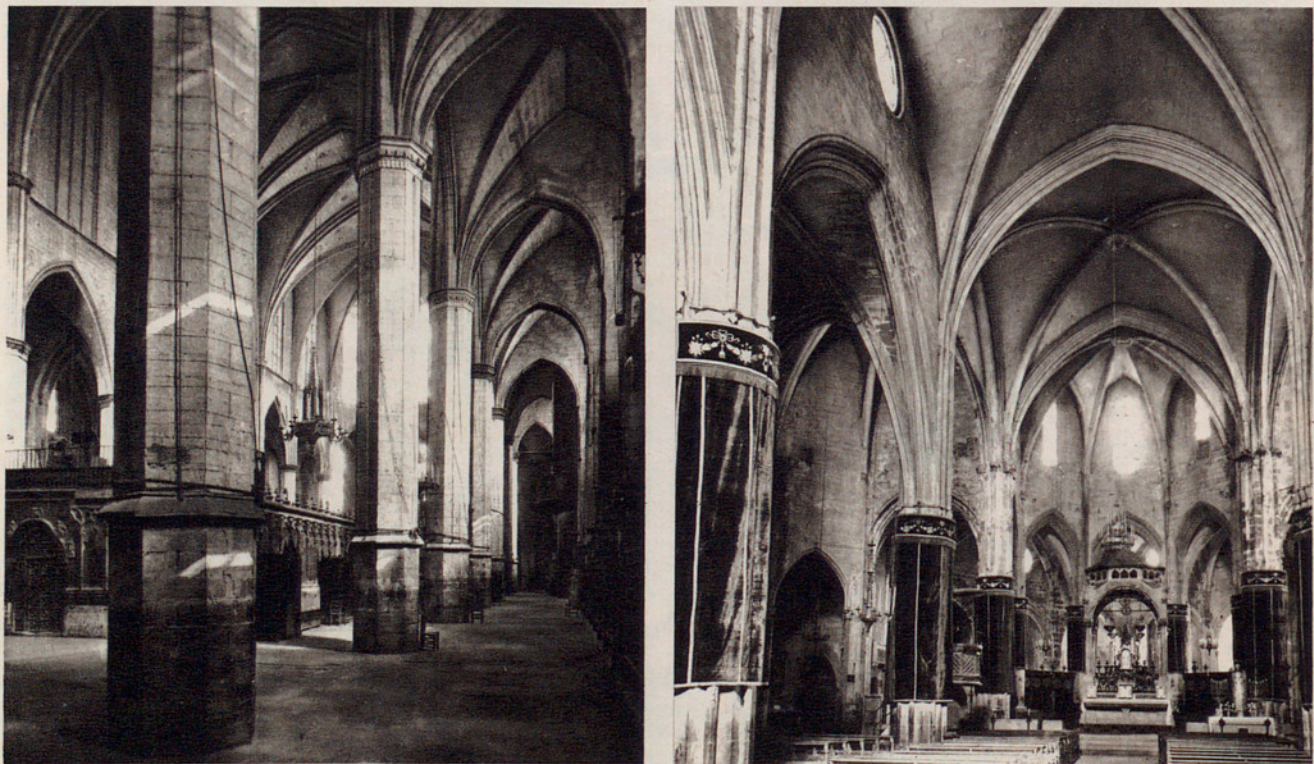
La catedral de Manresa. — Magníficamente emplazada en una colina dominando el valle del Cardoner, la catedral de Manresa presenta un ingenioso y hábil compromiso entre los templos de una y de tres naves.

Como Santa María del Mar este templo fué aspiración y empresa colectivas. El día de la festividad del Corpus Christi de 1322 suscribieron un gran número de vecinos de Manresa un acta comprometiéndose a aportar las cantidades en ella indicadas para costear en parte las futuras obras del templo de Santa María de la Aurora, Seo de la ciudad. Pocos días después se contrataba su dirección con el lapicida barcelonés Berenguer de Montagut, que antes había trabajado en la iglesia carmelita de Manresa. Pero la primera piedra no se puso hasta 1328, entre dos de las futuras capillas de la cabecera. En 1345 se trabajaba en la portada lateral norte y en 1353 celebróse la primera misa. Después, habilitado ya el presbiterio, hubo una interrupción en las obras, pues la bóveda del segundo tramo es de 1425. La consagración tuvo lugar en 1548, pero un incendio parcial motivó que no se terminase



Fig. 162. — EXTERIOR DE SANTA MARÍA DEL MAR, DE BARCELONA.

INSTITUTO AMATLLER
DE ARTE HISPANICO



Figs. 163, 164 y 165.—INTERIORES DE SANTA MARÍA DEL MAR, DE BARCELONA, DE LA CATEDRAL DE MANRESA Y DE SANTA MARÍA DE CERVERA.

hasta 1592. Como maestro, tan sólo se conoce, a más del citado Montagut, a Arnaldus de Valleras, lapicida y maestro de obras de Manresa, asistente a la junta de Gerona de 1416, lo que prueba la importancia de la obra por él dirigida.

Con ingeniosidad y pericia grandes, el autor de los planos de la Seo, fundiendo dos tipos de edificios, resolvió el problema de construir uno de dimensiones reducidas, pero con apariencia de tres naves y relativa monumentalidad. Para conseguirlo, limitóse a edificar una iglesia como las antes descritas de una nave y un presbiterio poligonal, con capillas de planta cuadrada en torno de ambos, pero levantando tan sólo los muros de separación entre las últimas hasta algo menos de la mitad de su longitud; en sus extremos volteó arcos que van a parar a pilares octogonales situados en los ingresos de esas capillas. En la seudogirola, los arcos tienen intradós triangular, del que resaltan tres nervios que dibujan una Y, como en los tramos triangulares de la girola de la catedral de Coutances y de otras iglesias normandas (fig. 164).

Atendiendo al abovedamiento, el templo es de una nave con capillas laterales, puesto que una sola bóveda cubre las dos partes en que se dividieron; si le clasificamos de acuerdo con los pilares y arcos, tiene tres, y así parece a todo el que penetra en él.

La nave lateral y capillas se elevan a la mitad de altura de la mayor. Tiene arbotantes dobles de gran masa y contrafuertes en los que se abrió un arco inferior, para no cargar sobre los de las seudonaves laterales. La ornamentación es escasa y muy pobre.

Es éste un edificio complejo que responde a influencias diversas. La solución de unir capillas y naves parece inspirada por la análoga vista en algunas girolas de iglesias francesas, como en la de la catedral de Soissons, cuya cabecera se comenzó en 1212; en la de la catedral de Bayona, y en la de la iglesia de Uzeste, consagrada en 1313. Características catalanas son las capillas entre los contrafuertes, las terrazas y los pilares ochavados.

La iglesia de Santa María de Cervera.— Edificio como el anterior excepcional y fuera de serie es la iglesia de Santa María de Cervera, gran templo cuya cabecera se dice empezada en el siglo XIII, aunque sus caracteres arquitectónicos corresponden más bien al siguiente. Carecemos de datos sobre su construcción, prolongada hasta fines del XV.

La cabecera se compone de un presbiterio limitado por una línea de cinco lados, con bóveda de seis nervios y girola de cinco tramos pentagonales; en los dos lados exteriores de cada tramo se abren sendas capillas cuadradas, cubiertas con bóvedas de ojivas, comprendidas todas al exterior dentro de un muro común poligonal. Cubren los tramos de la girola bóvedas de cinco nervios, uno de los cuales une su centro con el pilar situado entre los ingresos de las dos capillas del tramo. La disposición es semejante a la de las girolas de la catedral y de Santa Catalina de Valencia.

No paran aquí las originalidades de este templo: a la cabecera precede un crucero formado por un tramo central cuadrado y brazos semidecagonales; los lados más inmediatos a aquél están abiertos por arcos para la comunicación de las naves laterales con la de girola y los tres centrales del fondo los ocupan capillas, alternando las de planta rectangular con las semidecagonales.

En las naves encontramos, en cambio, disposiciones que nos son familiares: tramos cuadrados en la central, apeados en pilares octogonales, pero con una columna en cada uno de sus frentes y muy escasa diferencia de altura entre la nave mayor y las laterales, por lo que la primera carece de luces directas. En la cabecera, capillas, girola y presbiterio se

escalonan en altura. El edificio produce la impresión de haber sido edificado en diferentes etapas, pues sus distintas partes no quedaron bien trabadas (fig. 165).

Crucero con brazos poligonales y capillas en su fondo, disposición poco frecuente, tiene la magnífica iglesia cisterciense, en ruinas, de Chaalis, comenzada en 1202 y consagrada en 1219, pero, menos monumental en este aspecto que la catalana, su presbiterio se reduce a una capilla poligonal precedida de un tramo rectangular.

La iglesia de Santa María de Castellón de Ampurias.— La iglesia de Santa María de Castellón de Ampurias es templo grande y ambicioso; las villas catalanas aspiraban a poseerlos monumentales. Lo forman dos partes: la cabecera, con los dos primeros tramos de las naves, y los siete restantes.

La primera consta de un presbiterio poligonal de siete lados, con capillas abiertas directamente a él en los cinco centrales. La del eje y las dos inmediatas tienen planta hexagonal corriente; las otras dos parecen modificaciones de las primitivas; originariamente, serían como aquéllas. Las naves laterales, de tramos cuadrados, mucho más angostas que la mayor, cuyo ancho es de unos 15 metros y reducida la longitud de sus tramos, terminan en sendos ábsides poligonales. En los costados de los dos primeros tramos de las naves se abren pequeñas capillas rectangulares, cuyas bóvedas de ojivas alcanzan la misma reducida altura que las de las naves laterales, por lo que pudieron abrirse grandes ventanales en los muros de la nave mayor sobre los arcos que la separan de aquéllas, lo mismo que en los paños del presbiterio. En el exterior de éste hay contrafuertes escalonados de gran saliente y las rasgadas ventanas, de arco agudo y con tracería, están cobijadas por arcos ciegos sobre columnillas situadas en los ángulos de los estribos. Arbotantes altos contribuyen a dar estabilidad a las bóvedas de la nave mayor. Pero, más que ellos, lo que resulta extraño en un templo catalán es ver el exterior provisto de todos sus elementos de decoración gótica, pres-tándole singular elegancia: cornisas, antepechos, gárgolas, albardillas de los contrafuertes, remates, etc.

En los siete tramos de los pies — carece de crucero — la estructura varía; las naves laterales suben hasta poca menor altura que la mayor, pues arcos y ojivas de unas y otras arrancan al mismo nivel sobre pilares cilíndricos lisos, cuyo capitel se adorna con follaje. Desaparecen, pues, de esta parte las ventanas de iluminación directa de la nave mayor, y como la proporción estrecha y alargada de los tramos no varía, el interior del templo resulta poco armónico. Hay una buena portada, construída a comienzos del siglo XV por el maestro Antonio Antigoni (fig. 166).

Es esta iglesia edificio muy interesante, por revelar en sus dos partes las concepciones antagónicas de un maestro extranjero y de otro nacional continuador de la obra del primero. Probablemente, como en otras ocasiones, empezaría a levantarse la cabecera del templo actual, subsistiendo el anterior románico, por un maestro formado en el mediodía de Francia, a fines del siglo XIII y comienzos del siguiente. Esta obra selecta fué proseguida hacia fines del XIV y en el XV — una capilla cercana a la fachada se terminaba en 1381 — por un maestro que alteró la primitiva disposición de las naves, buscando la amplitud espacial de los templos catalanes, no lograda en éste plenamente por haber conservado el tramo de la nave mayor estrecho y alargado, según el sistema francés; los pilares cilíndricos, que recuerdan los esbeltísimos de los Jacobinos de Tolosa y de San Nazario de Carcasona, están por ello muy próximos.



Fig. 166.— INTERIOR DE SANTA MARÍA DE CASTELLÓN DE AMPURIAS.



Figs. 167 y 168. — EXTERIOR E INTERIOR DEL PRESBITERIO DE LA CATEDRAL DE TORTOSA.

La catedral de Tortosa. — Durante el siglo XIV tratóse de sustituir el viejo templo de la catedral de Tortosa, ciudad en creciente prosperidad por entonces. El más antiguo documento conservado en relación con la obra, es un plano en pergamino de un proyecto que no llegó a ejecutarse, firmado por Antonio Guasch, con la fecha de 1345. La iglesia proyectada era de tres naves, girola rodeada de nueve capillas de planta poligonal, nave de crucero, cúpula en el centro de éste, tramos cuadrados en la nave mayor y dobles capillas poligonales abiertas en cada uno de los costados de las laterales. La influencia de la catedral en construcción de Barcelona, reconocida en varios templos catalanes, acúsase también en esta planta; las principales modificaciones residen en cerrar exteriormente el proyecto de Tortosa las capillas radiales por un mismo muro poligonal seguido, huyendo de rincones y de la multiplicidad de planos, y la colocación de una cúpula sobre el tramo central del crucero.

En 1346 el obispo de Tortosa contrató con el maestro lapicida Benito Dalguayre la dirección de las obras del nuevo templo, cuya primera piedra se puso al año siguiente, en una de las capillas de la girola. En 1381 era maestro de la obra Andrés Juliá, fecha en la cual fué llamado a Valencia para dirigir la construcción del Miguelete; Pascasio y Juan de Xulbe estaban encargados de la de Tortosa cuando en 1416 asistieron a la junta de Gerona. Las obras, como en tantos otros templos, avanzarían con enorme lentitud, pues hasta 1441 no se consagró el altar mayor. En 1547 tuvo lugar la consagración de la catedral. Uno de los tramos de la nave mayor concluía en 1621, y el quinto y último, en 1660. De 1708 es el acuerdo de cerrarla definitivamente, construyendo la fachada principal, terminada el año 1757.

El templo, bastante homogéneo, tiene tres naves, de cinco tramos cada una y capillas en los costados de las laterales. Sin interposición de crucero, cierra a oriente la nave mayor un presbiterio poligonal y las laterales se prolongan en torno suyo para formar una girola de nueve tramos, rectangulares los dos de ingreso y trapeciales los restantes, planta que es también la de las capillas radiales que a ellos se abren, cubiertas con bóvedas de ojivas. Exteriormente, las nueve capillas quedan englobadas en un muro común seguido, de planta poligonal (fig. 167).

Los muros entre estas capillas se calaron para formar como una segunda girola, algunos de cuyos huecos conservan bellas tracerías de piedra. Del intradós triangular de los arcos de comunicación, resaltan nervios o molduras en forma de Y, como en las capillas de la girola de la catedral de Manresa, de donde pasaría esa disposición a la de Tortosa.

Los tramos de la nave mayor son rectangulares, pero con dimensiones próximas al cuadrado. Cubren las naves y las capillas laterales bóvedas de sencilla crucería. Los pilares están rodeados de múltiples columnillas, prolongadas más allá de los pequeños anillos que hacen oficio de capiteles, en arcos, arquivoltas y nervios de las bóvedas.

Capillas, naves laterales y mayor — el ancho de ésta es de 10,40 metros y 23 su elevación —, se escalonan en altura; hay ventanas en las tres naves. No existe triforio. La cabecera tiene arbotantes sobre la girola y las capillas, terminados en contrafuertes octogonales, a modo de torrecillas. Sobre las naves laterales y sus capillas adosadas, les sustituye un fuerte muro, perforado tan sólo por dos pequeños arcos de paso, rematados en su parte superior en una albardilla inclinada. La nave mayor tiene cubierta a dos aguas; las laterales y las capillas, terrazas (fig. 168).

En este edificio, concluído en época muy avanzada, se mezclan disposiciones de la arquitectura gótica francesa con otras regionales. A la primera corresponden el escalonamiento de sus distintas partes y el arrancar de los pilares a diversas alturas los arcos y ojivas de las naves bajas y de la mayor. Por estos caracteres se puede emparejar la catedral de Tortosa con la cabecera de la de Gerona.

Las capillas de la girola, envueltas exteriormente en un muro único; las dimensiones de los tramos de la nave mayor; el reducido tamaño de las ventanas y la elevación grande de las naves laterales, son características que aproximan este templo a los específicamente catalanes. La separación de sus pilares y la altura de los arcos longitudinales producen la impresión de unidad espacial en la que se integran las tres naves, repetidamente señalada en las iglesias del mismo reino.

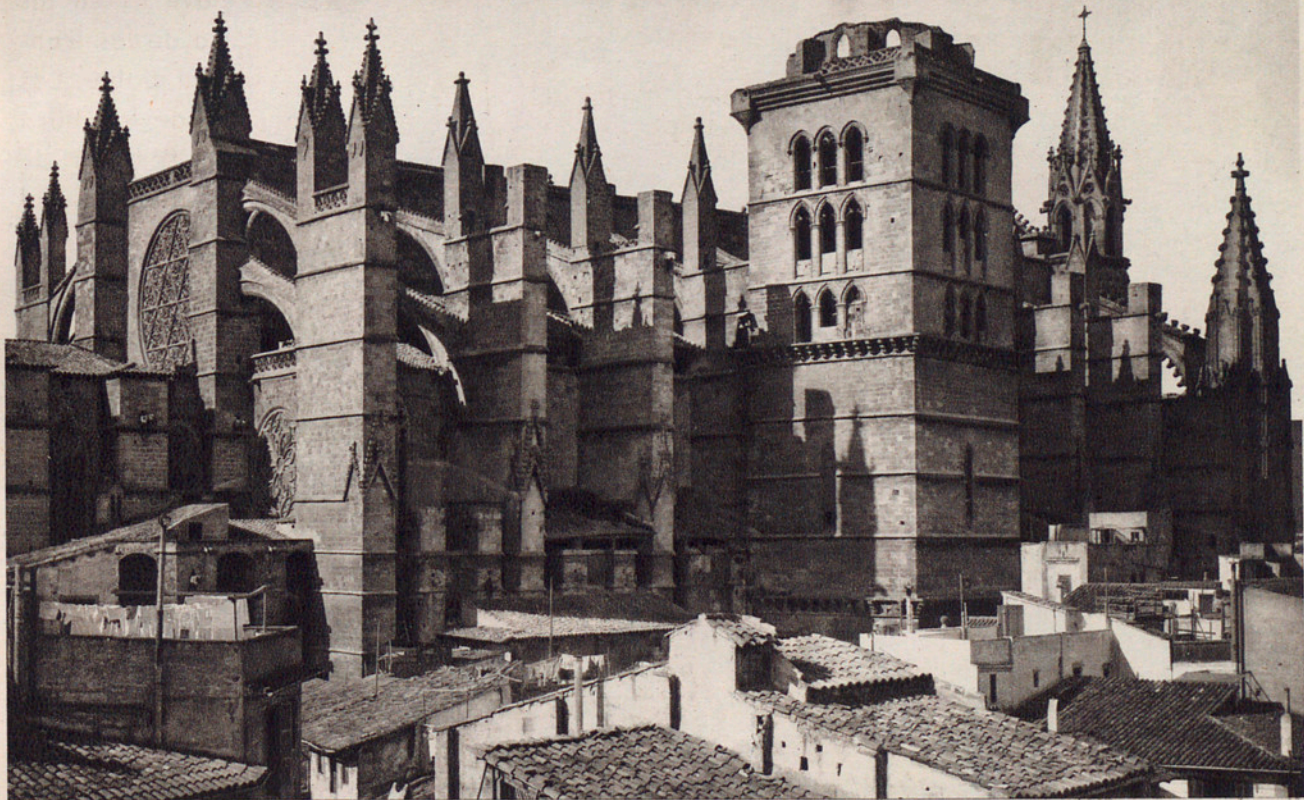
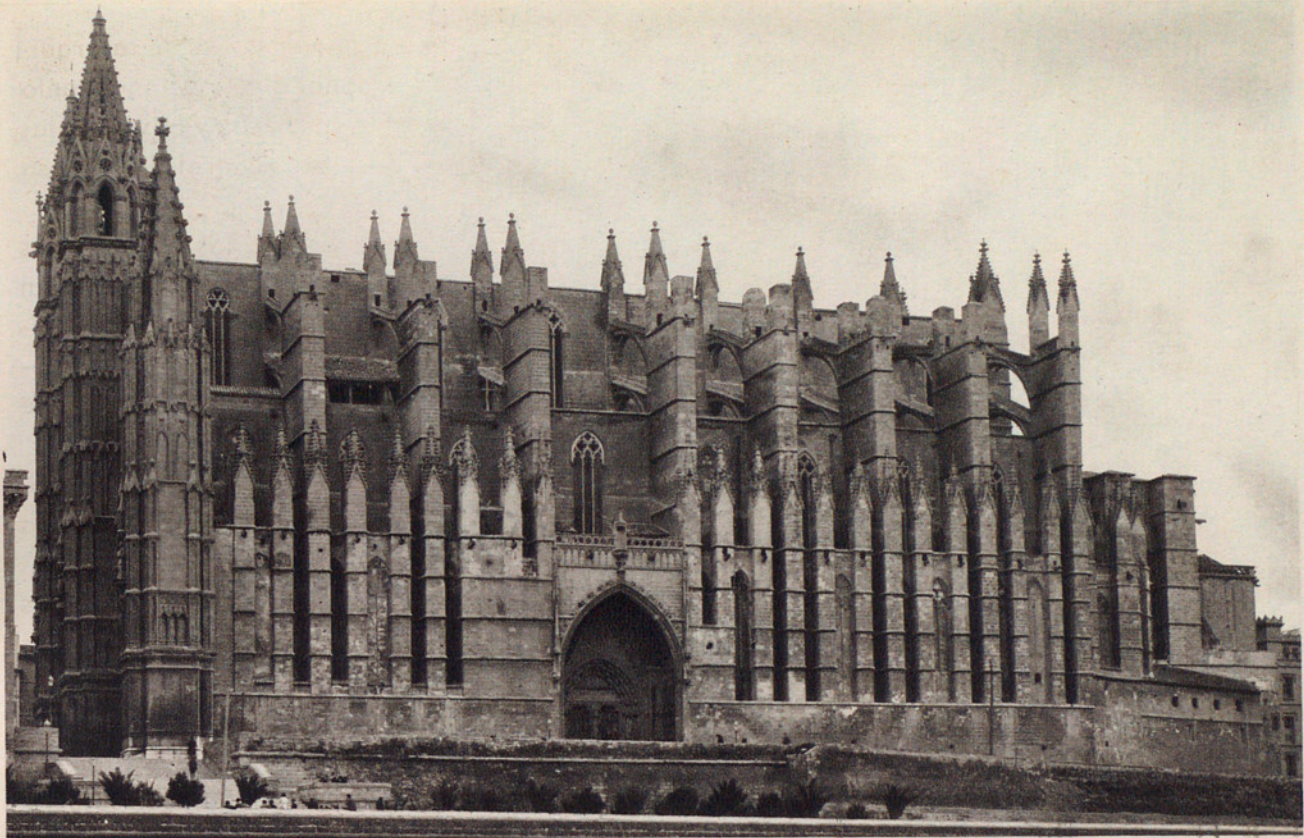
La catedral de Palma de Mallorca. — En el grupo de templos góticos catalanes someramente analizados, de belleza y originalidad grandes algunos y de singular audacia constructiva otros, la catedral de Palma de Mallorca ocupa lugar destacado.

Sus enormes proporciones, lo mismo en latitud que en altura, y el predominio de sus líneas verticales, parece que deberían colocarla al lado de una de las grandes catedrales francesas, impresionantes por su elevación extremada. Sin embargo, el efecto de altura no es tan grande como sus dimensiones permitirían esperar y, como Stendhal en San Pedro de Roma, hay que traducirlas en números para que se comprenda la importancia de un edificio al que la historiografía arquitectónica no ha concedido la merecida. Su largo total es de 121 metros y de 55 su ancho. La nave mayor tiene 19,43 de latitud — Amiens, 14,60; Beauvais, 16; Tolosa, 19,20; Gerona, 22,80 —. Mientras la elevación de esa nave es en las catedrales de Amiens — 42 metros — y Beauvais — 48,20 —, como en la mayoría de las francesas, tres veces aproximadamente su ancho, en la de Palma apenas pasa del doble. Las naves laterales de esta última ascienden a 30 metros, unas tres cuartas partes de la altura de la mayor; las de Amiens, tienen 19, y 20 las de Beauvais, es decir, unos tres séptimos de las respectivas alturas de aquéllas. He aquí, pues, matemáticamente situada la catedral de Palma en el grupo específicamente catalán, del que forma parte.

Hemos de repetir una vez más para este excepcional edificio la observación hecha respecto a otros templos de Mallorca: hay referencias documentales de obras en ellos en los años inmediatamente posteriores a la conquista de la isla, en el reinado de Jaime I. En la *Crónica* que figura como escrita por dicho monarca, dice éste haber construído en Mallorca la iglesia de Santa María. Pero es imposible atribuir las construcciones existentes a esa época. Templos modestos, renováronse sus fábricas en el próspero siglo XIV, singularmente en el reinado de Jaime II, durante el cual la actividad constructiva en la ciudad balear fué extraordinaria.

La catedral instalóse primero en la mezquita mayor consagrada y ésta fué objeto de reformas, ampliaciones y agregados de capillas, a las que se referirán los documentos citados para afirmar el comienzo de la construcción actual por Jaime I, opinión muy extendida, basada también en componerse de varias partes, mal enlazadas y de muy relativa unidad.

El rey Jaime II (1291-1327) dispuso en su testamento, otorgado en Perpiñán en 1306, se le enterrase en Santa María de la Seo de Mallorca, en lugar decente, en una capilla dedicada a la Santísima e Indivisa Trinidad, construída expresamente con tal objeto. Provisionalmente, y mientras se edificaba, fué sepultado en el centro del templo, es decir, en el de la an-



Figs. 169 y 170. — EXTERIORES DE LA CATEDRAL DE PALMA DE MALLORCA.



Fig. 171. — NAVE DEL EVANGELIO DE LA CATEDRAL DE PALMA DE MALLORCA.

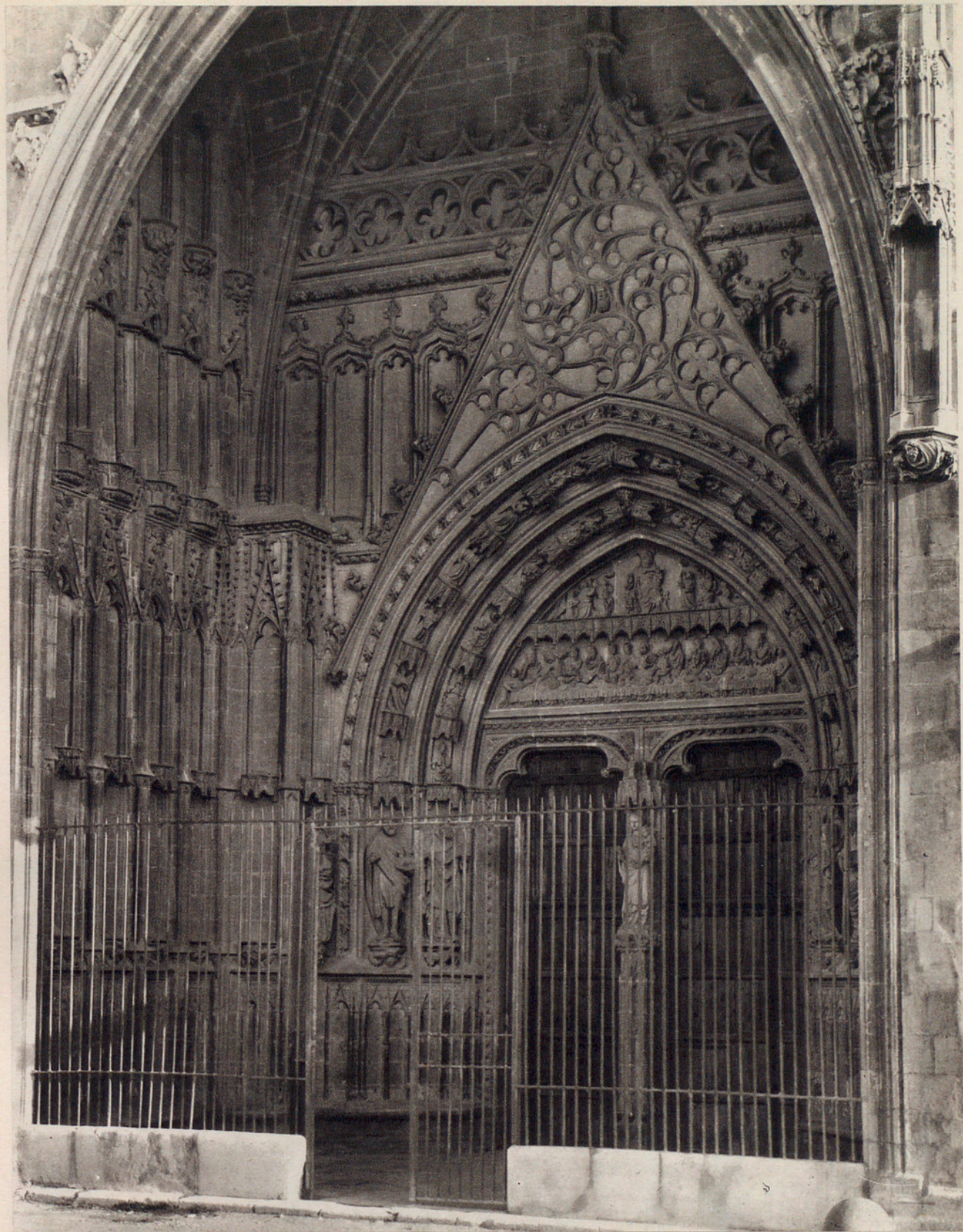


Fig. 172. — PORTAL DEL MIRADOR DE LA CATEDRAL DE PALMA DE MALLORCA.



Fig. 173. — INTERIOR DE LA IGLESIA DE SANTA EULALIA EN PALMA DE MALLORCA.

tigua mezquita. En 1323 se trabajaba en la cabecera de la Seo; al año siguiente un documento alude al plomo dado al maestre Mateu para hacer las vidrieras de la obra de Santa María. En 1346 era consagrado el altar mayor por el obispo Berenguer Batlle. Un maestro llamado Berenguer Ostales intervenía en las obras en 1345; otro, Jaime Mates, se cita en 1364. La vida lánguida del reino mallorquín tras la muerte de Jaime II, hasta su reincorporación a la Corona de Aragón por Pedro IV, fué causa sin duda de que las obras avanzaran lentamente; escaseaban las limosnas para continuarlas. En 1386, año en el que aún subsistía la mezquita, estaban levantados los primeros pilares de la nave, los más próximos al presbiterio, y, elevadas las bóvedas a oriente de ellos, se reunían fondos para la cimentación de los dos siguientes, construir el tramo de la bóveda alta de la nave mayor y los dos más bajos de las laterales inmediatas. Así podría derribarse la mezquita, en la que aun estaba el coro; en gran parte se había ya labrado el que iba a colocarse en la nave mayor. Estas obras se hacían, según las actas capitulares, "conforme a los planos tan magníficamente concebidos y seguidos desde que se pusieron los primeros cimientos a la misma iglesia".

Guillermo Oliveras era maestro de la Seo en 1388. Seis años después, el cabildo se dirigía al de la catedral de Gerona manifestándole haber muerto el maestro Pedro Morey, autor de la traza de la puerta del Mirador o del Mar de la mallorquina, cuya construcción dirigía, por lo que le suplicaba permitiese pasar a Palma, a terminar la obra de su hermano, a Guillermo Morey, que trabajaba en la Seo de Gerona. En 1397 el cabildo de esta catedral nombró para la maestría de sus obras a Pedro de San Juan, natural de Picardía, que hasta entonces había intervenido en las de la de Mallorca. Más tarde, trabajó en la citada puerta del Mirador el flamenco Juan de Valenciennes. De 1401 a 1407 era maestro Pedro Massot; en 1406 se levantaban los pilares del centro del templo. Desde el año siguiente hasta el de 1447, en que fué a Nápoles, dirigió las obras uno de los más grandes artistas medievales españoles, Guillermo Sagrera, autor de dos magníficas estatuas de la portada del Mirador (1422). Le sucedieron en la maestría Arnaldo Piris o Pérez y Juan Sagrera, hijo de aquél. En 1529 se cerraban las bóvedas contiguas al hastial de los pies. Empezó la labra de la portada principal en 1592, pero quedó interrumpida, por diversas causas, no terminándose hasta el siglo pasado. Finalmente, en el año 1613 tuvo lugar una nueva consagración del templo.

Extraño edificio es éste de la catedral de Mallorca, aparte por completo de los tipos

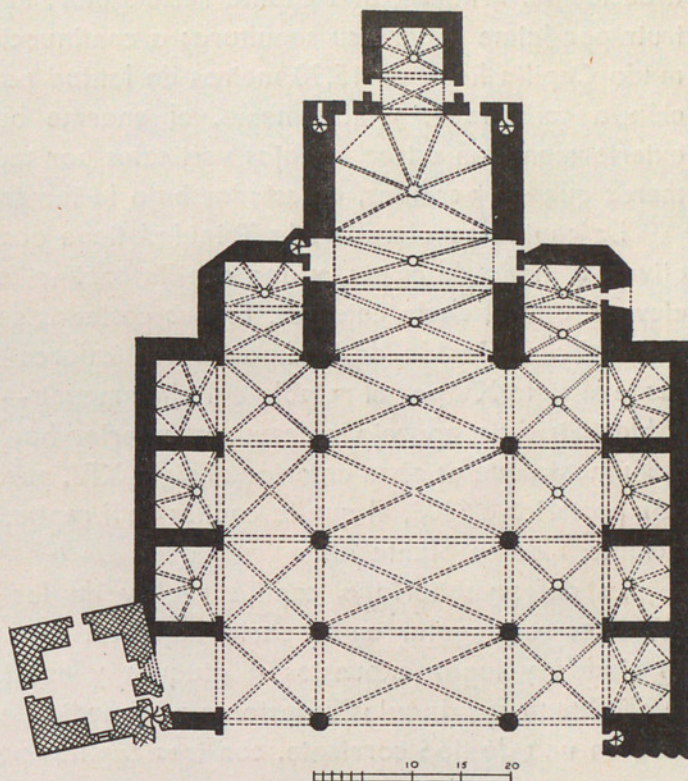


Fig. 174. — PLANTA DE LA CABECERA DE LA CATEDRAL DE PALMA DE MALLORCA.

corrientes de templos medievales; lo diríamos hecho por un maestro más práctico en construcciones militares que en religiosas. Su originalidad comienza ya en la planta, angulosa, seca de líneas, en la que, al nivel del suelo, no hay curva alguna ni ángulo que no sea recto.

Forman el templo tres cuerpos enfilados, de altura y ancho en escalón de oriente a occidente. Primero, una capilla rectangular, la de la Trinidad, que es la mandada construir por Jaime II para su sepultura; a continuación, el amplio presbiterio rectangular, llamado Capilla Real, de 15,90 metros de latitud por 30 de altura, con otra de menor elevación a cada lado, y, finalmente, el enorme buque de las naves del templo, dividido exteriormente en estrechas fajas verticales por múltiples contrafuertes. Los dos cuerpos primeros quedan perdidos, aplastados bajo la inmensa mole del último.

La capilla sepulcral de la Trinidad tiene dos pisos, uno bajo, cubierto con bóveda de ojivas, a modo de cripta, y una capilla encima, cuyo pavimento está unos seis metros más elevado que el de la catedral. En sus costados se abren nichos, destinados a los sepulcros reales. Tras la caída de la dinastía de Mallorca esta capilla quedó abandonada — oculta desde el siglo XV por el retablo del altar mayor — y se destinó a almacén y a otros fines poco nobles. Su rudo aparejo y desnudez exterior han hecho pensar a algunos analizadores del monumento que es obra anterior al siglo XIV, pero confirma el dato documental de su erección posterior a 1306, el que la capilla Real repita, a mayor escala, las mismas formas arquitectónicas de su planta alta.

La del presbiterio o capilla real y de las dos mucho más reducidas que la flanquean es rectangular en la parte baja, tal vez para aumento de su fortaleza, obligada en ciudad y lugar expuestos a ataques y asedios de flotas musulmanas; a poca altura se chaflan sus ángulos exteriores por medio de trompas cónicas, convirtiéndose la cabecera en una de tipo corriente, con tres capillas poligonales escalonadas. Las laterales constan de un tramo rectangular y otro estrecho, chaflanado por trompas y cubierto con bóveda de dos nervios, concurrentes sobre la clave del arco de separación de esos tramos. Idéntica bóveda de tipo arcaico cubre el fondo de la capilla Real, precedida de dos tramos rectangulares abovedados con ojivas, como los análogos de las laterales (fig. 174).

Estas tres capillas son cabeza de otras tantas naves, casi de doble ancho la central que las laterales, a las que se abre una capilla por tramo entre los contrafuertes, formadas, como las de la cabecera del templo, por un tramo rectangular y otro ochavado al fondo. Catorce esbeltos pilares octogonales de 20 metros de altura, desprovistos de todo adorno, dividen las naves. Éstas y las capillas laterales se escalonan en altura, permitiendo la apertura de ventanas, altas pero no muy anchas, que, en unión de tres grandes rosetones, el central de más de 11 metros de diámetro, situados sobre los arcos de ingreso a las capillas del testero, iluminan bien el interior del templo, más claro que otros catalanes (fig. 171).

Largos contrafuertes se elevan sobre el muro de separación de las capillas laterales; reciben los extremos de dos arbotantes. Los estribos intermedios, más bajos, pues sobresalen poco sobre la cubierta de las capillas, en lugar de estar dispuestos en la prolongación de los nervios, como de costumbre, son normales al eje mayor del templo. Primitivamente el edificio terminó en terrazas por su parte superior (fig. 169).

La portada del Mirador o del Mar, a mediodía, "obra del gusto gótico más exquisito", según Jovellanos, cobijada bajo alto gablete, tiene parteluz y tímpano esculpidos, dos archi-

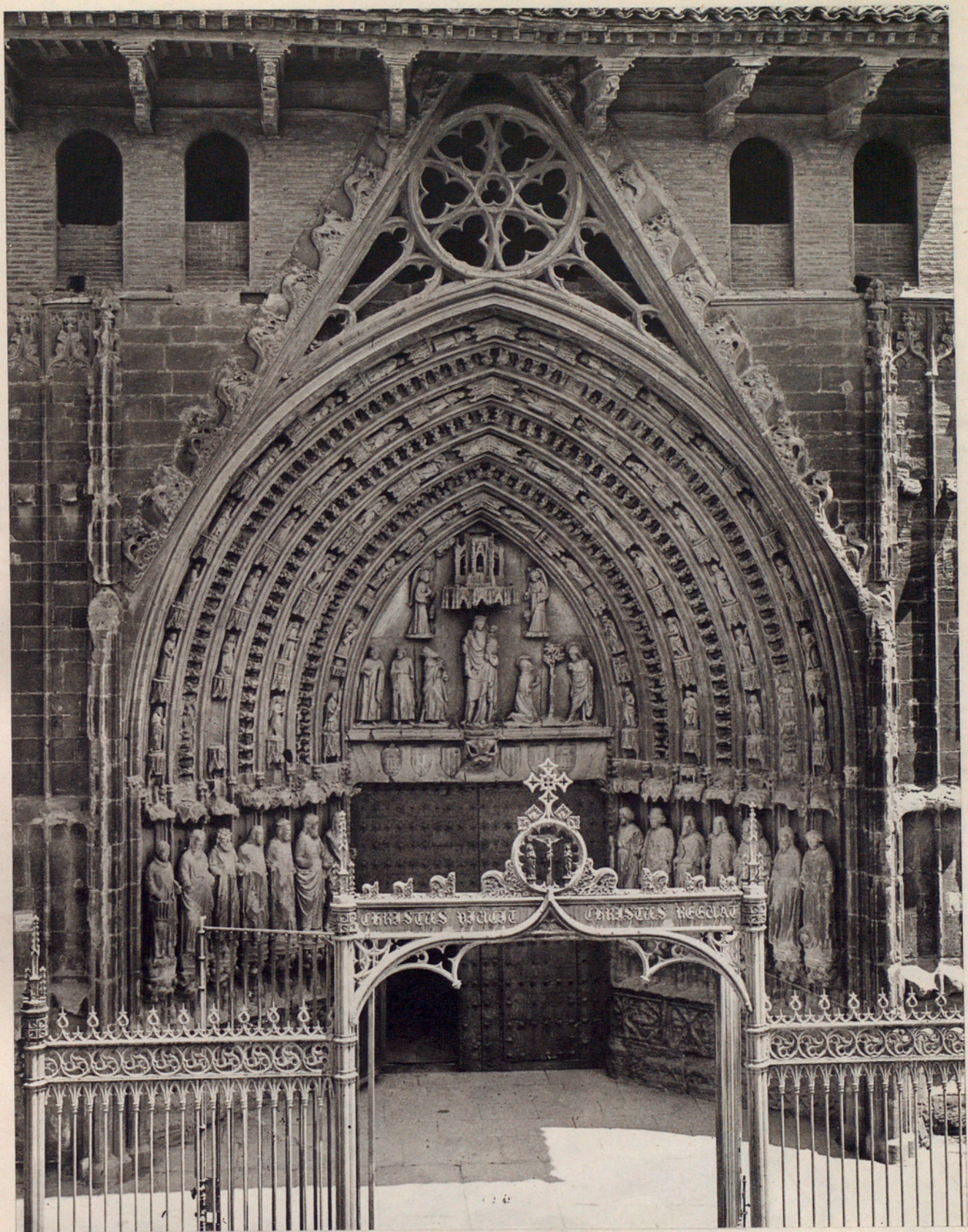


Fig. 175. — PORTADA DE LA CATEDRAL DE HUESCA.

INSTITUTO AMERICANO DE
EL ARTE HISTORICO



Fig. 176. — ATRIO Y PORTADA DE SANTA MARÍA LA REAL DE OLITE.

voltas con figuras, y cinco estatuas en las jambas, restos de un conjunto de más importancia. Ya se dijo de su comienzo hacia 1389 por Pedro Morey, *imaginayre, mestre major del portal de la Mar*; continuáronla varios artistas (fig. 172).

El exterior de este gran templo resulta confuso y monótono, por la repetición de los contrafuertes, muy próximos, y el mal atado de la capilla de la Trinidad con la Real y de ambas y el cuerpo de las naves, de las que quedan desligadas. Las masas no se han ordenado armónicamente y el efecto que debería producir el edificio por sus grandes dimensiones, perdióse en gran parte a causa de ello. La impresión causada por el interior es, en cambio, de inusitada amplitud, por la elevación de las naves laterales y la esbeltez casi inverosímil de los pilares ochavados, de los que arrancan altos arcos de 12 metros de luz. El conjunto resulta seco, de gran aridez, por la falta de columnas y baquetones y la casi inexistencia de molduración; no hay más curvas que las de los arcos y los contrastes de luces y sombras son violentos, contra lo que ocurre en los edificios góticos franceses.

A pesar de algunas características comunes con éstos, la catedral de Palma de Mallorca, por su audacia constructiva, el sentido espacial de su interior, y la desnudez y sequedad de sus superficies, representa la última etapa de la evolución de estos templos de Cataluña y el mediodía de Francia, uno de cuyos ejemplares más antiguos es el de los Jacobinos de Tolosa.

La iglesia de Santa Eulalia de Palma de Mallorca.— Las referencias a esta iglesia en documentos del siglo XIII corresponden a un edificio anterior al hoy existente; levantóse éste en su mayor parte, según se deduce de su análisis arquitectónico, en fecha avanzada del siglo XIV.

Una lápida sepulcral del osario de su muro de poniente pertenece a persona fallecida en 1310. En 1365, según escritura de fundación de una capellanía, se trabajaba en

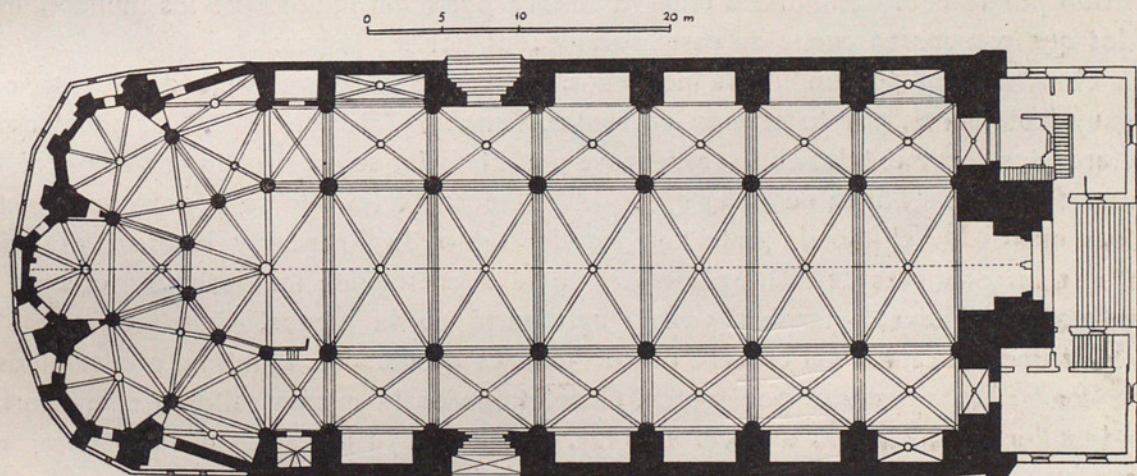


Fig. 177.— PLANTA DE LA IGLESIA DE SANTA EULALIA DE PALMA DE MALLORCA.

la última capilla del lado del evangelio, correspondiente al sexto tramo. Un testamento del año 1414 nos informa de que por entonces estaba en obra la correspondiente del lado de la epístola.

Santa Eulalia es una iglesia de tres naves, sin crucero, con presbiterio poligonal cubierto por bóveda de ocho nervios y girola en torno, en cuyos siete tramos se abren otras tantas capillas, de planta cuadrada unas y poligonal las restantes. Medios cañones cubren

algunas de las que bordean las naves laterales; las restantes bóvedas son nervadas en las capillas poligonales y de ojivas sencillas en los demás tramos. Hay claves de profusa decoración. Forman los pilares una serie de molduras que se prolongan por los arcos y ojivas que de ellos arrancan (fig. 173).

Naves laterales y capillas inmediatas se levantan a la misma altura, como en la catedral de Barcelona, y sobre ellas destaca bastante la nave mayor, en la que se abren — no hay triforio — altas ventanas. Aseguran la estabilidad de los pilares fuertes arbotantes en cuarto de círculo, de gran masa. La puerta lateral derecha, con múltiples baquetones en jambas y arquivoltas y tímpano liso, es buen ejemplar del puro y severo gótico levantino del siglo XIV.

La planta de esta iglesia, singularmente su cabecera, es muy parecida y algo posterior a la de San Francisco de la misma ciudad, en la que se inspiraría. En el alzado de sus naves y arbotantes aparecen influencias ajenas a la arquitectura regional (fig. 177).

La catedral de Huesca. — Artísticamente, el mediocre edificio de la catedral de Huesca no tiene relación directa con las iglesias góticas francesas ni con las castellanas. Su arquitectura es más bien local y de inspiración monástica.

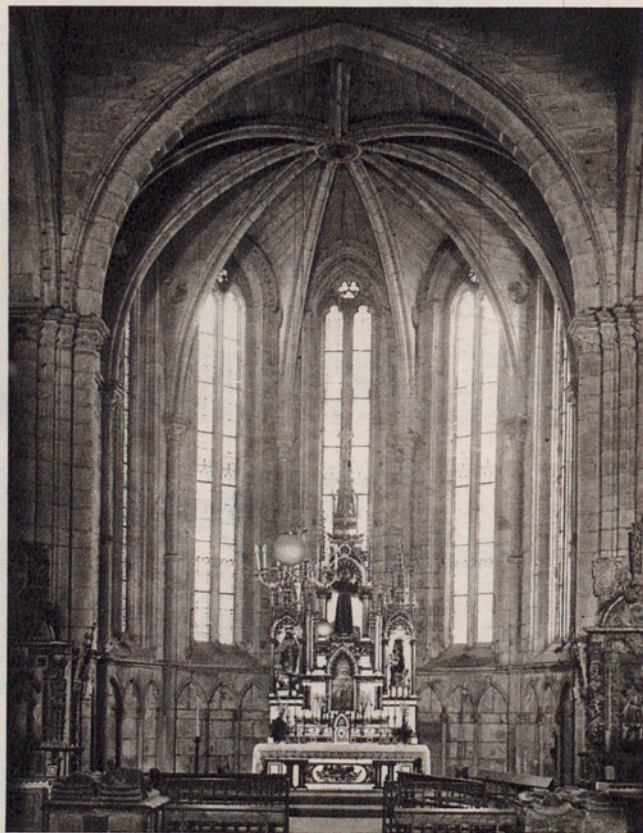
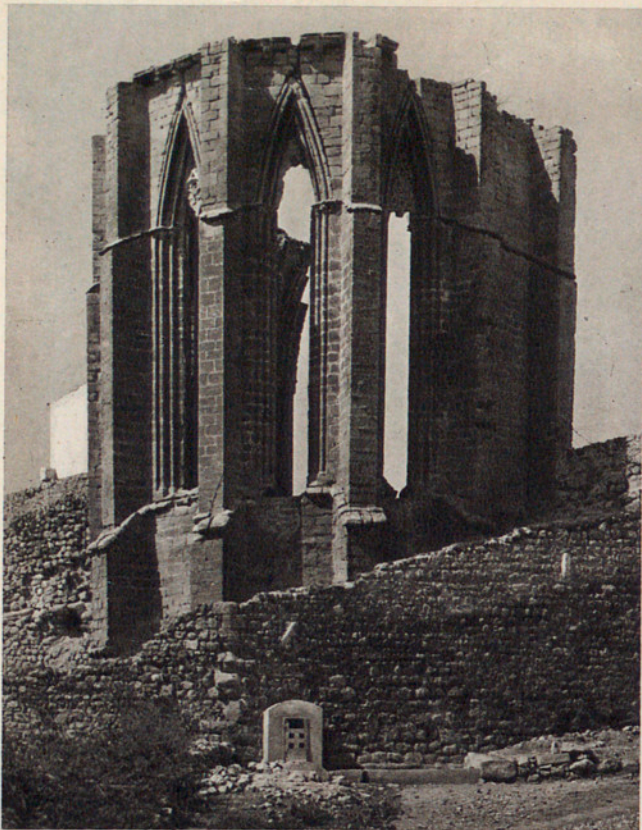
En el prelaciado de don Pedro Sarroca (1273-1289) se pensó por primera vez en sustituir la mezquita mayor, en la que estaba instalada la catedral desde la conquista de la ciudad, y que documentos de la época dicen conservarse en el mismo estado que en tiempo de los moros, por un nuevo edificio. En 1273 don Jaime el Conquistador aplicó rentas para construir una iglesia “a usanza cristiana”. Al año siguiente comenzaron las obras y en 1275 el mismo monarca autorizaba para emplear en ellas — *ad opus operis oscensis* — piedras del cementerio musulmán, llamado “la Almecora”. Las obras proseguían en 1288 y 1294; cuatro años antes de este último el concejo de Huesca mandó pregonar una disposición por la cual destinaba a ellas la tercera parte del importe de las multas impuestas a los que comprasen carne de reses sacrificadas por los judíos.

La obra, a pesar del auxilio de monarcas, obispos, cabildo y concejo de Huesca, avanzaba muy lentamente, por la escasez de rentas. Faltaban éstas en 1300. Dos años después, hay referencias documentales de la torre, cuya parte inferior se construiría por entonces. Bajo el obispo don Martín López de Azlor (1300-1313) empezó a levantarse la portada principal; lleva sus armas en el dintel, junto con las del reino de Aragón y Huesca; el gablete calado que la corona es de fecha posterior. En 1327 proseguían las obras; en el siglo XIV se terminaron las naves laterales y construyó parte de la mayor. Cubriéronse en 1405 ésta y el tramo del centro del crucero con armaduras de madera. El mismo año se enlosaba el coro con rajolas, sentadas por moros. Carpinteros de la misma religión comenzaron a labrar la sillería con destino a aquél en 1401. Habilitada ya la iglesia para el culto, no se acometió su terminación hasta los años finales del siglo XV.

La catedral de Huesca tiene planta rectangular de lados casi iguales; triple nave, bordeadas por capillas las extremas; nave transversal de crucero de cinco tramos y otras tantas capillas abiertas a él, limitadas todas por cinco paños, bastante más grande la mayor que las cuatro laterales. Sobresalen al exterior los tres lados centrales de aquélla, mientras limitan a las segundas muros planos, sin estribos ni saliente alguna. Las bóvedas de las cinco capillas tienen los seis nervios acostumbrados; las de las naves laterales y capillas adyacentes, son sencillas de ojivas. El aspecto exterior del templo lo debe a las obras de fines del siglo XV y del XVI descritas más adelante (fig. 175).



Fig. 178. — INTERIOR DE LA IGLESIA DE SAN SATURNINO EN PAMPLONA.



Figs. 179, 180, 181 y 182. — RUINAS DE LAS IGLESIAS DE LOS MONASTERIOS DE SAN FRANCISCO DE ATIENZA Y SANTO DOMINGO DE ESTELLA. IGLESIAS DE LOS MONASTERIOS DE SANTO DOMINGO Y SAN FRANCISCO DE PONTEVEDRA.

La diócesis de Huesca no disponía de recursos suficientes para emprender la construcción de un templo monumental con cabecera de girola y capillas radiales. Por eso, sin duda, eligióse como modelo uno monástico, semejante al premostatense catalán de Bellpuig de las Avellanas, con la única diferencia de convertir la planta rectangular de sus capillas laterales en poligonales por dentro, según el modelo de las de la catedral de Tolosa.

LAS IGLESIAS NAVARRAS DEL SIGLO XIV. — Las numerosas iglesias construídas en Navarra en la segunda mitad del siglo XII y en la primera del siguiente, época en la que nacieron muchos poblados y otros adquirieron gran desarrollo, son templos de estilo románico. Escasean, en cambio, en ese antiguo reino, los góticos, a pesar de pertenecers us monarcas desde 1234, año en que comenzó a reinar Teobaldo I, a una dinastía del norte de Francia. Figuran únicamente en páginas anteriores, como levantadas en el siglo XIII, la exótica iglesia de la hospedería de Roncesvalles y su modesta consecuencia, la de Santiago en Puente la Reina. En el XIV, aparte de algunos restos de escasa importancia en San Nicolás de Pamplona, en Estella y en lugares próximos al camino de la peregrinación jacobea, nuestro inventario tan sólo registra las naves de dos templos más viejos, los de Leyre y Ujué, y las iglesias de Santa María la Real de Olite, San Saturnino de Pamplona, San Pedro de Viana y la de Artajona, además de la inédita de San Zoilo de Cáseda.

Tienen estas iglesias nave única sin capillas laterales, de considerable ancho — 15,30 metros San Saturnino de Pamplona; 14 San Salvador de Leyre; 12,90 la de Artajona, 12,50 la de Ujué; y 11,10 la de Olite —. Esta y la de Artajona terminan a Oriente en sendos presbiterios, limitados por una línea pentagonal, más estrechos que sus respectivas naves, con estribos y bóvedas de seis nervios. Las naves se dividen en tramos rectangulares no muy anchos y los arcos perpiaños que los separan están contrarrestados por fuertes estribos salientes al exterior. Las naves de Leyre y Ujué se adosaron a cabeceras románicas; las bóvedas de la del primero tienen terceletes y ligaduras.

Santa María de Olite sirvió de capilla real al inmediato castillo. La cornisa de su presbiterio es de *crochets*, detalle que, unido a la molduración de sus nervios, permite suponerla construída en fecha no muy avanzada del siglo XIV, excepto el tramo de los pies, levantado a fines del mismo o en los primeros años del siguiente (fig. 176).

Santa María de Ujué es monumento impresionante por su situación y ambiente, al que se llega ascendiendo por anchas y largas escalinatas y tras de pasar bajo arcos y poternas. Lo mismo que en Leyre, en Ujué a una cabecera románica de tres naves se agregó una única del ancho de aquéllas, atribuída a iniciativa del rey Carlos el Malo (1350-1387), que parece empleó en ella cuantiosos caudales. Como varias iglesias aragonesas contemporáneas, tiene un ámbito en alto que la rodea y atraviesa los contrafuertes bajo pequeñas bóvedas de crucería; igual que en ellas el coro está en alto, a los pies. Esta disposición, vulgarizada en Castilla en el reinado de los Reyes Católicos, la tenía la iglesia de Alagón en el siglo XIII, en el reinado de Jaime I.

Formas más complejas que las anteriores ofrece la iglesia de San Saturnino de Pamplona. Su nave consta de dos tramos con bóvedas sexpartitas y termina a oriente en un ábside semidecagonal del mismo ancho. El lado central es mayor que los restantes y en él y en los dos inmediatos hay capillas hexagonales (fig. 178). Cuadradas son las otras dos y sobre ellas se levantan sendas torres; las tres capillas del centro acusan al exterior su forma poligonal.

Inusitada le pareció a Street la planta de la cabecera de este magnífico templo, cuyas bóvedas se elevan a 25,50 metros de altura, y de originalísima y singular la calificó Lampérez, semejante a la de una iglesia con girola y capillas radiales en la que se hubieran suprimido todos los pilares y muros intermedios, no dejando más que los exteriores. Plantas de cabeceras análogas se han descrito en páginas anteriores como de iglesias catalanas y mallorquinas, citando sus antecedentes en otras de la Francia meridional. La única y feliz variación del templo navarro, aparte del número de capillas, consiste en haber dado a la central mayor tamaño que a las restantes. No hay dato documental alguno relacionado con la construcción de San Saturnino; en 1407 se levantaba su desaparecido claustro.

Las anchas naves de estas iglesias navarras del siglo XIV proceden de las que desde el siglo anterior se construían en el mediodía de Francia, a partir de la de la catedral de Tolosa, de 19,24 metros de ancho, audazmente cubierta con bóvedas de ojivas de ladrillo en el primer cuarto del siglo. El tipo de iglesia de ancha y única nave y presbiterio de ingreso más reducido — lo que, entre otras características, las separa de las iglesias semejantes catalanas, en las que ambas partes tienen idéntico ancho — abundaba desde la segunda mitad del siglo XIII en las citadas regiones francesas.

IGLESIAS DE FRANCISCANOS Y DOMINICOS. — El desarrollo de las órdenes de franciscanos y dominicos en el siglo XIV fué grande. Ejercieron considerable influencia en la sociedad contemporánea, dirigiéndola moralmente. La de franciscanos era de índole esencialmente popular; sus miembros mezclábanse a la vida ciudadana en todos los momentos. El favor regio, y tras de él el de la nobleza, acudió pronto a ayudar a la construcción de sus monasterios, en cuyos templos las familias más poderosas levantaban capillas para su enterramiento, rivalizando en alhajarlas. Gremios y cofradías solían tenerlas también en las iglesias de los frailes menores. En las dependencias monásticas acostumbraban aposentarse los reyes en sus viajes; algunas fueron escenario de acontecimientos de importancia para la historia nacional.

Los grandes monasterios levantados en Castilla y León en el siglo XIV, extensa agrupación de edificios varios de ellos, pero cuyas iglesias, con arreglo a los principios de esas Órdenes no eran ni muy grandes ni muy ostentosas, han desaparecido casi por completo. Algunos fueron derribados en los siglos XV a XVI para ser sustituidos por construcciones de mayor riqueza; otros sufrieron reformas radicales en los dos siguientes al disfrazar su desnudez con arreglo a la moda del momento; muchos se destinaron en el siglo XIX, después de la exclaustación, a cuarteles y oficinas públicas, y han padecido de múltiples reconstrucciones y derribos.

Destruídos o renovados los grandes monasterios medievales dominicos y franciscanos de Burgos, Valladolid, Zaragoza, León, Ávila, Segovia, Sevilla, etc., tan sólo puede estudiarse cumplidamente su arquitectura en dos regiones periféricas, Cataluña y Galicia, en las que se multiplicaron las fundaciones de las órdenes menores y permanecen todavía un número crecido de sus templos. De los catalanes nos ocupamos en páginas anteriores; su arquitectura adquirió, como en ellas se dijo, carácter regional, influyendo sobre la de muchos templos seculares. Aparte de los gallegos, descritos más adelante, citaremos escasos templos de monasterios franciscanos y dominicos situados en otras regiones de España.

Uno de los pocos conservados, aunque desfigurado por grandes reformas, es el de

San Francisco de Palencia. Tiene nave única, dividida en tramos por arcos transversales, y cabecera de tres capillas poligonales, cubiertas por bóvedas nervadas. Parece obra del siglo XIV no muy avanzado.

En las afueras de la villa de Atienza, junto al lugar donde estuvo la judería, aun pueden verse las ruinas de la capilla mayor de la iglesia del monasterio de San Francisco, de planta poligonal, con estrechos y rasgados ventanales de arco muy agudo entre sus contrafuertes (fig. 179).

Desapareció por derribo hace unos veinte años el convento de San Francisco de Vitoria, pero se conservan plano y fotografías, que permiten reconstruir su iglesia en líneas generales. Tenía una sola y larga nave, a la que se fueron agregando capillas, terminada en esbeltísimo ábside de cinco paños, entre cuyos salientes estribos grandes ventanales, de arco agudo, con tracería de dobles maineles y tres óculos en el tímpano, ocupaban todo el paño. Era obra de hacia mediados del siglo XIV.

En ruinas, abandonado, está el monasterio de Santo Domingo de Estella, fundado junto a la judería en 1264 mediante una donación de don Teobaldo II. Don Nuño González de Lara, († 1291) biznieto de Alfonso IX de León, levantó a su costa el refectorio, el claustro, la portería, parte de las celdas y la capilla de la Magdalena. Se conservan las pintorescas ruinas de la iglesia y de algunas dependencias, no anteriores al siglo XIV. El templo era de una sola nave rectangular, dividido en tramos por arcos agudos de piedra, sobre los que descansaba una cubierta de madera a dos vertientes (fig. 180).

Los monasterios de San Francisco y San Pablo (dominicos) de Sevilla tenían también iglesias de nave única, probablemente crucero, y cinco capillas rectangulares de frente, sobresaliendo la mayor.

En los últimos años del siglo XIV fundó doña Catalina de Lancáster el convento dominico de Santa María de Nieva, cuya iglesia, de tres naves y otros tantos ábsides, cubierta de bóvedas nervadas, es de formas arcaicas.

Entre los numerosos templos de monasterios gallegos de las órdenes menores, destacan los de Santo Domingo en Pontevedra y Santiago de Compostela y el de San Francisco de Betanzos.

Del de Santo Domingo de Pontevedra no se conservan más que pintorescas ruinas de su esbelta cabecera. Empezó a edificarse en los años finales del siglo XIII; en 1304, adquirirían los frailes una cantera para la piedra de la obra, pero, o ésta se interrumpió, o reconstruyóse posteriormente, pues consta que la capilla mayor se edificaba en 1331 y las laterales en 1383; aun proseguía la obra de estas últimas en 1390. Durante todo el siglo XIV se multiplicaron las donaciones de nobles y mercaderes que contribuyeron a levantar el templo y a los que sirvió de panteón. A comienzos del siglo XV todavía se trabajaba en su construcción. La planta era de cruz latina, con amplia nave de crucero, desaparecida, a la que se abrían cinco capillas poligonales, única parte del templo abovedada. Sobresale bastante la central respecto de las laterales; en sus paños, entre los contrafuertes, hay rasgados ventanales con tracerías sencillas (fig. 181).

La iglesia del monasterio de Santo Domingo de Bonaval en Santiago de Compostela tiene planta de cruz latina, tres naves que cubrieron armaduras de madera y otra de crucero, tres ábsides poligonales, el central mayor y precedido de un tramo rectangular. Éste y los brazos de la cruz están cubiertos con bóvedas de ojivas; el tramo central del último con otra de

ocho nervios, y nervadas son también las de las capillas de la cabecera, apeados sus nervios en columnas acodilladas, como en el mismo lugar en Santo Domingo de Pontevedra. Cabecera y crucero levantáronse en el siglo XIV, pero las obras continuaban en el siguiente (fig. 183).

La iglesia de San Francisco de Betanzos era uno de esos raros edificios en que la acertada combinación, proporciones y escalonamiento de los volúmenes de sus diferentes partes producía una impresión de armónica belleza, destruída hace unos treinta años, al adosarle una nave conventual. Difiere de las anteriores en que sus capillas laterales son cuadradas. Los brazos del crucero se cubren con medios cañones agudos, y el tramo central, resaltado al exterior como si fuera una linterna, tiene techo plano de madera. Su construcción, costeada por Fernán Pérez de Andrada, terminó en 1387, según epígrafe que figura en su sepulcro (fig. 184).

San Francisco de Lugo es iglesia parecida a la de Santo Domingo de Santiago, de la que varía especialmente en que en el eje de su capilla mayor hay una nervadura y un contrafuerte, en lugar de la ventana acostumbrada. San Francisco de Orense repite el tipo de tres ábsides poligonales y largos brazos de crucero. Conservan importantes restos medievales: San Francisco de Pontevedra, cuya capilla mayor es obra de fines del siglo XIV (fig. 182); San Francisco de Vivero; Santo Domingo de Lugo, comenzada en la segunda mitad del mismo, cubiertos con medios cañones agudos los brazos de su crucero, y San Francisco de El Ferrol. Los templos levantados ya en el siglo XV, como Santo Domingo de Tuy, cuya capilla mayor se construyó a partir de 1415 y en 1423 aun no estaba concluída, y Santo Domingo de Rivadavia, cuyos ábsides costeó el obispo de Orense fray Alfonso de Cusança (1420-1424), son construcciones secas y pesadas.

Este grupo de iglesias monásticas gallegas es de gran unidad. Influyó considerablemente sobre las parroquiales de toda la comarca. A su formación contribuyeron, en unión del espíritu y preceptos de las órdenes mendicantes, supervivencias cistercienses y aun de la catedral compostelana, unidas a algunas formas góticas. Su comparación con el grupo de templos catalanes de franciscanos y predicadores revela la forma de expresar arquitectónicamente un mismo programa dos pueblos de distinta sensibilidad.

TORRES-CAMPANARIOS, LINTERNAS Y CIMBORIOS. — Excepto en Cataluña y en las regiones limítrofes, en las que se desarrolló en el siglo XIV una escuela de campanarios con características propias, en el resto de España el número de los góticos de alguna importancia es escaso. Las iglesias de las órdenes mendicantes carecen de ellos; otras muchas modestas los sustituyeron por espadañas o los levantaron de ladrillo y arte mudéjar; en Andalucía, se inspiraron casi siempre en alminares musulmanes. Tan sólo en las catedrales e iglesias de excepcional importancia y directa influencia francesa, las torres tenían su emplazamiento marcado en los extremos de la fachada de poniente, sobre el último tramo de las naves menores. Tendencia más nacional fué colocarlas a los costados. La torre-campanario era en las parroquias medievales españolas un lujo del que se prescindía con frecuencia.

En el siglo XIV prosiguió la construcción de las torres de las catedrales empezadas en el siglo anterior. En Sigüenza se levantó la de mediodía bajo los obispos don Pedro González de Aguilar (1343-1348) y don Pedro Gómez Barroso (1348-1361); en León, dióse fin a la de norte no muy avanzado el siglo.

La torre de Santa María de Alcocer, adosada al muro norte de esta iglesia, en el lugar

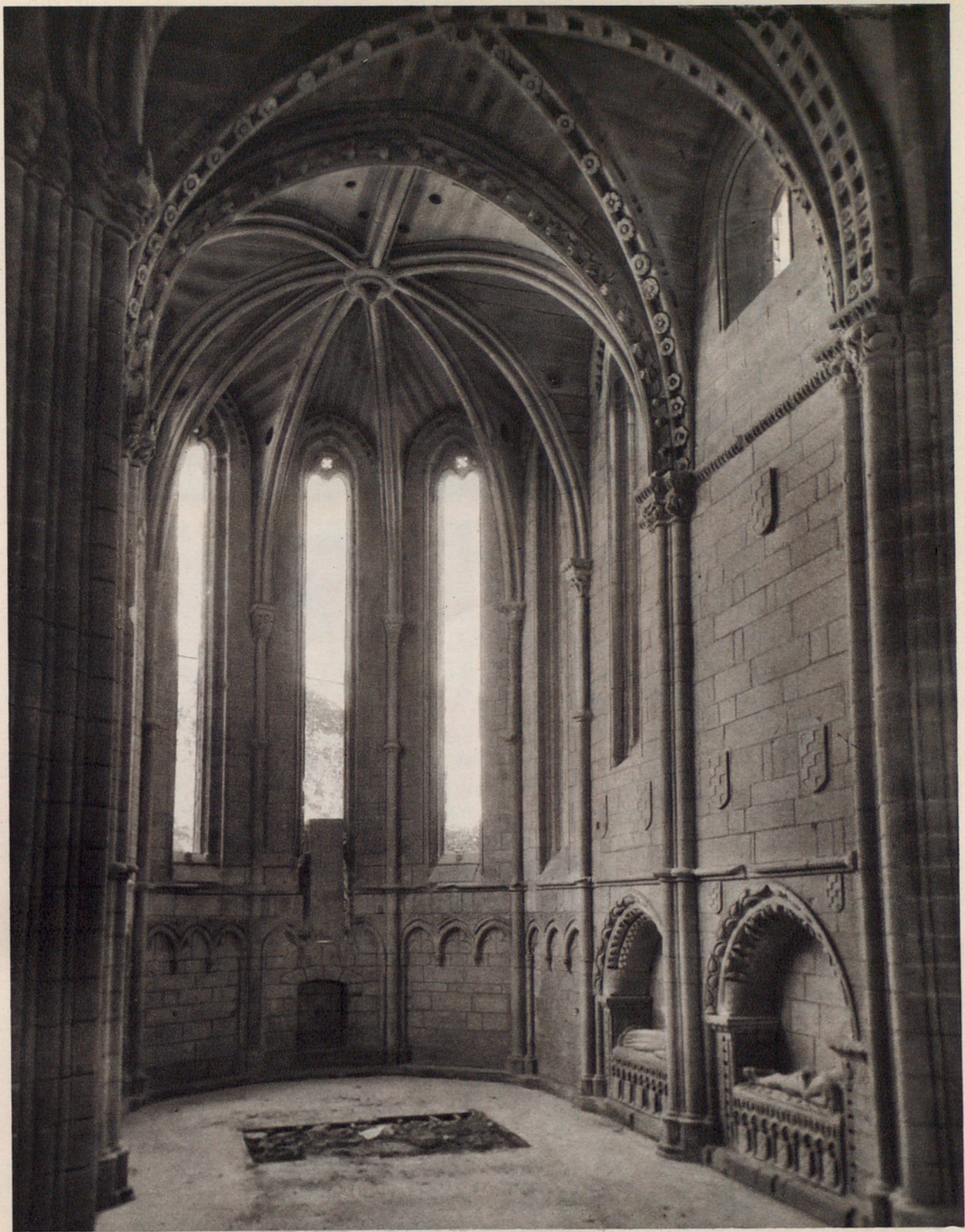


Fig. 183. — PRESBITERIO DE LA IGLESIA DEL CONVENTO DE SANTO DOMINGO EN SANTIAGO DE COMPOSTELA.



Figs. 184, 185 y 186. — EXTERIOR DE LA IGLESIA DEL MONASTERIO DE SAN FRANCISCO EN BETANZOS. TORRES DE SAN FÉLIX, DE GERONA, Y DE SANTA MARÍA DEL PINO, DE BARCELONA.

en donde se unen las dos partes que la integran, es buen ejemplo de campanario castellano. Consta de un alto cuerpo desnudo, de planta cuadrada, sobre el que se levanta otro chaflanado, abierto cada uno de sus ocho paños por dos huecos rasgados, con tracería.

Uno de los más bellos campanarios españoles del siglo XIV es el de la colegiata de San Félix de Gerona, sin más relación con el grupo de los catalanes más adelante mencionado que la común planta octogonal. Lo comenzó a levantar Pedro ça Coma en 1368, al mismo tiempo que iniciaba la construcción del Puente nuevo y era nombrado maestro de la catedral. Campañas militares motivaron la paralización de las obras en 1369. En 1381 y 1383, el pedrero G. Boffill labraba las ojivas de la capilla bajo la torre. Tras nuevo paro, Pedro Ramó o Ramón construyó, de 1388 a 1392, la bóveda del segundo cuerpo. Intervino después en las obras el maestro picardo de la catedral Pedro de San Juan, al que mosén Guadiol atribuyó el exótico remate, cuya aguda punta tronchó un rayo en 1581.

Sobre un cuerpo inferior, prisma octogonal desnudo y liso, se levantan otros dos, retranqueados progresivamente para dejar espacio a contrafuertes, también escalonados de un piso al otro, que rematan pequeños y agudos pináculos, con *crochets* en las aristas, lo mismo que la flecha de piedra, de paños sin calar, que la corona. En el último piso se abren largos ventanales; los huecos del intermedio son más reducidos. Todo se une en esta torre, el acertado movimiento de masas y planos, los contrastes de huecos y macizos, la distribución de impostas que aminoran la excesiva impresión de verticalidad y subrayan algunas partes, la elegancia de proporciones, para producir una obra jugosa y pintoresca, sin rival en Cataluña, pero extraña a su arquitectura (fig. 185).

Al lado de éste de San Félix de Gerona, los campanarios típicamente catalanes, casi siempre únicos, son de un arte bien austero. De planta octógona, sin cambios en ella ni contrafuertes angulares, con sus paramentos lisos en el elevado cuerpo inferior y con algunos, no grandes, huecos en el alto, terminados en terraza, acompañan bien a iglesias de sencillas formas geométricas desnudas de ornato. Uno de los más bellos, aunque no de los más puros, pues tiene contrafuertes en las aristas que en la parte superior se convierten en columnas, y ventanas en toda su altura, es el de la catedral de Lérida, esbeltísimo y bien trazado. Emplazado en uno de los extremos del claustro, el opuesto al ocupado por el templo, completa el incomparable conjunto de construcciones religiosas que coronan el cerro leridano. Empezó a construirlo a fines del siglo XIV (1391) Guillermo Çolivella; lo continuó el francés Carlos Galter de Ruán, dejándolo como hoy se encuentra, es decir, sin acabar (fig. 187).

Más castizamente catalanas son las torres barcelonesas de Santa Águeda y Santa María del Mar. Aquélla se terminó en el primer cuarto del siglo XIV; lisa, surge gallardamente del cuerpo de la iglesia. Las de Santa María del Mar son hexagonales. Algunas, como la desaparecida de Santa Catalina de la misma ciudad, terminaba en aguda flecha piramidal.

En los campanarios catalanes inspiróse, pero con la adición de elementos decorativos que le dan mucha mayor riqueza — la austeridad artística no armoniza con la sensibilidad valenciana —, el Miguelete, esbelta y famosa torre de campanas de la catedral de Valencia. En 1376, época de extraordinaria prosperidad urbana, acordóse su construcción, comenzando las obras en 1381, según epígrafe conmemorativo, dirigidas por el maestro de Tortosa Andrés Juliá. En 1396 y 1402 era su director José Franch, albañil de la catedral. Proseguía levantándose doce años después, cuando se envió a Pedro Balaguer, el constructor de las torres de Serranos, a varias ciudades para ver otros campanarios y terminar el

valenciano. Concluyóse éste en 1429, con el encargo al maestro Martín Llobet del desaparecido pretil y de un coronamiento no ejecutado.

Es el Miguelete una robusta torre octogonal, exenta, de 50,85 metros de elevación. En su interior hay tres habitaciones superpuestas, abovedadas, cuyas dimensiones aumentan con la altura. La linterna tiene dos cuerpos de ventanales de mediana traza, sin ningún elemento de enlace, inspirados tal vez en obra de mayor categoría artística, como es la linterna sobre el crucero de la iglesia de Poblet (fig. 188).

Mallorca rechazó el campanario catalán, prefiriendo el de planta cuadrada, de filiación románica, terminado por una flecha piramidal. Dió la pauta el grande de la Seo, anterior al templo actual, como prueba la oblicuidad de sus ejes; se levantaría en la segunda mitad del siglo XIII, adosado o inmediato al edificio de la mezquita; la capilla bajo él fundóse en 1273. Cortan los frentes de la torre de San Francisco de Palma, como la de la Catedral, numerosas impostas.

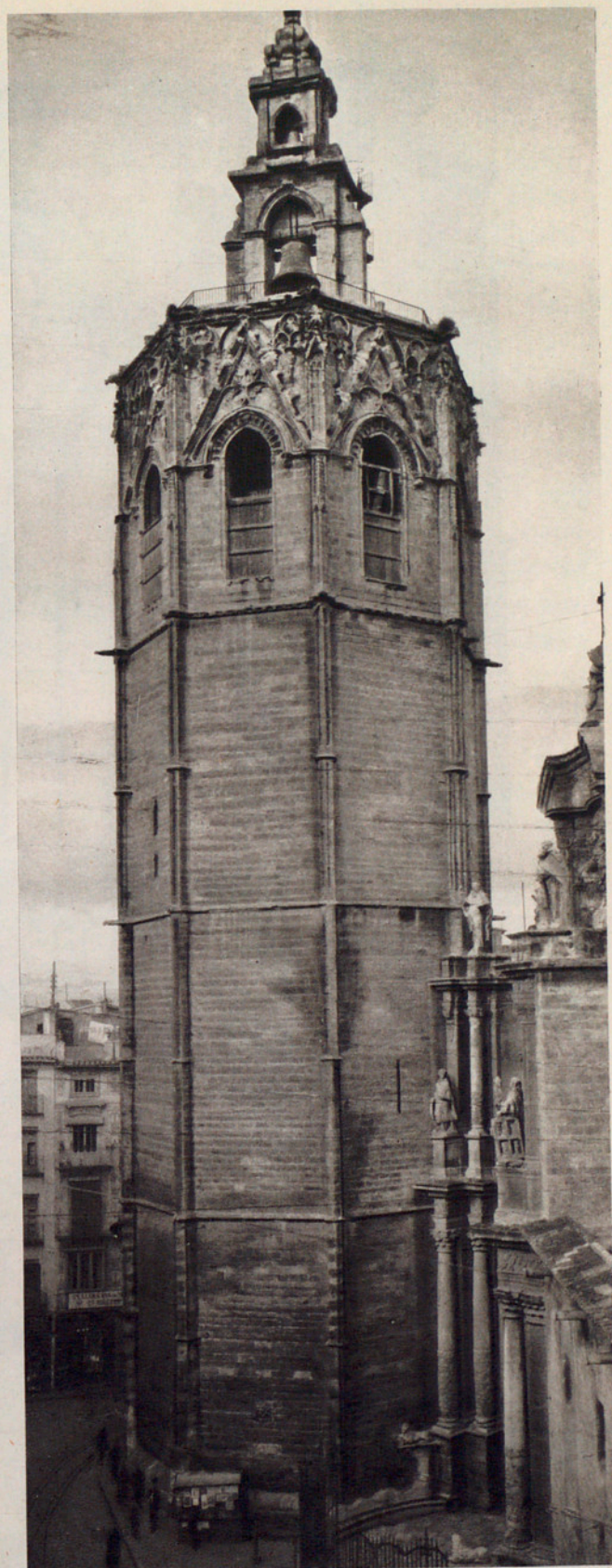
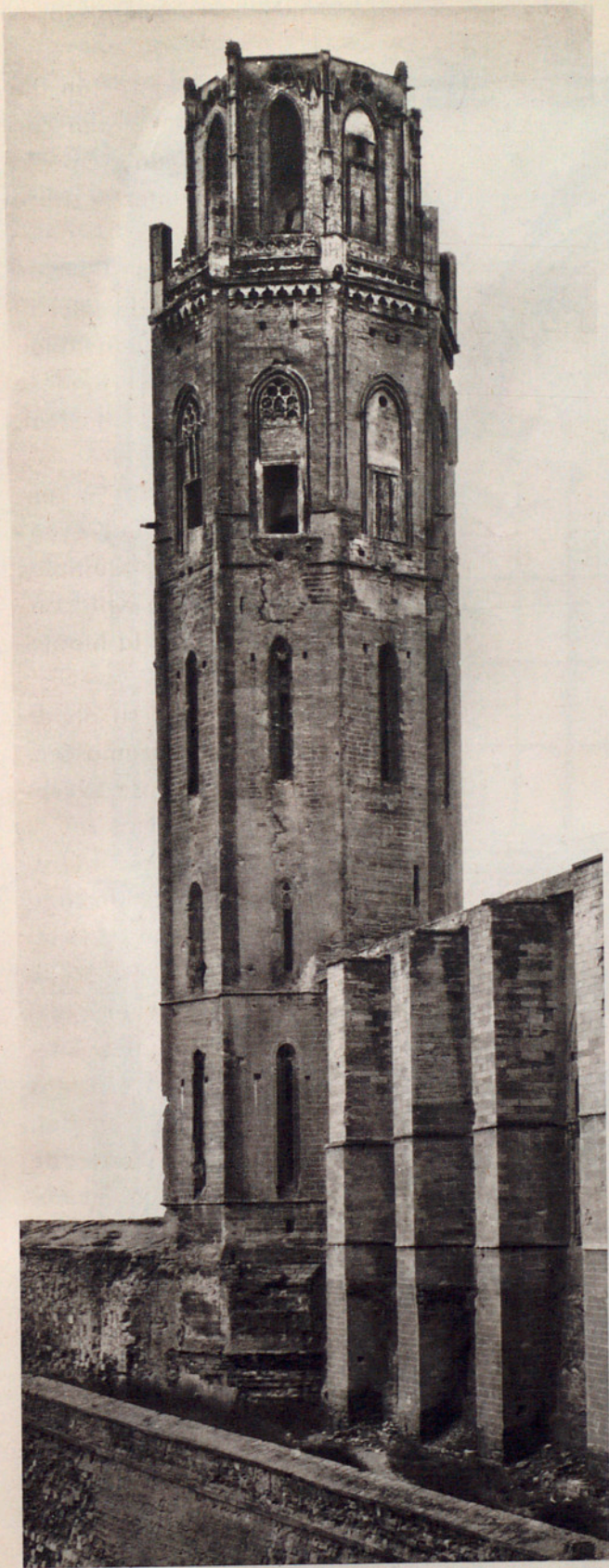
Complejo problema es el del origen de estos campanarios catalanes. Octógonos son también muchos de los que acompañan a iglesias del mediodía de Francia, derivados del levantado sobre el crucero de San Saturnino de Tolosa, pero suelen estar abiertos por múltiples arcos. La existencia de campanarios octogonales de ladrillo en Aragón, en el siglo XIII, consecuencia tal vez de alminares desaparecidos de la misma región, puede justificar la hipótesis de su procedencia de esas torres islámicas.

En el siglo XIV las austeridades de San Bernardo estaban ya bien lejanas; su olvido permitió engalanar la iglesia del monasterio de Poblet con un cimborio sobre el tramo central de su crucero que, aun inacabado y con reformas y adiciones, es obra gótica de excepcional finura y esbeltez. Debió comenzar el abad Copons (1316-1348) hacia fines de su gobierno. Se eleva sobre un pedestal ochavado, con contrafuertes salientes en los ángulos, revestidos de arquerías ciegas con gabletes; en la cara externa del extremo superior de cada contrafuerte se ve el copón coronado con las serpezuas, emblema del citado abad. Un elegante ventanal con dos maineles y fina tracería de cuadrilóbulos dentro de círculos, ocupa cada paño; encima iba el consabido gablete, que no llegó a terminarse. La muerte del abad Copons, con otros muchos frailes, a consecuencia de la peste negra, dejaría interrumpida la obra. Más tarde, en fecha ignorada, se remató con una galería de tres arcos agudos, de ladrillo, por frente, y modernamente añadióse una cubierta de tejas piramidal.

Contemporáneo será el más sencillo levantado en el penúltimo tramo de la nave de la iglesia cisterciense de Vallbona de las Monjas (fig. 98), en tiempo de la abadesa doña Elisenda de Copons (1340-1348).

En la planta del proyecto, no realizado, de Antonio Guasch, en 1345, para la catedral de Tortosa, figura un cimborio octógono, sobre trompas con tres nervios, cubriendo el tramo central del crucero.

En el último tramo de la nave mayor de la catedral de Barcelona, proyectóse en 1418 elevar otro cimborio. Las obras, comenzadas en 1422, quedaron interrumpidas en 1428; en 1430 se colocaba una cubierta provisional de madera. Cuatro grandes arcos sostienen otras tantas trompas de ángulo, formadas por bóvedas de crucería triangulares. Sobre el octógono así obtenido proyectóse levantar una linterna, calada en su parte baja por un triforio, continuación del del templo; encima iban ocho enormes ventanales, de cuyos arranques no pasó la construcción.



Figs. 187 y 188. — TORRES DE LAS CATEDRALES DE LÉRIDA Y VALENCIA (EL MIGUELETE).

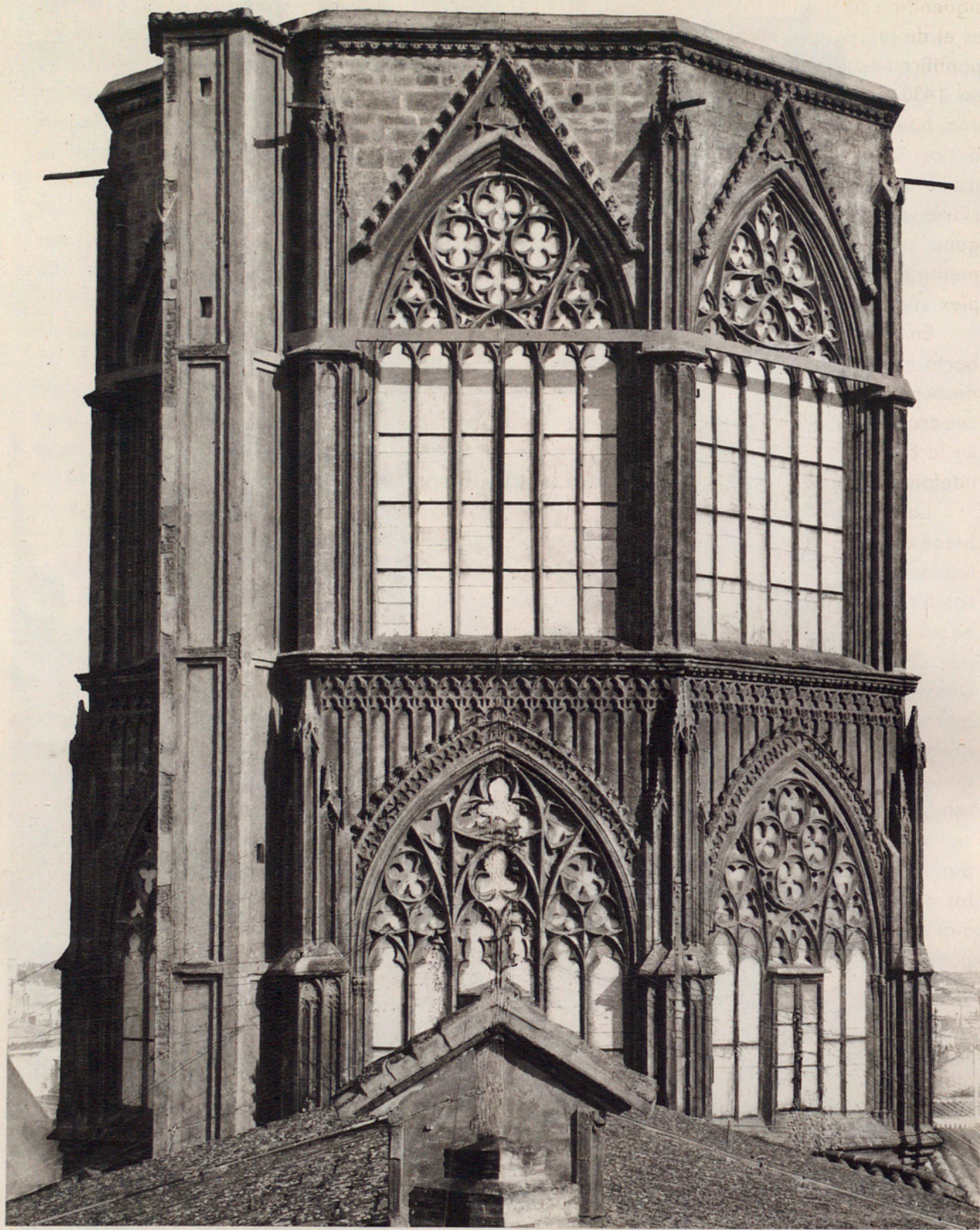


Fig. 189. — CIMBORIO DE LA CATEDRAL DE VALENCIA.

El cimborio más monumental, aunque no el de mejor traza de estos levantinos, que prosiguen la tradición de los de las catedrales de Tarragona, Lérida y de San Cugat del Vallés, es el de la Seo de Valencia, levantado sobre el tramo central de su crucero. Existía ya en el pontificado del obispo Blanes (1356-1369); en 1380 se realizaban reparaciones en su terraza; en 1430 dirigía otras el maestro Martín Llobet. Descansa en trompas cónicas y lo cubre una bóveda de crucería. Tiene dos órdenes de grandes ventanales que ocupan el ancho de los paños y hacen de esta linterna una obra ligerísima, totalmente calada. Complicadas tracerías aseguran las placas de alabastro que cierran los vanos. Refuerzan sus aristas exteriores delgados estribos moldurados; las ventanas altas tienen gabletes con *crochets*. Ninguna relación guarda esta aérea linterna, levantada hacia mediados del siglo XIV — momento en el que en Levante estuvieron en auge — con el pesado templo que se extiende a sus pies (fig. 189).

En los últimos años del siglo XIV, o en los primeros del XV, fué construído el cimborio de la iglesia del monasterio de Guadalupe, disfrazado hoy interiormente por una decoración posterior. Sobre el tramo central del crucero pásase por trompas de la planta cuadrada a la octogonal de la linterna, cubierta con bóveda de ocho nervios convergentes en la clave. En cada paño hay una ventana con tracería. Las cúpulas de las capillas de San Ildefonso y San Gil, en la catedral de Toledo, servirían de modelo a la del templo jerónimo.

La catedral de Santiago de Compostela tiene una linterna gótica sobre el crucero, en el lugar en que se proyectó otra románica. La dió comienzo Sancho o Sueiro Martínez en 1384, habiéndose terminado en 1445. Es octógona, sobre arcos esquinados y con ventanales en sus frentes.

DEPENDENCIAS DE CATEDRALES Y MONASTERIOS. — **Claustros.** — Algunos de los claustros construídos durante el siglo XIV y aun en el XV siguieron repitiendo con arcaísmo extremado las formas pesadas de los románicos, con sus pequeños arcos, de medio punto o agudos, sostenidos por parejas de columnas, descansando en un basamento. Así son los gallegos de las órdenes menores de San Francisco de Orense y de Lugo, fechado en 1452 este último.

Algo antes de terminar el siglo XIII empezó a modificarse la estructura de los huecos por los que abrían las galerías del claustro al patio o jardín que suele ocupar su centro. A las aberturas caladas en el grueso del muro, sustituyeron grandes ventanales, comprendiendo todo el tramo de estribo a estribo, subdivididos por tracería. Cada ventanal corresponde a un tramo de bóvedas de ojivas de las galerías. Arcos y nervios arrancan de columnas del lado de los ventanales y casi siempre de ménsulas en el frontero. Éstas, lo mismo que los capiteles, suelen tener decoración vegetal y representaciones humanas, constituyendo un rico repertorio escultórico apenas estudiado. Acredita el uso de tracerías en el tránsito del siglo XIII al XIV su empleo en los sepulcros reales de Santas Creus; el de Pedro III el Grande se labró de 1291 a 1307 y el de Jaime II y Blanca de Anjou, de 1312 a 1315. Son análogas a las de los claustros.

En los primeros años del siglo XIV levantábase el claustro de la catedral de Lérida, emplazado en situación anómala, a los pies de la iglesia. El rey Jaime II ordenaba entregar en 1310 piedra de la cantera de Gardeny para su construcción, y en 1335 se recogían limosnas *pro maximo et sumptuoso opere claustris ecclesie cathedralis*. Su autor fué proba-

blemente Pere de Prenafeta, lapicida del castillo de Lérida, al que en 1312 Jaime II encargaba, en unión de Bertrán Riquer, la construcción del último de los citados sepulcros; tal vez fuese hijo de un Petrus de Pennafreita († 1286), maestro de la obra de la iglesia de Lérida, enterrado en su claustro (fig. 190).

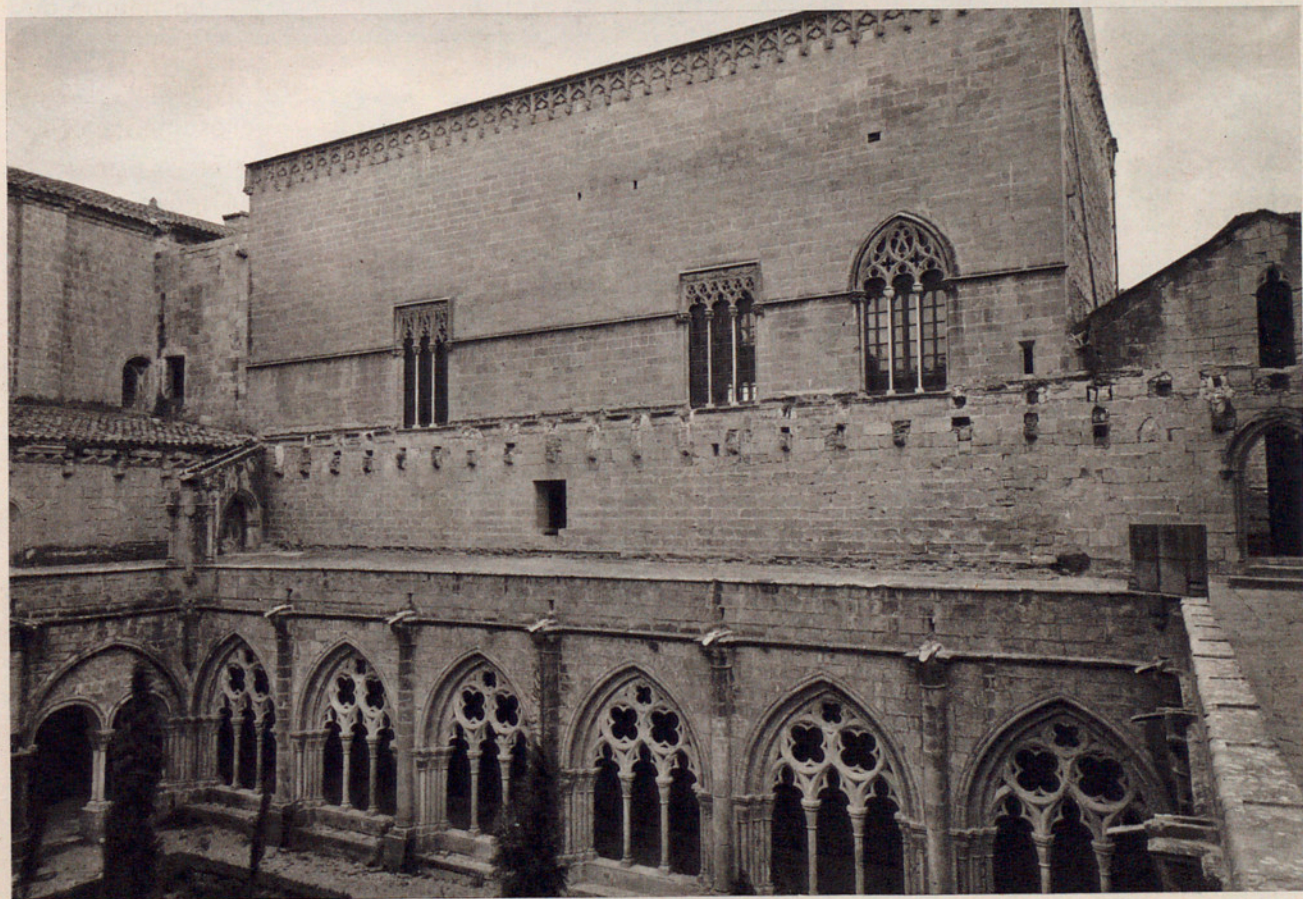
No sólo es excepcional en el claustro leridano su emplazamiento, sino la altura de sus arcos. Su planta es un cuadrado algo irregular, con tres grandes arcos agudos de 9 metros de luz y cerca de 10 de altura en cada lado, separados por fuertes estribos, apeados en columnas gemelas. La tracería, de la que han aparecido restos, dividía los arcos en ocho huecos por medio de siete columnillas, sobre las cuales iban dos arcos agudos y en el interior de cada uno otra pareja; en los tímpanos de todos, la tracería dibujaba rosas lobuladas. La galería contigua a la iglesia es, como de costumbre, la más antigua. El muro de fondo de la meridional se abría por enormes ventanales al dilatado panorama del valle del Segre, situado a sus pies. El efecto en el siglo XIV, cuando el claustro estuviera acabado, sería extraordinario.

En el claustro de Poblet se trabajó durante el siglo XIII, pero una donación testamentaria del noble Berenguer de Puigvert, en 1297, por la que legó para la obra de aquél y del dormitorio el castillo de Puigvert, indica que no estaba terminado en esa fecha. Sus bóvedas más modernas son las inmediatas al ángulo noroeste, en cuyas claves hay unos escudetes triangulares, usados en Cataluña en el reinado de Jaime II. Las tracerías de los ventanales de las galerías de oriente, norte y occidente, con cuadrilobulados en los tímpanos, se labrarían en el siglo XIV, cuando la norte del claustro de Vallbona de las Monjas, en tiempo de las abadesas de Anglesola, cuyo escudo adorna una de las claves (fig. 191).

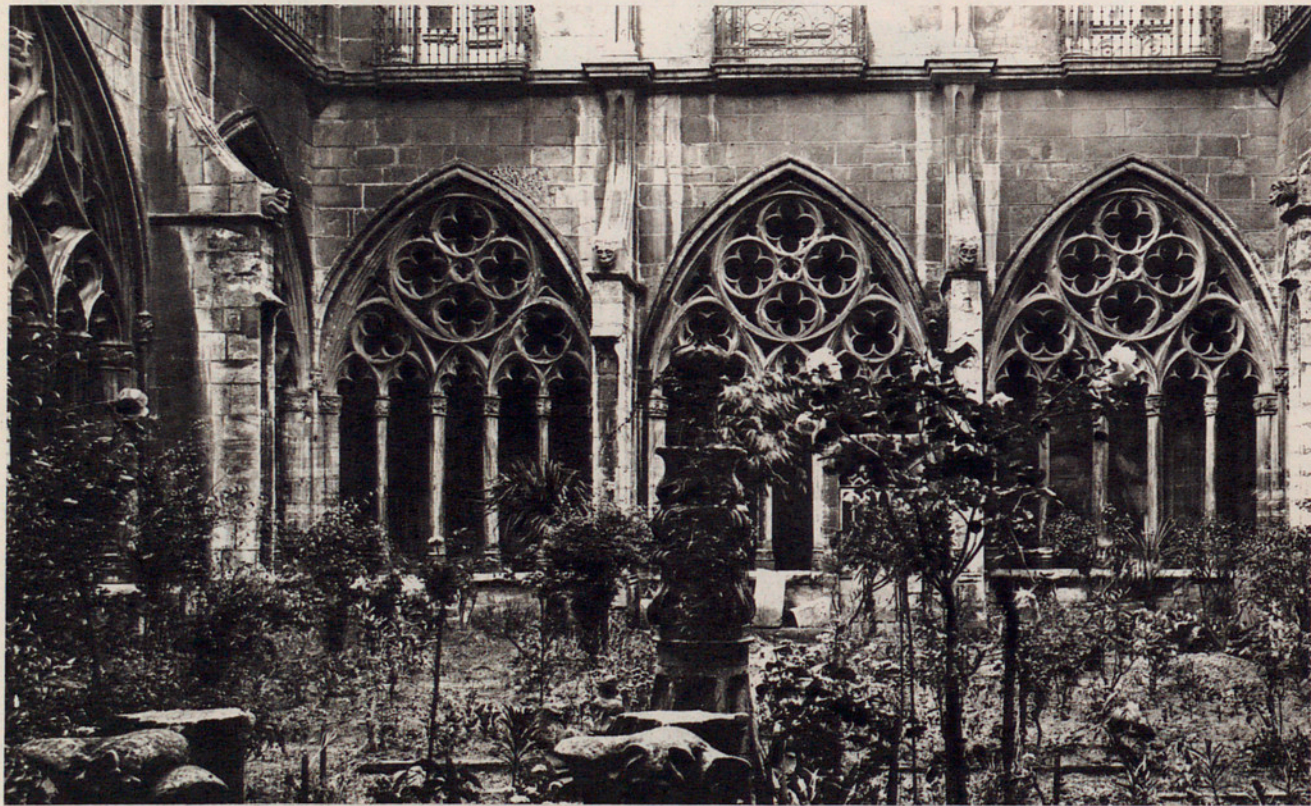
Según antiguas memorias del monasterio de Santas Creus, se puso la primera piedra de su claustro en 1313 y fué terminado en 1341. Jaime II contribuyó generosamente a su construcción en 1326. Cinco años después bendijéronse la sala capitular y el claustro; el dato ha de referirse al ala oriental, en la que está, como de costumbre, la primera, y a la norte inmediata a la iglesia, la tracería de cuyos arcos, aunque destrozada, se ha podido reconstruir; combinábanse en sus tímpanos rosas cuadrilobuladas y treboladas. En 1332 el abad y el monje obrero contrataban con el lapicida inglés maestro Raynardus dez Fonoyll las obras del claustro, del refectorio y de otras dependencias; a sus órdenes trabajaron picapedreros indígenas.

En la nave del claustro inmediata al refectorio — la meridional — varía el dibujo de las tracerías de sus arcos respecto de las aludidas. A base de los mismos temas, las molduras que los forman y que en aquéllos eran independientes, se enlazan y prolongan unas en otras, iniciando las curvas y contracurvas características del arte flamígero. Pero donde éste aparece ya plenamente desarrollado es en las tracerías de la nave de poniente, seguramente la construída en último lugar.

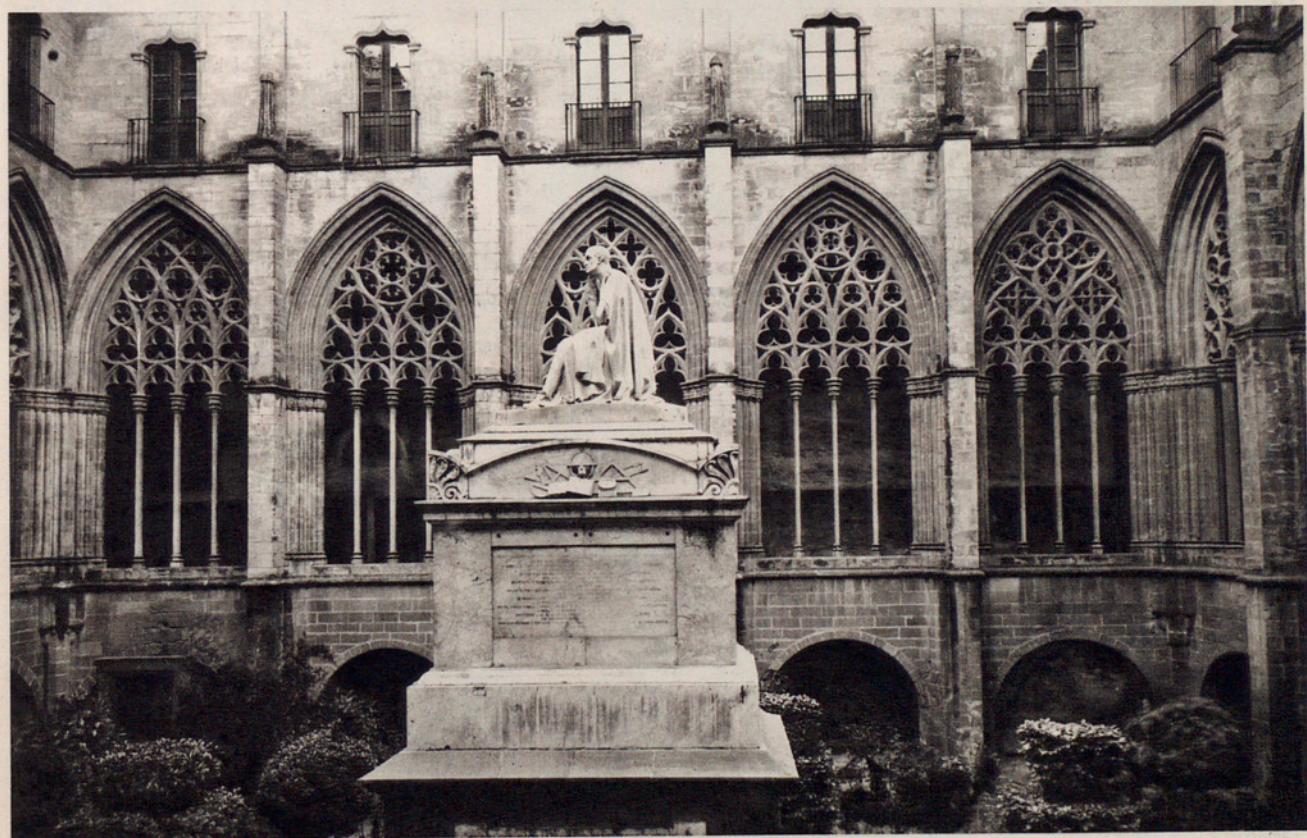
Cierran los ventanales del ala occidental del claustro del monasterio de Rueda — las otras tres son del siglo XIII —, en una de cuyas bóvedas figura la fecha de 1350, tracerías de dobles arcos con círculos cuadrilobulados y sexquilobulados en sus tímpanos. Los escudos de las claves del claustro del monasterio, también cisterciense, de Benifazá, lo fechan en el abaciazo de fray Pedro de Torres (1359-1379); el de La Oliva, de la misma Orden, tiene bellas y ligeras tracerías, con círculos de cuatro y seis lóbulos en los tímpanos, encerrados algunos en triángulos curvilíneos.



Figs. 190 y 191.—CLAUSTROS DE LA CATEDRAL DE LÉRIDA Y DEL MONASTERIO DE POBLET.



Figs. 192 y 193. — CLAUSTROS DE LAS CATEDRALES DE BURGOS Y OVIEDO.



Figs. 194 y 195. — CLAUSTROS DE LAS CATEDRALES DE PAMPLONA Y VICH.



Fig. 196.—CLAUSTRO DE LA CATEDRAL DE BARCELONA.

Uno de los más importantes y ricos entre los claustros del siglo XIV es el de la catedral de Burgos, empezado tal vez en los últimos años del anterior. Tiene dos plantas, disposición obligada por la pendiente grande del solar en que el templo se edificó. En el año 1324 se utilizaba para las procesiones. Las tracerías del piso inferior son modernas e ignórase su grado de autenticidad; en las del alto, sencillas, un mainel central apea dos arcos, subdivididos a su vez en otros dos, con tres rosas cuadrilobuladas en los tímpanos. Las galerías más sencillas y antiguas son la occidental y la norte (fig. 192).

Para construir la sala capitular de la catedral de Oviedo, hizo un donativo su obispo don Fernando Alonso Peláez (1296-1301); por entonces o poco después se emprendería la edificación del claustro, cuya continuación ayudó con una importante cantidad Alfonso XI, con motivo de su visita a Oviedo en 1345. Está inspirado directamente en el de la catedral de Burgos (fig. 193). Copia simplificada de éste es también el pintoresco de la iglesia de Sasamón. De 1324 a 1400 se levantó el de la catedral de Vich por Ramón Despuig (1324-1339), Bartolomé Ladernosa (1337-1359) y Antonio Valls (1388-1400). En los tímpanos de sus grandes arcos se combinan círculos cuadrilobulados y triángulos curvilíneos, cuyas prolongaciones se entrecruzan para formar otros triángulos. Las columnillas que los sostienen son de sección cuadrilobulada, típica del arte catalán contemporáneo (fig. 195).

El maestro Benito Sánchez levantó en el siglo XIV el ala noroeste del claustro de la catedral de Ciudad Rodrigo, en el que fué enterrado.

En la primera mitad del mismo comenzó el obispo Arnaldo de Barbazán (1317-1355), la renovación de las dependencias de la catedral de Pamplona por el ala norte del claustro, la adyacente al templo románico, reconstruída posteriormente, sin duda por el deterioro sufrido al caerse aquél en 1390. Se conserva el ala oriental, levantada en la primera mitad del siglo XIV por dicho prelado, poco después de construir la magnífica sala capitular que aun lleva su nombre. Las finísimas tracerías de los ventanales dibujan cuatro arquillos, comprendida cada pareja dentro de otro, y en los tímpanos hay los consabidos círculos, con seis y ocho lóbulos (fig. 194).

Bertrandus Rocha comenzó en 1382 el claustro de la catedral de Barcelona, proseguido hasta 1423 por Bartolomé Gual y terminado en 1448 por Andrés Escuder. Sus esbeltos arcos, desprovistos de tracería, descansan sobre robustos pilares, flanqueados de columnillas con capiteles que se prolongan para formar un friso continuo en el que hay finísimos trozos de escultura. Tiene en uno de sus ángulos una fuente, cobijada por un gallardo templete. (figura 196).

También carecen de tracerías los arcos del claustro de la catedral de Toledo, cuya primera piedra, según los *Anales Toledanos*, puso en 1389 el arzobispo don Pedro Tenorio, cuyo escudo figura en las claves de sus bóvedas; la construcción duró, por lo menos, hasta 1425; su primer maestro fué Rodrigo Alfonso. Cada una de las cuatro galerías se abre hoy por cinco grandes arcos a un pintoresco jardín.

Constituyen grupo aparte los claustros no abovedados, de arcos pequeños y seguidos, abiertos en un muro, siguiendo la tradición románica, muy abundantes en Cataluña, algunos con columnas de ligereza y esbeltez extremadas. Columnas y arcos de casi todos se hicieron en serie y proceden de las canteras de Urgel, cuya excelente piedra caliza permitió el desarrollo en los siglos XIV y XV de una próspera industria de cantería, cuyos productos llegaron hasta lugares lejanos. Los fustes, muy finos, tienen sección cuadrilobulada y los

capiteles casi siempre dos filas de hojas. Los arcos de algunos de estos claustros son agudos y lisos; otros complican el trazado de su intradós con varios segmentos de circunferencia. A este último tipo pertenecen: los de Santo Domingo de Gerona, una parte del cual, según una lápida, fué construído por fray Geraldus, fallecido en 1286 (fig. 197); el bellissimo de San Francisco de Palma de Mallorca (fig. 198); el del monasterio de Casbás, y el atrio de Santa María la Real de Olite, cuyos arcos son casi idénticos a los del claustro de los agustinos de Tolosa, obra de hacia el año 1341 (fig. 176). Más monótonos son los claustros de arcos seguidos lisos, entre los que destaca el del monasterio de Pedralbes, que forma con la iglesia un espléndido conjunto monumental. Consta de dos pisos y se labró en el siglo XIV (fig. 199). También tiene dos plantas el de Junqueras en Barcelona, trasladado de su primitivo emplazamiento, cuya construcción comenzó hacia 1366 con donativos de Pedro IV el Ceremonioso; su autor fué tal vez Bartolomé Gual, que en 1425 consta intervenía en obras secundarias del mismo. El de Montesión, en Barcelona, terminóse en 1423. Del siglo XV son también el de Santa Ana, en la misma ciudad, y el del monasterio de San Juan de las Abadesas (1445).

Salas capitulares y refectorios. — En el siglo XIV se desarrolló en las catedrales el tipo de sala capitular de planta cuadrada con trompas en los ángulos, cubierta con bóveda octogonal de nervios, según disposición antes descrita de las de Salamanca y Plasencia, en el siglo anterior, y, en el tránsito de los dos, en la de la catedral de Ávila. En las bóvedas de las del XIV se aumentó el número de nervios, añadiendo a la vez terceletes.

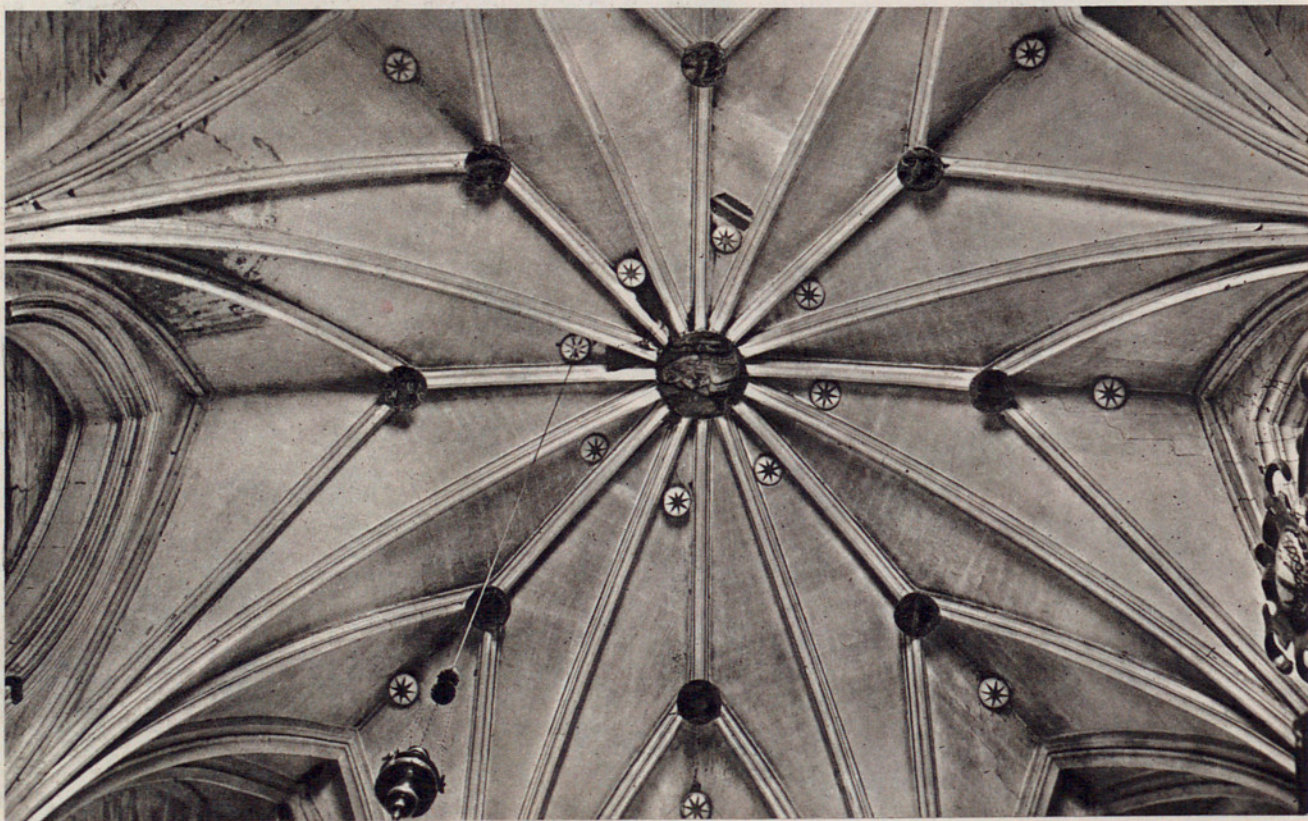
La sala capitular de la catedral de Burgos se mandó construir expresamente con dicho objeto en 1316; para llevarlo a cabo el obispo don Gonzalo pedía en 1315 el derribo de unas casas. En 1354 se celebró “en el Cabildo novo que es en la Claustra nueva”, la primera reunión capitular. Tiene elevada y bella bóveda estrellada, de planta octogonal; además de los nervios que unen la clave a los vértices, hay otros intermedios, cuyos extremos recogen un par de ligaduras antes de llegar a los lados del perímetro. Las trompas son de tres nervios en forma de Y, es decir, de medias bóvedas de ojivas algo prolongadas. Arcos formeros y nervios arrancan de ménsulas grandes, de excelente escultura, con representaciones religiosas.

El tipo hizo escuela y se repitió en las catedrales de Oviedo, Pamplona, Valencia y Barcelona y en la colegiata de Roncesvalles. El obispo de Oviedo don Fernando Alonso Peláez (1296-1301) concedió un donativo para la construcción de la sala capitular de su catedral.

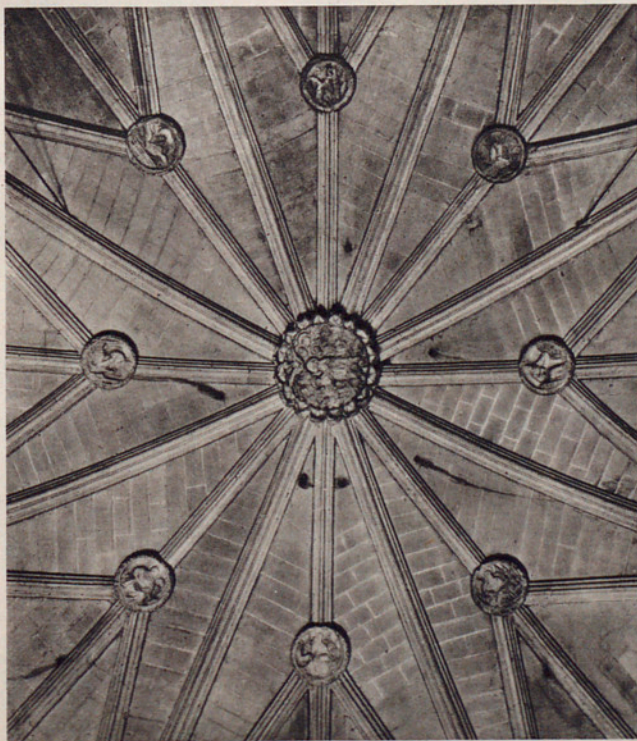
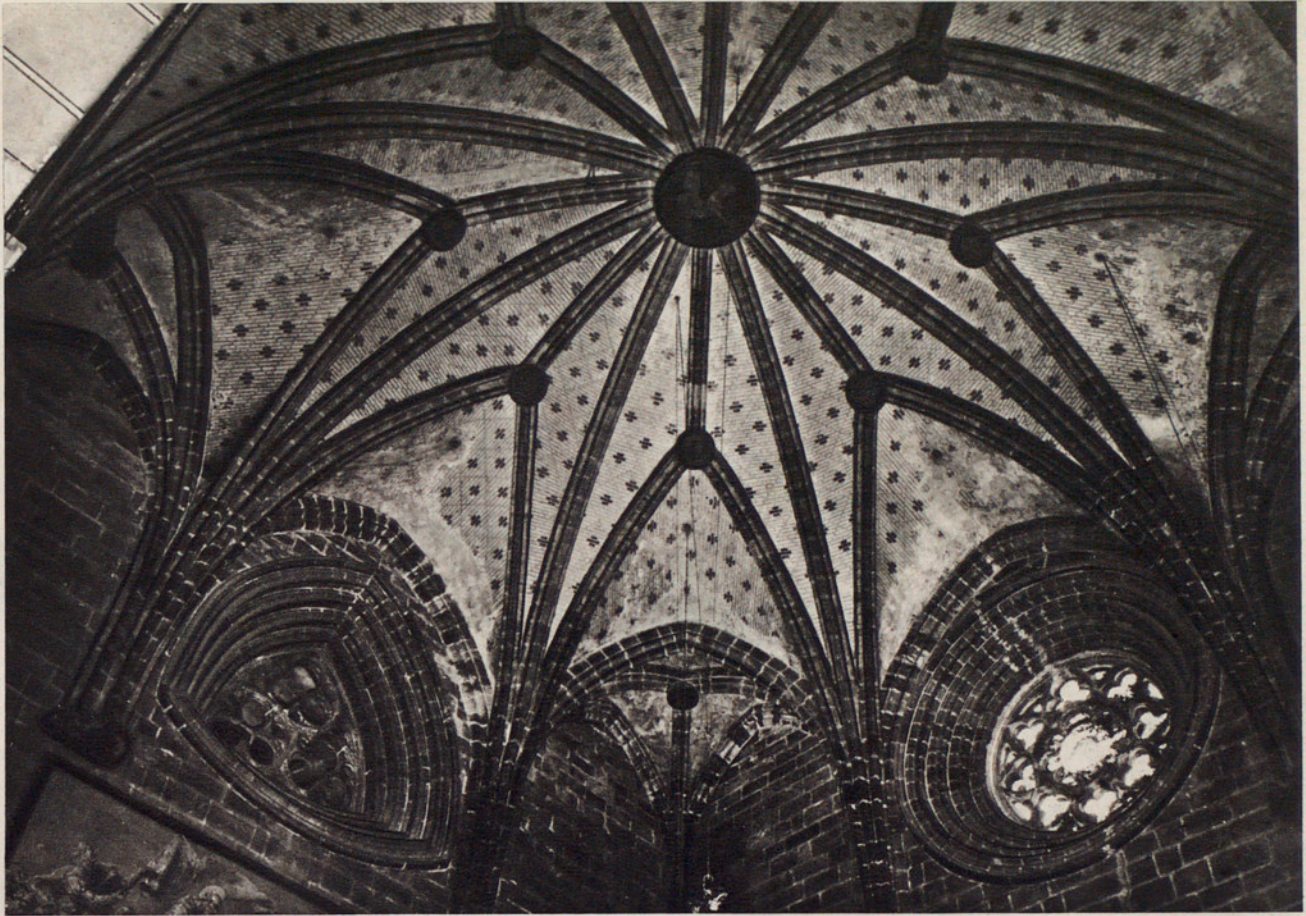
La de la catedral de Pamplona, llamada capilla Barbazana por haberla construído el obispo Arnaldo de Barbazán (1317-1355), oriundo de Francia, para ese fin y el de servirle de sepultura, compite con la de Burgos en belleza y monumentalidad. En la “cámara nueva de la iglesia”, dice un documento de 1319 haberse celebrado una reunión capitular presidida por el citado obispo; si, como parece, se trata de la capilla Barbazana, su construcción fué en fecha temprana del siglo XIV. De planta cuadrada, de 14,20 metros de lado, forma un elevado cuerpo que destaca sobre los inmediatos, con galería alta de finos arquillos trebolados y pináculos piramidales sobre los estribos. También la buena talla de sus ménsulas es de importancia para el estudio de la escultura española contemporánea. Problema a resolver es si esta sala y la de Burgos derivan una de otra o ambas proceden de modelos transpirenaicos. La de Pamplona copióse en la colegiata de Roncesvalles, más reducida y pobre-



Figs. 197 y 198. — CLAUSTROS DE LOS CONVENTOS DE SANTO DOMINGO DE GERONA Y SAN FRANCISCO DE PALMA DE MALLORCA.



Figs. 199 y 200. — CLAUSTRO DEL MONASTERIO DE PEDRALBES. BÓVEDA DE LA CAPILLA BARBAZANA EN LA CATEDRAL DE PAMPLONA.



Figs. 201, 202 y 203. — BÓVEDAS DE LAS SALAS CAPITULARES DE LAS CATEDRALES DE VALENCIA Y BARCELONA. REFECTORIO DE LA CATEDRAL DE PAMPLONA.



Figs. 204 y 205. — SALÓN DEL "TINELL" DEL PALACIO REAL DE BARCELONA. ESCALERA EN EL PATIO DEL PALACIO REAL DEL MONASTERIO DE SANTAS CREUS.

mente; el ventanal de su muro de occidente ostenta una tracería flamígera reticulada de dibujo muy inglés. Tiene la última 12 metros de lado y 21 de altura y ha sufrido grandes restauraciones (fig. 200).

La sala capitular de la catedral de Valencia construyóse de 1356 a 1369. Está emplazada a los pies de la iglesia, del lado de la epístola, probablemente por no permitir las calles y edificaciones inmediatas la colocación acostumbrada. Como las anteriores, su planta es cuadrada, de 13 metros de lado y 16 de altura, convertida en octogonal mediante arcos esquinados (fig. 201).

Arnau Bargués, cuyo nombre empieza a figurar en documentos de la catedral de Barcelona en 1397, fué el autor de su sala capitular, iniciada entre 1405 y 1407, en finísimo estilo gótico, y cubierta con bóveda octogonal estrellada, análoga a las anteriores. La gran clave central se colocó en 1454. Su emplazamiento es semejante al de la catedral de Valencia, sin duda por los mismos motivos. No tiene la monumentalidad ni las felices proporciones de las de Burgos y Pamplona, y su molduración, algo monótona, carece de vigor, pero la enriquecen los relieves de sus claves, atribuidos a Juan Claperós (fig. 202).

Apenas si se conservan capítulos de monasterios franciscanos y dominicos. Los de algunos, siguiendo el modelo del de los Jacobinos de Tolosa, levantado de 1299 a 1301, tienen ábsides, como el bien trazado del monasterio de San Francisco de Plasencia. En el cisterciense valenciano de Benifazá hay otro construido en tiempos del abad Copons (1312-1316), cuyo escudo figura en las claves. Es una estancia cuadrada, dividida en dos partes por un arco transversal; cubre a la anterior una bóveda rectangular de ojivas y a la del fondo, cuyos dos ángulos del testero chaflanan trompas, otra de nervios arrancando de una clave central.

A la sala capitular de la catedral de Pamplona acompañan una serie de estancias, única en poseerlas entre las españolas del siglo XIV, admirablemente conservadas. Explica su existencia en el templo navarro haber continuado sus canónigos haciendo vida conventual hasta fecha avanzada. Son el monumental refectorio, amplia nave rectangular de 31 metros de longitud por 10,50 de ancho y unos 13 de altura, y la cocina inmediata. El primero está dividido en seis tramos, cubiertos con bóvedas de ojivas que, en unión de los arcos formeros y fajones, apean grandes ménsulas historiadas. En casi todos los tramos se abre un alto y estrecho ventanal y en el penúltimo de la izquierda se dispuso en el grueso del muro una escalerilla para subir a la tribuna del lector, cuya repisa volada cubren interesantes relieves, obra de un escultor de muy acusada personalidad. Hace pocos años apareció en los muros de este refectorio, que el padre Alesón juzgaba "cosa magnífica y de primorosa arquitectura", elogiado también por don Antonio Ponz, un letrero que dice se hizo en 1330 y lo pintó Juan Oliveri. En las claves de sus bóvedas labráronse el escudo de la casa de Evreux y las lises francesas (fig. 203).

Contemporánea será la gran cocina, ejemplar único en nuestro país. Es un recinto cuadrado, con chaflanes en las esquinas, cubierto por una bóveda poligonal muy peraltada con salida de humos en el centro por un esbelto pináculo perforado. En los cuatro ángulos hay cuatro chimeneas de análoga forma, pero de menores dimensiones. El tipo es francés, ampliación del desarrollado en los dos siglos anteriores, del que hay buenos ejemplares en España en los monasterios cistercienses de Santa María de Huerta, junto al magnífico refectorio antes descrito, y en el gallego de Sobrado.

EDIFICIOS CIVILES

Al espléndido brote de la arquitectura religiosa en Cataluña en el siglo XIV y en parte del XV acompañó el de las construcciones civiles, sin paralelo con las del resto de España. La actividad comercial y la riqueza consiguiente, la comunicación continua con el mediodía de Francia y con las repúblicas y ciudades italianas, crearon en Cataluña un deseo de monumentalidad y ornato urbanos desconocido en otras comarcas. El nuevo espíritu ciudadano, que levantaba y decoraba las capillas gremiales en la catedral y en los restantes templos, aspirando a realzar y aumentar la belleza de la ciudad, se manifiesta en la construcción de las primeras casas consistoriales de la Península, de nobles palacios para albergar los organismos administrativos y de gobierno, y, sobre todo, edificios los más representativos, desconocidos en el resto de España, de lonjas para la contratación comercial. El genio activo, práctico, emprendedor y comercial de las gentes del Levante español se manifestó admirablemente en estas grandes salas de las lonjas de Barcelona, de Palma de Mallorca y de Valencia.

Los monarcas de la dinastía aragonesa-catalana, cultos, amantes de la vida grata, aficionados a los jardines, fueron grandes constructores. La correspondencia de Pedro IV el Ceremonioso, el monarca al que se debe un cálido elogio de la Acrópolis de Atenas, revela preocupación hasta por los detalles más insignificantes de las muchas edificaciones que ordenó levantar. Durante su reinado, Barcelona se embelleció con gran número de importantes edificios.

En el palacio real de esa ciudad, inmediato a la catedral y en parte sobre la muralla, el citado monarca emprendió en 1359, entre otras obras, la de un gran salón, el del "Tinell", terminado totalmente en 1370 cuyos restos aparecieron por azar en 1936. Desde entonces fué el obligado escenario de todas las grandes solemnidades, sesiones de cortes, recepciones, asambleas, festejos reales, exposición de cadáveres de monarcas, etc. Dirigió la construcción el maestro Guillermo Carbonell.

Su planta es rectangular de 17,00 por 33,50 metros. Seis enormes arcos transversales de sillería, de medio punto, apeados en columnas adosadas a los muros, le dividen en tramos. Entre arco y arco se lanzaron otros escarzos muy anchos, adosados a los muros laterales; el resto se cubrió con un techo de vigas longitudinales, colocadas con una ligera inclinación para formar dos vertientes; de la gran azotea situada encima decía Martín I en 1404 que era *una de les belles coses que sien en tot lo Palau*. En el salón, entre los arcos y en la parte superior de los muros, abriéronse rosetones circulares. Tan sólo de la magnitud de este inmenso "palacio" puede formarse hoy idea, después de las recientes restauraciones; falto de la rica policromía de su techumbre, de las rajolas o azulejos valencianos de su solería, de las pinturas que cubrían sus muros y del lujoso mobiliario, inmenso y vacío, no conserva más que un pálido reflejo de su magnificencia medieval. Numerosos documentos aluden a otras estancias, de las que quedan escasos restos, y a obras y reparaciones en diversas épocas. Éste era el "palacio" de aparato, de vida pública y recepciones; para la íntima tenían los reyes, a partir de Pedro IV, otro desaparecido, llamado menor (fig. 204).

Acostumbraban los monarcas habitar en los monasterios reales. En los de Santas Creus y Poblet labraron palacios anexos en su interior. El de Santas Creus fué edificado por Jaime II y Pedro el Ceremonioso. Subsiste de él un pequeño y bello patio, admirable por la armonía de sus proporciones y la finura de los detalles constructivos y ornamentales. Las



Figs. 206 y 207.— PATIO DEL PALACIO EPISCOPAL DE TORTOSA. SALÓN DEL CONSEJO DE CIENTO EN LA CASA DE LA CIUDAD, DE BARCELONA.

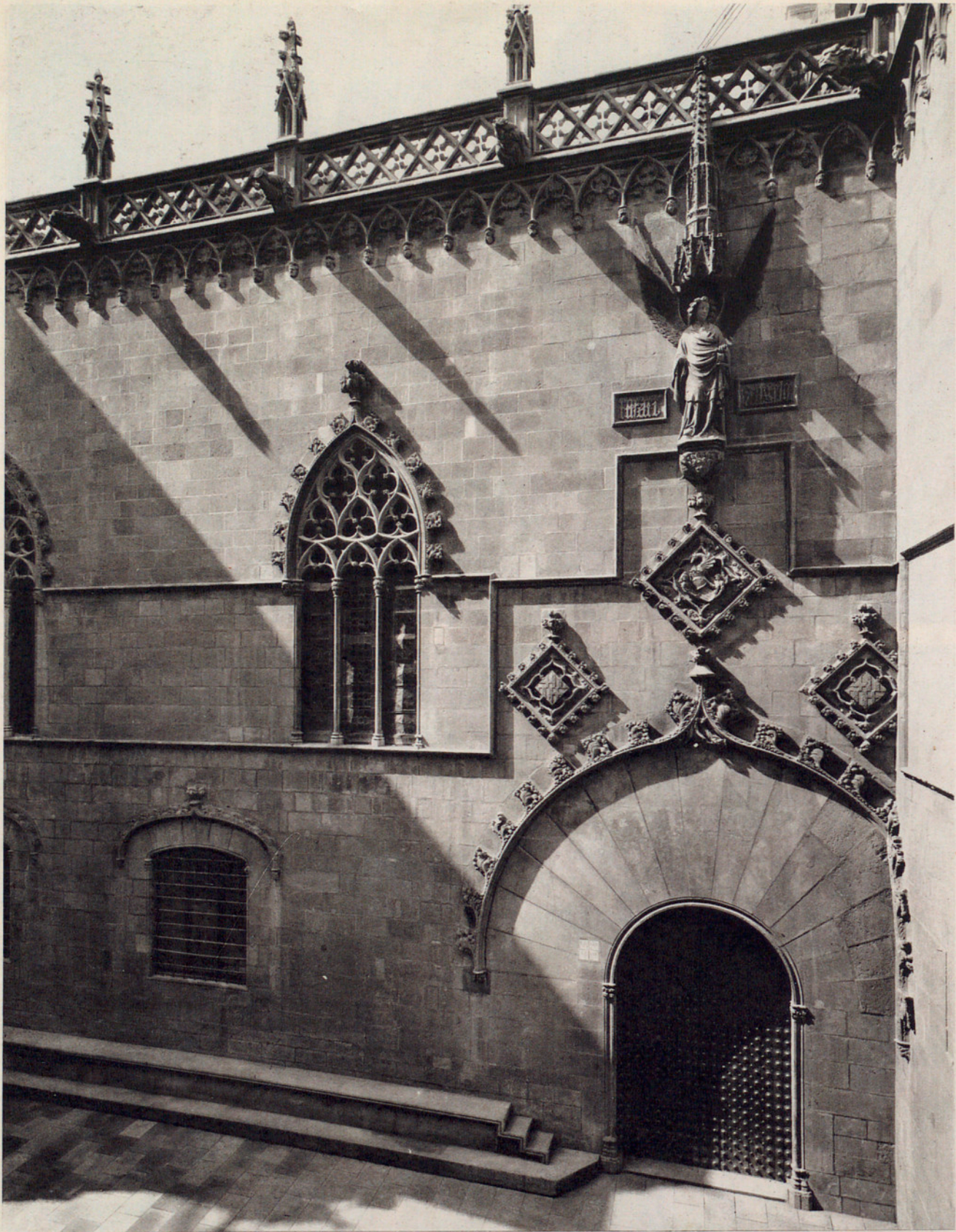


Fig. 208. — FACHADA DE LA CASA DE LA CIUDAD, DE BARCELONA.

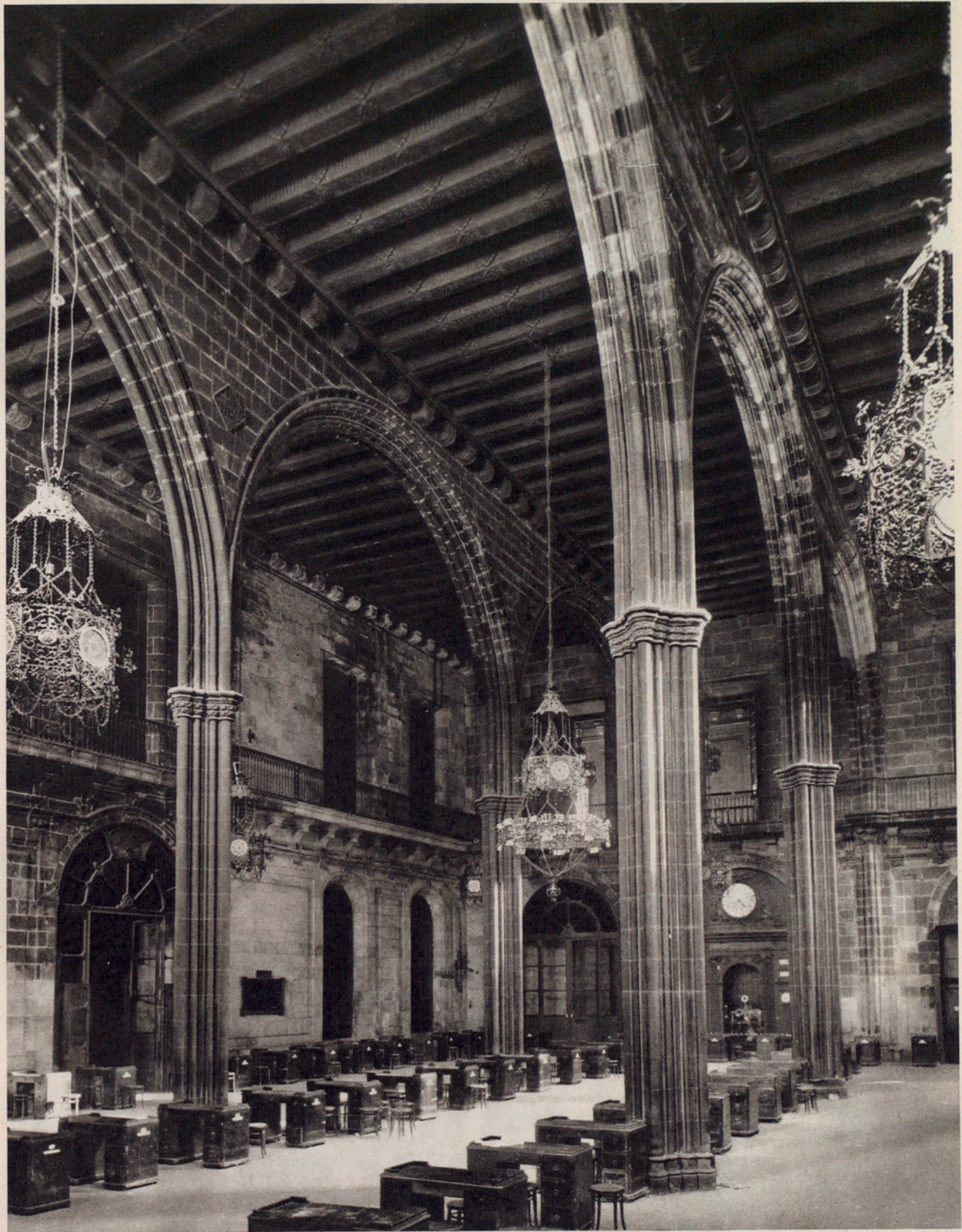


Fig. 209. — SALÓN DE LA LONJA DE BARCELONA.

REVISTA DE LA
DE LA HISTORIA ANTIQUA



Figs. 210 y 211. — INTERIOR DE LAS ATARAZANAS DE BARCELONA. PUENTE DE SAN MARTÍN EN TOLEDO.

columnas son de piedra de Gerona. Los techos de madera del vestíbulo y de las galerías altas conservan restos importantes de policromía. En los de las últimas se ven los escudos del abad Ferrara (1347-1375) y de la tercera mujer de Pedro IV, Leonor de Sicilia (1349-1375). Antes de 1375, el rey Pedro ordenó la fortificación del monasterio y el abad Ferrara se excusaba de hacerlo por no estar en condiciones económicas propicias, al haberse terminado hacía poco una construcción tan importante como era el palacio regio. El techo del vestíbulo ostenta el escudo del abad Porta (1380-1402) (fig. 205).

En 1392 comenzó la edificación del palacio de Poblet, al oeste del claustro grande, sobre la nave de los lagares, cerca de la Puerta Real. Interrumpióse al morir en 1410 don Martín el Humano, a cuya solicitud se debe. Autor fué el *magister domorum* Bargués. La estructura de las diferentes habitaciones es de arcos de piedra y techos de madera horizontales sobre ellos. Hay un patio del que parten dos escaleras voladas. Las ventanas tienen muy elegantes tracerías pétreas caladas, cuya riqueza contrasta felizmente con los grandes paños de sillería lisa de muros.

El palacio episcopal de Tortosa conserva un buen patio del tipo góticocatalán, con galerías en tres lados y escalera volada al descubierto. En la planta alta hay salones muy reformados y una elegante capilla con los blasones del obispo Prats, que rigió la diócesis de 1316 a 1340 (fig. 206).

Cataluña fué, por circunstancias ya dichas, una de las regiones de España en las que primero y con más intensidad se desarrollaron las instituciones municipales. El Consejo de Ciento (de cien jurados o asamblea general), principal organismo del gobierno de la ciudad, se reunía en los conventos de franciscanos y dominicos de Barcelona. En 1369 acordaron los consejeros construir un local ex profeso para sus asambleas. Tres años después se compró el solar y al siguiente tuvo lugar la inauguración de la sala, obra del maestro Pedro Llobet. De planta rectangular, forman su parte primitiva tres tramos de vigas horizontales — rehechas completamente en 1888 —, sostenidas en dos arcos transversales que contrarrestan estribos exteriores. Recibe luz por rosetones, abiertos en lo alto de los muros (fig. 207). Excepcional importancia tiene la fachada de esta casa del Consejo, una de las obras más bellas de la arquitectura catalana, contratada en 1399 con el maestro Arnau Bargués, que acababa de trabajar en el palacio real de Poblet, en colaboración con Francisco Marenya; se ejecutó de 1400 a 1402. La elegante y fina decoración escultórica de su cornisa, gárgolas y guarniciones de puertas y ventanas es obra del taller de Jordi de Deu (1400). De 1401 es la decoración de los techos de la entrada, escribanía y sala de elecciones. La fachada, algo más larga cuando se levantó, es un excelente ejemplo de la armonía conseguida por el contraste entre grandes paños de muros desnudos y fina y rica decoración concentrada en algunos lugares (fig. 208).

Bajo la sugestión de las *loggie* italianas nacieron las lonjas levantinas. La nueva construcción — decía el rey Ceremonioso en el documento por el que autorizaba en 1339 la cobranza de impuestos para levantar la de Barcelona, la más antigua de las existentes — serviría para que en ella se reuniesen los concellers de la ciudad y los mercaderes y tratasen de sus negocios, “lo mismo que se hace en diversas partes del mundo”. La lonja se levantará, añadía el monarca, “a honra del rey y para ennoblecer la ciudad”. Su emplazamiento fué a la orilla del mar, próxima al puerto antiguo. Se trabajaba en ella en 1352 y 1357. El maestro sería probablemente Pedro Llobet, autor de la sala del Consejo de Ciento,

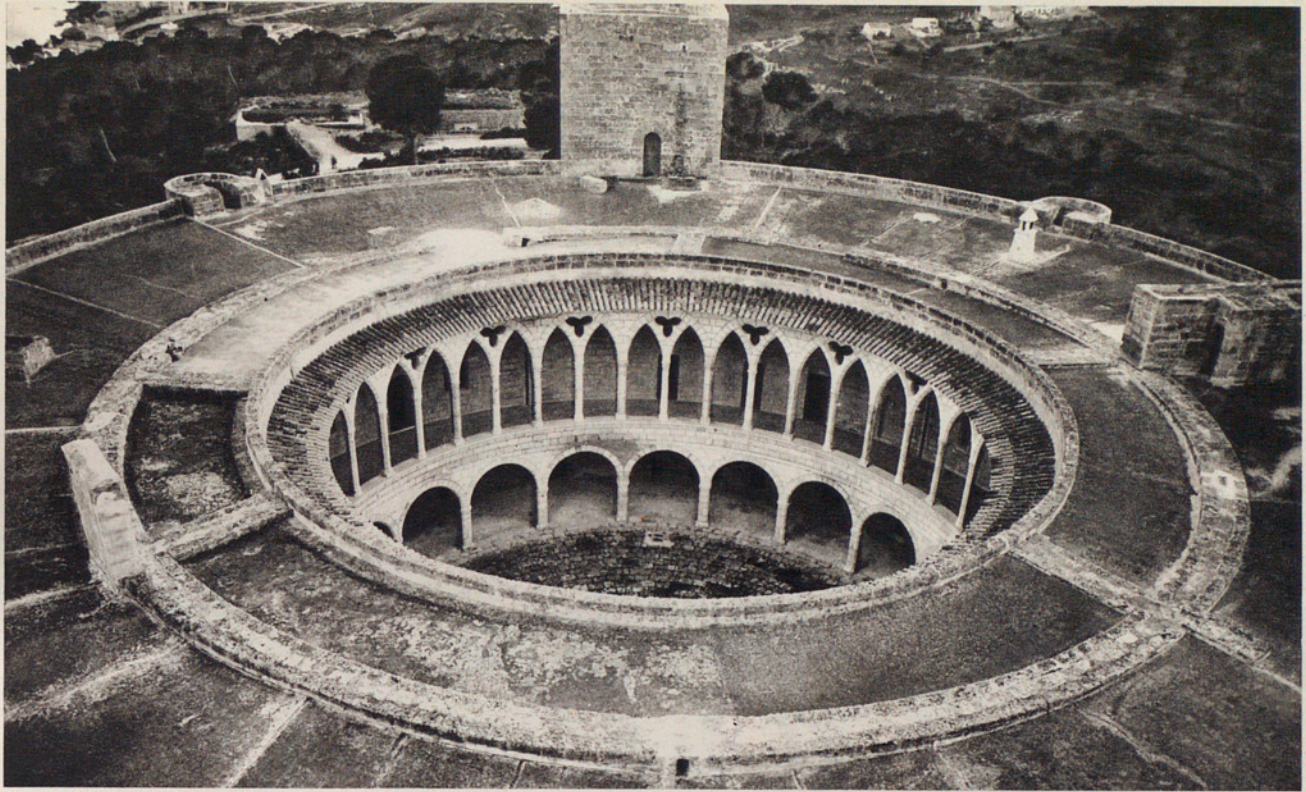
que en ese mismo año en el que consta se había comenzado la Lonja, lo era de la ciudad. Al siguiente hay noticia de una donación para construir una capilla en ella, cuya primera piedra se puso solemnemente en 1362. La guerra con Castilla en el tercer cuarto del siglo debió de ser causa de la interrupción de las obras. Terminada en 1380, Pedro el Ceremonioso autorizó de nuevo la construcción de una lonja en el mismo lugar, cuyas obras dieron fin, en su parte más importante, en 1392. Su arquitecto fué el maestro Pedro Arvey, asistente en 1386 a Gerona con motivo de la reunión consultiva celebrada en esa ciudad sobre las obras de su catedral.

Al período de 1380-1392 corresponde el gran salón de contrataciones, cuya estructura se conserva íntegramente. De planta rectangular, lo dividen en tres naves cuatro pilares, haces de finas columnillas o molduras que se corresponden con la molduración de los grandes arcos de medio punto — dos filas de a tres — a los que sirven de apoyo. Forman la techumbre vigas transversales, pintadas y doradas. En la parte baja de los muros laterales se abrían tres ventanas gemelas y en la alta otras tantas circulares. Los muros laterales de la sala se construyeron de suficiente grueso para contrarrestar los empujes de las dos arquerías que a ellos acometen, calando los espacios intermedios por una gran puerta en el centro y un alto ventanal a cada lado. Sobre el salón había un piso de habitaciones; la cubierta era piramidal, a cuatro vertientes, con almenas y grandes gárgolas de piedra en la cornisa. Obras posteriores, a partir de los últimos años del siglo XIV, alteraron el edificio, y, finalmente, en la segunda mitad del siglo XVIII, reconstruyóse en estilo neoclásico, pero conservando acertadamente el gran salón, aunque modificando los muros y huecos de su perímetro. Tiene 33 metros de longitud por 21 de ancho y más de 16 de altura. Inspiráronse sus arcos y apoyos en los de las naves de la catedral de Barcelona. Prodigio de elegancia y ligereza, alienta en él la misma afición a los grandes espacios diáfanos que en todos los edificios de la arquitectura medieval catalana (fig. 209).

La lonja de Tortosa se levantó en la rambla de la ciudad de 1368 a 1373. Es un edificio muy sencillo, de planta rectangular, al que divide un muro calado por tres arcos que comunican ampliamente sus dos naves. Uno de los testeros está cerrado, pero los restantes muros exteriores ábrense por grandes arcos agudos. La cubierta es de madera, a cuatro aguas. Esta modesta lonja, centro de transacciones comerciales, construcción pintoresca y práctica, no deriva, como se ha afirmado, de las alhóndigas o *fundaques* musulmanes, edificios formados por un patio con naves y galerías en torno; su ascendencia italiana es más verosímil.

De los hospitales catalanes anteriores al siglo XV apenas si quedan huellas; serían construcciones modestas, parecidas a las viviendas, sin ninguna monumentalidad. El de Esplugas de Francolí, de caballeros de San Juan de Jerusalén, tenía un patio cuadrado y una reducida escalera en un ángulo. Alrededor estaban las diversas dependencias, con las salas de los enfermos enfiladas. Muros y una torre protegían el de Olesa de Bonesvalls. El del Infante o del Coll de Balaguer tenía seis torres y elevados muros. La capilla era siempre independiente de las salas de los enfermos, cubiertas éstas en planta alta con arcos transversales de piedra y techumbre de madera a dos aguas sobre ellos.

Barcelona tuvo en el siglo XIV una importante atarazana, en la que se construían y reparaban las galeras y se guardaban durante el invierno. Consistía en varias naves, separadas por pilares de apeo de grandes arcos, según modelo musulmán que Cataluña tal vez no recibió directamente, sino a través de Italia. Atarazanas hubo en Barcelona por lo



Figs. 212 y 213.—CASTILLOS DE BELLVER, EN PALMA DE MALLORCA, Y DE ALBALATE DEL ARZOBISPO.



Figs. 214, 215 y 216. — RUINAS DEL CASTILLO DE VALDERROBLES. PUERTA FORTIFICADA DEL MONASTERIO DE PIEDRA. PUERTA ALTA Y MURALLAS DEL RECINTO DE DAROCA.

menos desde la primera mitad del siglo XIII. Las reconstruyó Pedro el Ceremonioso a partir de 1378, rodeándolas de muros y torres para que las galeras estuvieran resguardadas de enemigos. En 1381 se terminaban ocho naves, en las que podían quedar a cubierto el mismo número de galeras, y en el año siguiente proyectábase levantar otras tantas, dejando entre éstas y las primeras, según disposición real, un patio más ancho que una galera. El maestro de las obras fué Arnau Ferrer y Joan Janer el carpintero. Se conservan algunas de las naves del siglo XIV, obra grandiosa por su magnitud; las dividen arcos transversales, trasdosados angularmente, sobre los que carga la cubierta de madera a dos aguas, disposición idéntica a la de las atarazanas barcelonesas del siglo XIII levantadas por el abuelo de Pedro el Ceremonioso (fig. 210).

Los puentes inmediatos a las villas tenían en la Edad Media torres fuertes para impedir el tránsito a los enemigos. Casi todos han perdido en época moderna esas fortificaciones. Un torreón central conserva el pintoresco que cruza el Ebro al pie de la villa, hoy muerta, de Frías. Torreones en sus extremos tiene, aunque restaurados en época posterior, el de San Martín de Toledo (fig. 211), construído o reparado por el arzobispo Tenorio a fines del siglo XIV; es copia del de Alcántara. El mismo prelado levantó también el del Puente del Arzobispo, con torre a la entrada y a la salida, como los toledanos.

CONSTRUCCIONES MILITARES

La mayoría de las fortalezas ruinosas que coronan los cerros por cuyas laderas se extienden los barrios más antiguos de las villas y ciudades españolas, se levantaron en los siglos XIV y XV; excepto las andaluzas y levantinas, no vieron a su pie más moros que los sometidos, es decir, los pacíficos mudéjares. Construyeron algunas de esas fortificaciones los monarcas para sujetar a una nobleza con frecuencia rebelde; otras, los nobles, como orgullosa manifestación de poderío y lugares de resistencia en rebeliones contra el rey o en luchas con otros señores.

De la abundantísima serie de castillos y murallas repartidos por nuestro suelo tan sólo mencionaremos algunos de los más importantes y característicos. No presentan grandes novedades que demuestren progreso en el arte de la defensa. Junto a las torres cilíndricas y cuadradas se encuentran, singularmente en Levante, las de ángulos chaflanados, más favorables para la defensa, tal vez inspiradas en las poligonales usadas desde tiempo anterior en la España musulmana, lo mismo que las albarranas exteriores. En el siglo XIV hacen su aparición los matacanes, sobre todo encima de las puertas para batir a cubierto al atacante; algo más tarde se extienden a todo su perímetro, colocados en lo alto de los muros. Aunque no conozcamos ejemplares del siglo XIII, debieron ya de usarse en su segunda mitad, pues los reproducen las miniaturas de las *Cantigas* de Alfonso el Sabio. Para defensa de las puertas, también era frecuente el empleo de buhederas y de peines o rastrillos.

A sugerencias de Italia o de la Francia meridional responderá la extraña disposición del castillo de Bellver, situado a poco más de dos kilómetros de Palma de Mallorca, desde cuyas torres se domina espléndido panorama de la ciudad, colinas y montes lejanos y el mar a su pie. Dirigió la construcción desde 1309 el maestro Pere Salvá; en 1314 ya lo habitaba el monarca. Su planta es circular, forma también del patio central, con dos órdenes de arcos.

La torre del Homenaje, cilíndrica, es albarrana, unida por un arco al resto del castillo (figura 212).

El inquieto don Juan Manuel, empezó a construir en 1324 el castillo de Cifuentes con planta cuadrada, patio central, ingreso en recodo y torre pentagonal del Homenaje.

En 1328 Alfonso XI levantó el alcázar nuevo de Córdoba, hoy cárcel, fortaleza con torres ochavadas, redondas y cuadradas, en cuyo interior hay estancias con bóvedas de crucería.

El castillo de Montealegre de Campos figuró en las luchas del reinado de Pedro I. Su planta es rectangular, con una pequeña torre cuadrada en cada ángulo, excepto en uno de ellos ocupado por la pentagonal y mayor del Homenaje, y un torreón semicilíndrico en el centro de cada lado. Tiene patio central y gran matacán sobre la puerta.

Quedan algunos restos de las fortificaciones del alcázar de Ciudad Rodrigo, comenzado a construir en 1372 por orden de Enrique II, según lápida que hay sobre su puerta.

Edificaba la gran torre de Cazorla en 1398 el arzobispo Tenorio; decía en testamento de esa fecha: "facemos una fermosa costosa torre". Su escalera se desarrolla en el interior de los muros; cubre la planta baja una bóveda de medio cañón y la última otra de ojivas sobre ménsulas.

Sobre una alta roca desnuda levántase el castillo de la villa de Albalate del Arzobispo, obra del obispo de Zaragoza don Eximeno de Luna (1297-1314). Rompen la desnudez de uno de sus grandes muros tres ventanales con fina tracería gótica, correspondientes a la capilla, que revelan no ser obra anterior a la mitad del siglo XIV (fig. 213).

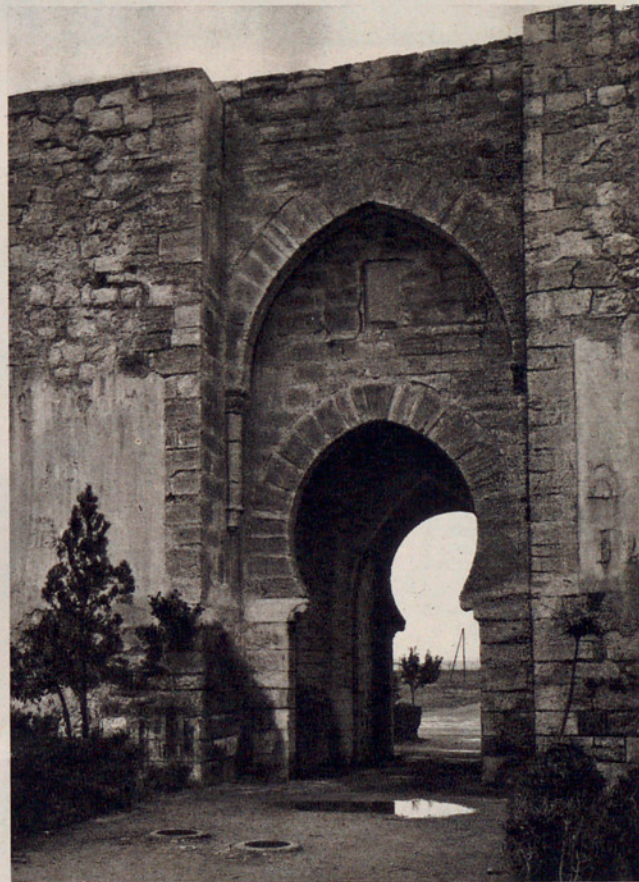
En la comarca de Teruel está también el castillo de Valderrobles. Debió de tener magníficos techos mudéjares. Una de sus salas conserva los arcos agudos de piedra, transversales, sobre los que apoyaba la techumbre horizontal de madera. Entre ellos hay arcos ciegos encuadrando ventanas. Los blasones de los arzobispos de Zaragoza don García Fernández de Heredia (1383-1411) y don Dalmacio de Mur (1431-1456) sitúan cronológicamente la fortaleza (fig. 214).

En el reinado de Pedro I fueron construídas las murallas que rodeaban Santo Domingo de la Calzada, de las que permanecen algunos lienzos, con torres albarranas de ángulo y otras cuadradas, atravesadas por el adarve. Responden a influencia musulmana.

Entre los recintos de villas construídos en el siglo XIV, uno de los mejor conservados es el de Artajona (fig. 217). En la gran cerca que envuelve a Morella, levantada por el maestro Domingo Zoroball a solicitud de Pedro IV, se trabajaba en 1358; de sus cuatro puertas, la de San Miguel se abre entre dos altas torres con los ángulos exteriores chaflanados; sobre el ingreso hay un matacán y en lo alto, uniendo aquéllas, un arco que sostiene el adarve (figura 218). En el siglo XIV se fortificó el gran tambor semicilíndrico de la cabecera de la catedral de Ávila con matacanes corridos y parapetos almenados. Buena parte del extenso cinturón de murallas que rodean Daroca, levantáronse en el siglo XIV (fig. 216).

Por sugestión tal vez de análogas puertas monumentales de ciudades hispanomusulmanas, se construyó en 1328, reinando Alfonso XI, según inscripción empotrada en sus muros, la de Toledo en la villa de Ciudad Real, fundada por Alfonso X en 1262. El ingreso se abre, como de costumbre, entre dos torres. A la entrada y a la salida hay dos arcos de herradura con buhederas; siguen los del paso, más bajos y de la misma forma, e intermedios dos tramos de bóvedas de ojivas con un peine o rastrillo (fig. 219).

En la segunda mitad del siglo XIV, reinando Pedro IV el Ceremonioso, fortificáronse



Figs. 217, 218 y 219.—RECINTO MURADO DE ARTAJONA. PUERTAS DE INGRESO A LOS RECINTOS DE MORELLA Y CIUDAD REAL.



Figs. 220 y 221. — PUERTA REAL DEL MONASTERIO DE POBLET. PUERTA DE SERRANOS, EN VALENCIA, DESDE EL INTERIOR DE LA CIUDAD.

los monasterios de Santas Creus, de 1375 a 1378, y de Poblet; las obras de éste se iniciaron en 1367 para terminar su primera etapa en 1377. En Poblet levantóse en fecha algo posterior un ingreso monumental, de gran empaque, la Puerta Real. Ábrese su arco de medio punto, de grandes dovelas, entre dos torres ochavadas. Corona la parte superior una faja corrida de matacanes, formados por modillones en escalón, sustentando en su cabeza arquillos de medio punto, sobre los que se levantan losas de piedra aspilleradas (fig. 220). Decoran la fachada los escudos del monarca y del abad Guillermo de Agulló (1348-1393). Pedro el Ceremonioso ordenaba en 1375 hacer las fortificaciones de Tarragona — sobre ella se erigía un palacio real cinco años antes —, a cuya etapa de obras corresponderá alguna torre con matacanes que aun se ve en sus murallas. Mucho más modesta que la puerta de Poblet es la abierta en una torre fuerte, ingreso al monasterio de Piedra, sobre la que hay un matacán muy volado (fig 215).

La puerta de Poblet dió origen a otra, aun de mayor monumentalidad, la de Serranos en Valencia, ingreso principal a la ciudad, en la que el Concejo recibía a los monarcas. Su autor, Pedro Balaguer, *mestre de pedra picada*, la edificó de 1392 a 1398; en 1391 fué a estudiar las fortalezas catalanas. Tiene tres pisos cubiertos con bóvedas de ojivas y nervadas sobre ménsulas. Entre las dos torres, sobre la puerta, hay una fina arquería ciega decorativa. Un matacán enlaza las torres con el cuerpo central. Por el lado interior, sus estancias quedaron abiertas. Precedíala un foso, hoy cegado (figs. 221 y 222).

INSTITUTO AMATLLER
DE ARTE HISPANICO